

Pilar Sánchez Vicente **comadres**



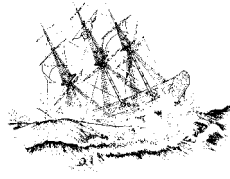
Colección Valkenburg

GRAN
BAYÓN

EDICIONES

KRK

Comadres



KRK ediciones
Colección Valkenburg

ILUSTRACIONES DE CUBIERTA Y PÁGINAS INTERIORES: Cova Bayón

FOTO: Tuero & Arias

DISEÑO DE LA CUBIERTA: MARTA VIGIL

COMPAGINACIÓN: JAIME NAVARRO

Pilar Sánchez Vicente

Comadres

EDICIONES
KRK

Oviedo, 2001

Esta novela recibió una subvención a la creación literaria de la
Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias
en la convocatoria del 2001

© Pilar Sánchez Vicente

© KRK ediciones. Álvarez Lorenzana, 27. 33006 Oviedo

www.krkediciones.com

D.L.: AS-2723/2001

ISBN: 84-95401-59-2

Grafinsa. Oviedo

*Yo adivino el parpadeo
de las luces que, a lo lejos,
van marcando mi retorno.
Son las mismas que alumbraron
con sus pálidos reflejos,
hondas horas de dolor.*

*Y aunque no quise el regreso
siempre se vuelve
al primer amor.
La quieta calle
donde el eco dijo:
tuya es su vida
tuyo es su querer,
bajo el burlón
mirar de las estrellas
que con indiferencia
hoy me ven volver.*

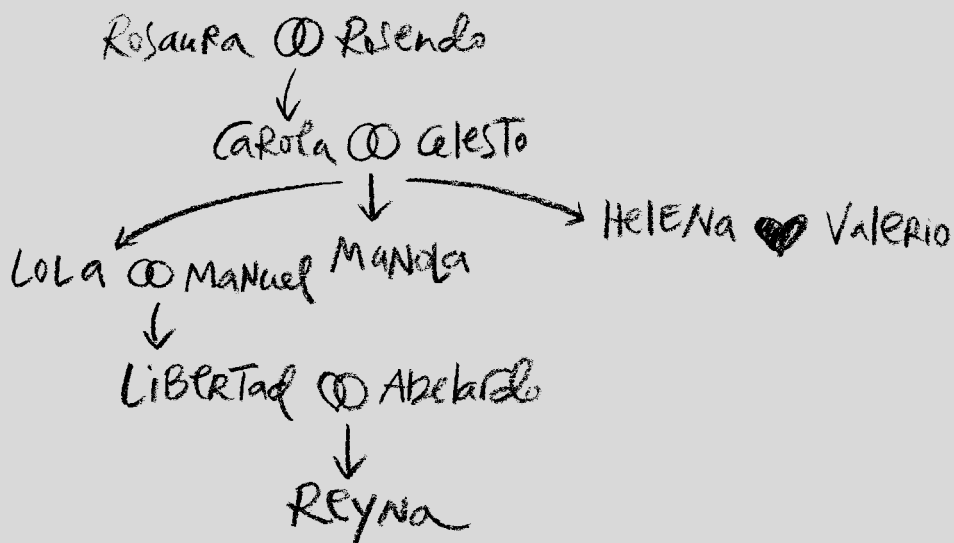
*Volver, con el alma marchita,
las nieves del tiempo
platearon mi sien.*

*Sentir, que es un soplo la vida,
que veinte años no es nada,
que febril la mirada
errante en las sombras
te busca y te nombra.
Vivir, con el alma aferrada
a un dulce recuerdo
que lloro otra vez.*

*Tengo miedo del encuentro
con el pasado, que vuelve
a enfrentarse con mi vida.
Tengo miedo de las noches
que pobladas de recuerdos
encadenan mi soñar.
Pero el viajero que huye
tarde o temprano
detiene su andar.*

Volver. CARLOS GARDEL

Comadres



*Luchar. Volver a luchar si se pierde.
Seguir luchando aunque sólo sea previsible la derrota.
Luchar una y otra vez hasta conseguir la victoria.*

A Sandoval, que convirtió
esta máxima en una ley de vida.

*Soy la Reyna de los Mares...
mares de tinta,
sueños de papel,
galeones hundidos,
tesoros enterrados,
corazón pirata...
y tu mapa tatuado en la memoria.*

A Perla.

Noche negra a bordo.

I

El Morocho sabía lo que decía. Un oráculo, pensé en aquellas primeras horas del año 2000 cuando la letra de ese tango me traspasó el alma, si ya la tenía yo poco asaeteada. Estaba en Canales, descansaba esas navidades, ya que el buque en el que trabajaba había descargado en un puerto cercano y no fletaría hasta pasadas las fiestas. Probablemente la decisión que tomé entonces ya se venía gestando en mi interior desde hacía tiempo, pero ese fin de año actuó de detonante y esa canción tuvo mucho que ver. Tampoco ocurrió nada especial esa noche, fue un cúmulo de coincidencias, pequeños cabos sueltos que se fueron entrecruzando y atrapándome. Solo volver a la tierra donde nací, donde amé, desharía la madeja.

Pero el viajero que huye
tarde o temprano
detiene su andar...

Aunque el milenio no empezaba, lógicamente, hasta el año 2001, aquella fecha fue celebrada como tal. Meses antes ya no había una plaza hotelera libre y aquel 31 de diciembre de 1999 la población se había triplicado. Cerca de 100 000 personas, la mayoría venidas de otros puntos, coparon las calles de la ciudad. Reinaba el caos absoluto, pero su corte tenía una magia especial. Para mí, Canales siempre fue la ciudad

más colorida de las capitales marítimas de Cristal, la más tolerante, heterogénea y amigable, conservada pero no conservadora, paseable, histórica, futurible, viva, activa... ¡qué sé yo! Pero no la había visto nunca presa de aquel frenesí, como si todos realmente creyeran que el Apocalipsis caería con la hoja del calendario y hubieran querido esperarlo en la calle, juntos y revueltos, como ofrenda a una profecía.

El programa incluía fuegos artificiales, desfiles, actuaciones, conciertos, espectáculos... Ideal, pensaba, para quedarse delante del fuego tapada con una manta, ajena a los tumultos y a los imperativos del calendario. Pero, después de veinte años de emular al *conde de Montecristo* en cuanto llegaba diciembre, Erik me había convencido para salir esa noche, quizá para romper el cerco, el caparazón que me aislaba, quizá porque me amaba y quería disfrutarla conmigo, quizá porque pensaba que sólo un baño de multitudes podría contrarrestar el paulatino encierro, la soledad que me estaba destruyendo.

Erik, mi gran y buen amigo Erik. En todas las ciudades me alojaba en hoteles, excepto en Canales, donde compartía cuando recalaba una casa-barco con el Holandés Errante. Erik regentaba un *coffee-shop* con ese nombre. Le venía de cuando retornó a su ciudad natal después de una azarosa vida como periodista de guerra. El colega que lo entrevistó para un diario nacional le puso ese apodo, que habría de acompañarle para siempre. A Erik le encantaba, de hecho, y su larga melena y sus extravagantes pendientes y tatuajes llegaron a convertirle en un personaje. Siempre explotó su imagen, conocedor del éxito que tenía con la clientela. Cuando entré por primera vez a su local, a comprar hierba tras un largo viaje, me llamó la atención, pero lo consideré normal dentro del surtido. Al fin y al cabo, la capital del vicio hace suya la diversidad. Iba a marchar

ya, agotada la consumición y realizada la transacción, pero me invitó a quedar a escuchar su actuación. Nunca digo que no a este tipo de ofrecimientos, así que acepté otra cerveza, intrigada por no ver instrumento ni escenario alguno.

Era narrador, cuentacuentos, cuentista. Relataba a un entregado auditorio las refriegas que había presenciado, la estrategia militar seguida por los bandos, la dureza y la fatiga del frente, cómo se batían las guerrillas, quiénes las formaban, cómo eran los países que había visitado, antes y después de ser destruidos, ocupados, pasados por las armas sus habitantes. Exageraba como un cosaco, pero era aleccionador. Pacifista consumado, amante de la vida, sus descripciones de los bombardeos iluminadas por el humo de los cigarrillos eran conmovedoras y alguno salía estremecido todas las noches. Cuando le conocí tenía veintisiete años, él se acercaba a los cuarenta. Había visto mucho dolor y percibió enseguida que tras mi apabullante apariencia se escondía un terrible desarraigo. Y me dejó echar raíces en su lancha. Por lo menos una o dos veces al año iba a verlo y siempre quedaba en Canales más de lo previsto, pero nunca llegué a dejar el cepillo de dientes o unas zapatillas.

Tras varios meses en alta mar, a secano, la soledad en tierra es mala compañera. Por eso es bueno dejar amigos atrás, tenerlos enfrente, llevarlos al lado. Y que haya siempre una taberna, una fonda, donde recalar y dejar tu nombre escrito en el vaho del espejo: *Aquí estuvo la Reyna de los Mares...* Erik había colgado una placa de barro con ese texto en la pared del local. La frase se acodaba en la cola de una sirena que, todo hay que decirlo, se parecía a mí. Cuando le preguntaban hablaba (fantaseaba, supongo) sobre aquella mujer morena y fuerte, visiblemente vulnerada y difícilmente vulnerable, febril y taciturna, que imponía con

su sola presencia en un reino de hombres y metal, de grasa y hierro; aquella sombra curtida y silenciosa, de ojos como tizones, capaz de arder de pasión, capaz de helar las pasiones más ígneas. Alguien que aparecía sin avisar con una botella de champán (del caro) y desaparecía de repente, dejando un libro dedicado (tenía una estantería entera). Ni una foto, ni una carta, ni un adiós hubo nunca entre nosotros. Por mi parte, palabras, más bien pocas, con las suyas había para ambos. ¡Quién lo diría ahora!

Aunque rebajaba el ritmo de su intensa vida social cuando llegaba yo, seguía desplegando tanta actividad que me pasaba la mayor parte del tiempo sola, recostada y arropada sobre cojines en la cubierta, disfrutando del trajín fluvial, viendo sin ser vista, envuelta en el hálito frío y turbio del canal. Pasé con él algunas licencias, a veces varios meses, y hubiera tenido un hueco en su cama, incluso en su vida, si hubiera querido. Pero no podía permanecer allí para siempre. Aunque me lo pidió, éramos conscientes de nuestra limitación, de mi mutilación.

La noche fue alucinante. Pese a la reticencia inicial, salí. En el fondo soy débil y todavía más en el fondo quería creer lo que me decía. Y tuvo su parte de razón, pero no obtuvo el resultado deseado: mi despedida no estaba incluida en su programa de actos.

Se superaron todas las previsiones y la marea humana se desplazaba por las calles incontenible, febril, enloquecida, con las miradas vidriosas y el paso vacilante; era un maremágnum de gritos y empellones, de efusiones incontroladas, dormidos en las aceras, canciones desafinadas, atropellos, abusos, vomitadas, comas etílicos y quemaduras por petardos, cristales rotos, papeleras destrozadas y toneladas de residuos... Así sucedió en todas las partes del planeta, cubierto por un manto de

fiestas que inundó de resplandor la estratosfera: fue una orgía cósmica, una vorágine mística mediatizada por las cadenas de televisión.

Nunca el mundo se había unido tanto para celebrar un mismo acontecimiento. Y sin embargo y pese a todos los agoreros, ningún incidente grave, una de las noches más tranquilas de la última década, ni atentados, ni bombardeos, ni explosiones, ni atracos, ni incendios. Hasta amainó la fiebre de las guerras y las que estaban en curso dieron tregua. Te encontrabas en la calle gente como yo, que no salía nunca en estas fechas, y todo el mundo parecía dispuesto a la reflexión, al diálogo. ¡Cuántas personas se conocieron y enamoraron, cuántas rompieron, discutieron, se enfrentaron, cuántas promesas se hicieron, cuantos parabienes se desearon...! El caudal de emociones íntimas desatado fue el que propició la paz, sin duda, pero los grandes medios de información no transmiten las pequeñas cosas. Por ejemplo, mi firme propósito de cambiar de vida.

Habíamos acudido a una fiesta que daban unos amigos suyos, Erik hablaba siempre de ellos, decía que eran la pareja perfecta. Él se llamaba Hans, era pintor y se había quedado viudo hacía años, con dos hijas, de tres y cinco años. Al morir su mujer metió en casa una mucama que atendiera a la familia. Era una inmigrante jovencita, que fue para las niñas una amiga y acabó siendo su madre, ya que Hans se casaría con ella tiempo después. Erik siempre decía que en aquel hogar se respiraba la felicidad.

No solía frecuentar muchas casas en mis breves estancias en tierra y era también una oportunidad de saber como vivían los locales. Llegamos sobre las ocho de la tarde. La casa quedaba en pleno centro, era un edificio antiquísimo, como todos los de la zona, con un pequeño jardín delante donde tenían aparcadas las bicicletas. Fue su color rojizo el que

me dio la primera cornada. Le murmuré a Erik lo mucho que se parecía a la de mi infancia y me di cuenta de que le estaba clavando los dedos en el antebrazo... Me miró extrañado, era la primera alusión que escuchaba sobre mi pasado desde que me conocía, pero no le dio tiempo a comentar nada.

Nos recibieron Hans e Ilka en la puerta. Ilka era una impresionante belleza negra de piel tersa y edad indefinida; llevaba la selva esculpida en su cuerpo de gacela y ataviada con el traje típico de su país llenaba de color la entrada. Hans tenía aspecto de artista, bebedor y vividor, con la cara tallada por ambos excesos; vestido entero de negro, con su poblada barba blanca y una frondosa mata de pelo del mismo color que recogía en una coleta, era la viva imagen de la bohemia. Parecían estar encantados de nuestra presencia, sobre todo de la de Erik: se veía que eran grandes amigos.

Sentí un punto de envidia. ¿Dónde estaban los míos? Yo no tenía a nadie en ninguna parte, lo había perdido todo. Apreté con más fuerza aún su brazo y esta vez me miró preocupado. Tuve miedo que pensara que nuestros anfitriones no me gustaban, o que me echaba atrás; no quería aguarle la fiesta, así que me apresuré a soltarme y abrazarles.

Dos lánguidas rubias con cara de fresa se acercaron, pensé que eran las hijas, me costó entender la presentación. No, la hija pequeña no estaba, vendría después con su novio y unos amigos a saludar, iban a otra fiesta. Alguien dijo que estaban «ocupados» y todos se rieron. Aquellas dos frágiles criaturas eran Anne, la hija mayor, y Erika, su pareja de hecho, que vivían también en la casa. Me cayeron muy bien, bromeaban continuamente entre sí y no se perdían de vista, estaban todo el rato pendientes una de otra, parecían realmente felices. Pensé si debería inten-

tarlo yo también. Una rápida sintonía se estableció entre nosotras, pero no podía mirarlas sin sentir una añoranza muy grande por dentro...

Mantuve la sonrisa mientras me presentaron a las cerca de treinta personas que había allí. La fiesta era en la planta baja, donde Ilka tenía su negocio: una librería especializada en temas étnicos y exposiciones indígenas en la que podías degustar unas exóticas bebidas sobre mesas con mantelitos de cañamo mientras hojeabas un libro o escuchabas una audición con los cascos. Hans tenía el estudio en el primer piso y los dos pisos superiores se destinaban a vivienda, el segundo lo ocupaba el matrimonio y las chicas cohabitaban en la buhardilla. Esto fue lo último que le oí decir a Erik antes de verlo desaparecer secuestrado por varios brazos. Respiré aliviada y me deje caer en un sofá, lo suficientemente esquinado como para que nadie reparara en mí y con el ángulo visual requerido para controlar la habitación. Un ficus gigante me ocultaba y con una copa en la mano empecé a sentirme más a gusto.

Ilka, muy en su papel, se encargó de ponerme cerca una botella y unos canapés. Aunque no era, desde luego, el tipo de cena que yo había imaginado, empecé a dar buena cuenta de todo mientras observaba a la concurrencia, cuya media de edad frisaba en los cuarenta. Estaban todos muy animados e iban bien vestidos, parecía el escenario de una opereta en la que sin duda me habían dado el papel de figurante, hasta Erik parecía haberse olvidado de mi presencia.

Estaba haciendo el catálogo de modelos cuando la puerta se abrió de nuevo para dar paso a una pareja de punkis unidos por el cuello mediante una cadena y sendos collares de perro. Eran Andrea, la hija mayor, y su novio. Los padres y las dos chicas corrieron alborotados hacia ellos. Se abrazaban los seis como si nunca se hubieran visto, todo

el mundo los rodeaba complaciente. Eran okupas, según comentaban en un grupo cercano, y entonces entendí el chiste que les hizo reír a todos a la puerta. Desde luego eran una *familia especial*... Aquel pensamiento desató nuevos flecos en mi memoria. Sentí calentarse el vidrio en la mano, rememorando que yo también había tenido una muy peculiar.

Erik vino en mi busca para realizar las presentaciones. Ella tenía la cabeza afeitada, excepto una franja verde, como un cepillo, que le recorría de la frente a la nuca. Él parecía un puercoespín rosa. No les cogía un clavo, pendiente ni arete más en la piel vista, supuse que debajo del cuero negro estarían igual de horadados y eso me fascinó. Yo llevo seis aros en una oreja, pero es distinto, cada uno es un galón, un testigo, son las únicas medallas que obtienes en la mar. Pero lo de ellos era distinto, me pregunté como podrían hacer algo tan sencillo como sonarse o dormir. Me hubiera apetecido hablar con ellos, interrogarles al respecto, era un mundo desconocido para mí, pero no tuve ocasión. Bebieron algo y se fueron rápidamente. Todavía eran las diez y hasta las doce no iríamos al ayuntamiento para recibir el año con las campanadas del carillón. Erik estaba contando algo muy divertido a Hans, que se reía a carcajadas. Yo ya había acabado la botella y necesitaba evacuar el líquido. Decidí buscar un servicio.

Como el de la librería estaba ocupado, Ilka me señaló desde lejos el piso de arriba y así fue como me encontré en el estudio. Era un lugar magnífico, amplio y despejado, lleno de cuadros hasta el techo. Olía a trementina, a aguarrás; una enorme caja de pinturas estaba abierta sobre una mesa ofreciendo sus tripas de colores a un lienzo medio esbozado que descansaba en un caballete. Me sorprendió su obra por la plasticidad de los cuadros, aquella textura rugosa y agresiva que se salía, que te

abofeteaba los sentidos. El autor parecía arrojar más que extender la pintura sobre ellos, pero el efecto era impactante, no se podía negar. Pensé que yo no sabía pintar, pero me hubiera gustado tener un rincón como aquel, tal vez para escribir. *Escribir...*

Demasiados recuerdos a flor de piel, no podía volver abajo, no quería ver a nadie y además allí no había baño, así que seguí subiendo. Entré en su dormitorio, no me importó que alguien me pudiera ver. Necesitaba empaparme de vida cotidiana, hurgar en las vidas ajenas ya que había renunciado a la propia. Me tiré encima de la cama, identificando sus olores, el hueco de sus cuerpos en el colchón; apropiándome del calor de sus confidencias, de la calidez que emanaba cada objeto. Abrí los armarios y palpé la ropa, tenían un libro en la mesita de noche y un barco de cristal en la cómoda, entre espejos y fotografías, la mayoría recientes. La cabecera de la cama la ocupaba un enorme tapiz, sin duda originario del país natal de ella, y en las otras paredes colgaban los cuadros del *pater familias*, eran inconfundibles.

Encontré el baño y una vez aliviada decidí seguir la inspección. No me apetecía regresar al salón, demasiado bullicio en ese estado. Había una pequeña cocina separada por una barra del salón, en cuyo centro una escalera de caracol conducía a la buhardilla. La subí con precaución para no golpearme la cabeza. A la derecha estaba el dormitorio y a la izquierda una puerta cerrada. El dormitorio de la feliz pareja parecía desnudo, frente al abigarramiento del otro. Tan sólo una enorme cama redonda en el centro y un espejo que cubría el techo y que ponía el mundo patas arriba. Sorprendente.

Acostumbrada a las estrecheces del camarote o el anonimato de los hoteles, no creía que pudiera existir algo así. Pero claro, pensé, si yo

tuviera una casa así, con cimientos, tejado, habitaciones...; una casa que fuera mía, yo también podría dar rienda suelta a la imaginación. Me gustó la idea del espejo y sonreí pensando qué diría el capitán si la incorporaba a la camareta: «¡Mujeres!». Y alguno añadiría: «¡Son todas iguales!». Y otra vez me envolvió la negra pena, porque yo no era como ellas, ¡qué más hubiera querido! ¡Me recordaban tanto a mí cuando tenía su edad! Me traían a la memoria tantas cosas que creía olvidadas...

También mis veinte años eran fragantes, pero aquella rosa se tronchó por un estúpido accidente y sólo quedaban de ella las espinas; sus pétalos yacían enterrados en una tumba lejana, tenían el olor podrido de los muertos. Algo se rebeló en mi interior: iba a cumplir cuarenta años, ya habían pasado veinte desde aquel infausto episodio... Pero yo estaba viva, ¡viva! Y tal vez fuera hora de disfrutar de algo, aunque solo fuera del placer de tener una casa como aquella, personal, a mi gusto, llena de rincones donde perderse y espejos donde encontrarse.

Sacudida por dentro con tan súbitas e inusitadas reflexiones, abrí la última puerta de la casa. Me puse colorada como un tomate. Allí estaban sus dos cabecitas rubias volviéndose asustadas, las pillé desprevenidas, sin duda no esperaban visitantes en aquel refugio aislado. Mascullé una disculpa y me retiré, pero Anne me llamó. Ambas vinieron tras de mí y me hicieron pasar. Entendieron que estaba sola, no conocía a nadie y me aburría. Me explicaron que estaban en un chat, felicitando el año. Yo no sabía de que estaban hablando. Se sorprendieron. Me preguntaron si no sabía lo que era Internet.

Había en el barco, estaba segura, pero nunca lo había utilizado. Conocía sus bondades por los diarios y revistas, era un fenómeno mundial, pero nunca había creído necesario participar de él. Parecieron encan-

tadas de hacerme una demostración. Me enseñaron el negocio de su madre, vendía también por Internet, comercio electrónico dijeron. Me pareció fantástico ver por la pantalla del ordenador un vídeo de Ilke en el local que acaba de dejar, vacío de gente, eso sí. Se rieron de mi cara de sorpresa.

Anne abrió un buscador y me preguntó que de dónde era. Le contesté: «De ninguna parte», y al instante me arrepentí. «De Salitre...», musité. Lo tecleó con rapidez, sin dudar. Aparecieron seiscientos ochenta resultados, me señaló el índice con el dedo. La tercera referencia era la oficial turística del ayuntamiento, me temblaba la mano al indicárselo. Ninguna pareció fijarse en ello, absortas como estaban ante la página que iba descargando. Sentí que me iba desmoronando a medida que las imágenes componían el plano de Salitre, una vista del puerto, otra de la playa, la foto de la plaza Mayor. Obsequiosas y completamente ajenas a la tormenta desatada, ampliaban los detalles, «navegaban por la web», me decían (navegar, ¡qué ironía!).

Me salvó de derrumbarme Erik, que andaba buscándome por toda la casa, temiendo que me hubiese ido. Me refugié convulsa entre sus brazos. Las pobres muchachas no daban crédito y se deshacían en explicaciones: Que si había estado bien hasta ese momento, que si sólo estábamos viendo Internet, que no parecía que tuviese una copa de más, que nada me habían dicho ni hecho para ponerme así... Me rehice como pude y les pedí perdón a todos. Lamentaba la escena, pero hacía veinte años que no pisaba Salitre y verlo me había afectado. No di más explicaciones, no tenía una lágrima, sólo escalofríos. Salitre permanecía inalterado en el monitor, y yo clavada delante de él. No soportaba mirarlo sin dolor, sin querencia. Erik comentó que parecía una ciudad

muy acogedora, muy bonita. Asentí. Lo era, sí que lo era. Siempre lo había sido.

Bajamos todos juntos, ya salía la gente, todos ornados con serpentinatas y gorritos de colores, confeti y matasuegras. Cogida del brazo de Erik y agarrando una botella con la otra mano, caminamos hacia la plaza. Erik no podía evitar mirarme de soslayo, especialmente cuando me veía empinar el codo con desesperación.

Cumplidos los brindis nos dirigimos a un cabaret. Haciéndome los honores, alguien pidió una canción en mi idioma, fue una coincidencia que el cantante sólo supiera ese tango. Ocurren a veces casualidades increíbles; aquel fin de año se estaban produciendo todas juntas o bien yo me encontraba predispuesta a convertir en melodía el ritmo del azar. Fue una noche larga, por lo visto, sí, pero yo llevaba mi propio carrusel dentro y todo comenzaba a entremezclarse, todo parecía conducirme a la misma parte. *Volver...*

Alguien nos ofreció pastillas milagrosas y las tragué, no sé lo que metí pero una paz artificial me inundó por dentro. Todo me parecía irreal, tenía la boca seca y seguí bebiendo, bebiendo...

Quizá fue la resaca que sigue a la marea, la desolación que sucede a la tempestad, el bajón del cóctel que nos metimos en el cuerpo, el milenarismo contagioso o la suma de todo ello, pero fue con el año nuevo cuando todas las piezas encajaron definitivamente en el bastidor. Aquella mañana del uno de enero de 2000, mientras vomitaba desgarradamente por la borda, a punto de hundirme en el canal, decidí dejar de itinerar, sacudirme el sopor, apearme en marcha. «Sobre todo un sitio firme, por favor, una casa que no se mueva...», pensaba mientras el estómago y la cabeza se balanceaban en diferentes direcciones.

En los días siguientes apenas tuve tiempo a explicárselo todo a mi amante, presa del papeleo para pedir la liquidación y darme de baja en la compañía. Afortunadamente encontraron otro sustituto pronto. Erik se ofreció a acompañarme, supongo que por algo más que cortesía, pero ese viaje tenía que hacerlo yo sola, debía recuperar la identidad perdida, dañada. Sólo así podría ser libre. Sólo así podría volver a ser yo misma. Eso esperaba, en eso confiaba.

El día seis de enero, en la primera plaza libre que conseguí, volé a la capital de Toro y de allí a Salitre. Y tras veinte años de ausencia, de amnesia, empecé a recobrar la memoria. Y comprobé que todas las historias son la misma repetida, un laberinto de espejos sin final.

¡Cómo podía imaginar en aquel avión, mientras le daba interminables vueltas a la decisión que acababa de tomar, que existía otra mujer, una niña llamada como yo! O que iba a asistir al entierro de un amigo, con imprevistas consecuencias. ¡Quién hubiera podido vaticinar que en tan solo tres meses, que al final fueron tres días, la ruleta giraría de nuevo y volvería al punto de partida! O que Avalón existiría...

Nunca sabemos dónde empiezan las cosas, pero siempre queremos tener un momento (que puede ser ese o cualquier otro) para recordar, queriendo medir, acotar lo indivisible. Uno de esos instantes mágicos, que siempre parece que hemos vivido ya, está ligado a esa orilla que entreveo. Había cogido un taxi al puerto mecánicamente, era el primer sitio que siempre visitaba, y en este caso de donde había partido por primera vez, donde había pisado la primera embarcación. Aún recuerdo el faenar de los barcos, los marineros llenando y descargando cajas; yo aturdida, como ida, esquivando carretillas con cajas de pescado en inestable equilibrio, inhalando el saín...

Una pescadera me gritó algo que no entendí, pero fue tan familiar la lengua, hacía tanto que no era escuchada por mis oídos, que un aluvión de sensaciones me paralizó... y quedé convertida en estatua de hielo por mor del que me cayó encima, que era lo que intentaba decir la buena señora, que estaba debajo de la tolva, que me apartara del refrigerador.

Me llevaron al botiquín a secarme y curarme algún rasguño, pero no atendía, no entendía nada. El soniquete de su voz se amplificaba en mi cerebro, anulando el resto de pensamientos. Las pescaderas de Salitre utilizaban una jerga especial, muy primitiva y localizada; y aquel grito de advertencia era el mismo que oía de pequeña cuando me tiraba a nadar. Fue otra señal para mí. Sentí que me estaban esperando, me encontraba de nuevo en casa, bajo el manto de su protección, como siempre, como nunca... pese a la mojadura.

* * *

Pero me estoy perdiendo, debe ser en compensación por los años de mutismo, que me entra la logorrea. Voy a darme una ducha para aclarar las ideas y ordenarlas o esto acabará en la papelera...



Yo adivino el parpadeo
de las luces que, a lo lejos,
van marcando mi retorno.
Son las mismas que alumbraron
con sus pálidos reflejos
hondas horas de dolor...

Estaba contando cómo decidí echar el ancla aquí (no sabría decirlo de otra manera, soy profesional de la marina) en lugar de haberme establecido en otra parte. Conozco bien el globo, he recorrido en millas más que los más intrépidos, existían otras posibilidades, pero volver a Salitre se convirtió, por primera vez, en la única aceptable. Aunque, con la distancia que da el tiempo, creo que nunca me moví del sitio, tan sólo me dejé flotar sobre el océano, indoloro, letárgico, uterino... Desde aquella remota primavera sin flores de 1980, tras la trágica desaparición de toda mi familia, hasta mi retorno a Salitre veinte años después, la mar se convirtió en mi nicho ecológico. Desde esa perspectiva, las incursiones terrestres fueron meramente empíricas, nunca hubo, excepto en Canales, nada ni nadie que me atara. La tierra sólo era un punto de referencia en las cartas de navegación, un accidente geográfico, una cuarta parte de fondo submarino emergido. Solté amarras siendo un inocente chipirón y acabé pareciéndome a un calamar gigante, arrojando chorros de tinta

a la menor insinuación de ataque. Por otra parte, una vez acostumbrada a la fauna abisal, la vida en la mar me permitió tener que elegir lo menos posible. Prefiero, prefería entonces, ir dejando la vida pasar, fluir un día tras otro: amanece, oscurece, sale el sol, se oculta, cuarto menguante, luna nueva, cuarto creciente, luna llena... respirar sin pensar. Pero hubo un día en el que la que llamaba a los océanos y mares por su nombre a falta de una patria que sentir, comprendió que no era tritón, ni náyade, y quizá vivir sí merecía la pena.

Aquella espesa mañana de enero del año 2000, pese al aturdimiento, tuve clara cuál era mi decisión y elegí para recalar esta ensenada, este trozo de mar, si es que pudiera fraccionarse, si es que fuera aprehensible ese confín lejano, ora plomo, ora azul, que asoma a mi ventana entre las grúas y el humo del cigarro, como entonces. No hubiera podido embarrancar en otro lado mi nave rota, las velas hecha jirones, los restos de aquella fuga sin final, de aquella huida hacia la nada. El canto de las sirenas me atrajo en la distancia. Existen, aunque sólo sean las de la rula que anunciaron mi vuelta.

Han pasado más de diez años desde entonces y las oigo sonar ahora que vuelvo otra vez sobre mis pasos, como si también estuviera escrito que lo hicieran en este momento precisamente, a las cinco de la mañana (cada vez duermo menos) del veinte de octubre del año dos mil diez, o lo que es lo mismo, 20-10-2010, no sé si se dan cuenta. Yo nací el 20-10-1960 y si suman o restan verán que hoy es mi cumpleaños, 50 años, medio siglo, varios capítulos de la historia contemporánea, unas cuantas páginas en los libros de texto. Siempre me pareció destacable esa coincidencia, la interpreté desde que fui consciente, como un presagio, un indicio favorable (y lo era claramente, nunca estuve mejor que ahora).

Aunque bien es cierto que pasé la vida apostando a las terminaciones y combinaciones de 20 y 10 y apenas sí conseguí un reintegro...

Adquirí conciencia a la vez de la magia y de la transitoriedad de la vida, nunca olvidaré aquel instante. Estaba sentada con mi diario abierto y el reloj al lado, esperando que el minuterero marcara la hora exacta para anotar: «Son las 10 de la mañana. Hoy 10 del 10 de 1970 cumpla 10 años». Y cuando acabé de escribir la frase me di cuenta de que ya no eran las diez, un minuto había pasado y nunca volverían ni esa hora, ni ese día, ni esos años. Se aprende a morir un poco cada instante, nunca lo bastante.

Pero siempre tuve claro que este día de hoy, si llegaba a verlo, sería grande, especial, haría algo perdurable. Y aunque los fastos y los gastos previstos no desmerecerán, necesitaba darle una dimensión más íntima. Por ejemplo referir quién soy, de dónde vengo, cómo llegué aquí. Así que estoy sentada delante del ordenador (como ya me conoce se enciende con el saludo, es una maravilla que te reconozca la voz, no tener que luchar con las teclas) y estoy dejando que vuelvan, que me envuelvan los recuerdos, ahora que me permito el lujo de tenerlos.

Pero aún no me he presentado, al no escribir no me doy cuenta. Me llamo Reyna, la 'y' la puso mi tía abuela Helena, que lo vio más original y menos ñoño que Reina. Como todas, renegué del nombre en la adolescencia, pero ahora me gusta, sobre todo compartirlo con otra persona... Lo eligieron porque estaba predestinada (o eso creían) a sobresalir entre las demás de mi especie, de nuestra estirpe, la que habría de hacer nobles a sus predecesoras, la que iba a llegar tan alto como pudieran auparla, pero que se cayó del pedestal al vacío cuando el impulso de su aliento cesó. La reina de un cálido Avalón, la isla sagrada del País del Verano, el centro del culto a la Diosa, a la Gran Madre. De la leyenda artúrica esa

fue la parte que más me gustó siempre. En cierto modo, así transcurrió la primera parte de mi vida, en un reino de fantasía gobernado por mujeres.

* * *

La quieta calle
donde el eco dijo:
tuya es su vida
tuyo su querer,
bajo el burlón
mirar de las estrellas
que con indiferencia
hoy me ven volver.

Nací no muy lejos de aquí; nada más instalarme tras la vuelta fue lo primero que visité, la calle, la casa de mi niñez. Ni rastro de los vecinos de entonces. No quise preguntar por nadie; tampoco tenía a quién y lo último que deseaba era engrosar con más nombres la lista de mis muertos. Bastante había sido la sorpresa recibida con la nueva imagen de la ciudad, que casi no reconocía. Encontré la vivienda rehabilitada y convertida en sede de las oficinas de una prestigiosa empresa de cosméticos. Tardé incluso en recomponer la estructura primigenia de aquel maquillado hogar. Al jardinero le encantó ayudarme a recomponer el puzzle, aunque no tenía ni idea de lo que le estaba hablando.

Era un chico joven, del país de los fiordos, pronunciaba con dificultad y agradeció encontrar alguien con quien expresarse en su idioma (¿dije ya de mi dominio de las lenguas?), así que me contó su vida durante el recorrido por la finca. Me enteré que se llamaba Harold y que

conocía el oficio desde pequeño: su abuelo ya era jardinero mayor del castillo de unos nobles exiliados que presumían de sangre real y que no escatimaban su presencia en el papel cuché. ¡Hasta a mí me sonaban sus nombres! Su padre había seguido la tradición pero él prefirió viajar por el mundo, ganándose la vida con el riego, el abono y la poda. Decidió recalar en Salitre cuando se enamoró y aunque aquel lance duró sólo un asalto y otras ocuparon su corazón, no encontró razón para marcharse. Ecologista y naturista militante, combinaba su bucólico trabajo con la vuelta a los orígenes y era feliz.

Vivía en el Rural, ocupando una vivienda abandonada. No tenía agua ni electricidad, pero decía querer subsistir así, de forma primitiva, en contacto con la naturaleza, sin medios artificiales; por no tener no tenía ni inodoro. Era ovolácteo vegetariano, me costó aprenderlo: comía sólo lo que plantaba, los huevos de sus gallinas y la leche de una oveja, que le seguía como un perro y que se llamaba Bamba. Él mismo se hacía los zapatos (era evidente la suela de neumático), pero a pesar de no tener bañera ni lavadora parecía limpio y el tufillo a hoguera quedaba hasta bien en el contexto. El raído de la ropa encajaba en su perfil, al igual que la coleta, la barba y el piercing. Si sabes los años que tiene, te resulta sorprendente cómo se conserva, parece que la edad no pasara por él.

Aquel día no le hice mucho caso, la verdad. Volveríamos a tener más ocasiones para hablar y más que tendremos en el futuro, pienso contratarle próximamente. Entonces no me sirvió de mucho, aunque le agradecí igualmente la buena voluntad. Cuando retomó sus tareas permanecí todavía un buen rato sentada en un banco de piedra contemplando aquel sepulcro blanqueado, presa de confusas sensaciones. ¿Podría algún día volver a vivir en aquella casa? *Mi casa...*

Desde la mar, Salitre parece un torques, ese collar que usaban los pueblos indígenas: al este el Acantilado y al oeste la Atalaya, como dos cierres de piedra, flanquean una concha de arena blanca y fina, que parece de oro cuando el sol la baña. La ciudad se ha expandido hacia dentro, dividida en dos por la ría y ha tejido una malla con forma de media luna. De noche, desde lo alto, la bahía parece una guirnalda.

El Barrio está paralelo a la línea de costa, entre el Puerto y el Antiguo. En su origen había sido el entorno rural residencial de Salitre, pero se había ido modificando con el crecimiento de la ciudad. Paulatinamente las villas se fueron abandonando y la burguesía prefirió habitar el centro. Al quedar este sector más alejado se destinó a viviendas modestas y se convirtió en un arrabal de pescadores, que lo fueron repoblando arbitrariamente, a su voluntad y conveniencia, sin una ordenación pública previa. La anexión definitiva llegó con la industrialización, cuando afluyeron a la ciudad contingentes de población venidos de fuera. Las primeras fábricas ofrecieron a los obreros viviendas unifamiliares de planta baja, similares a las que ya había, que fueron construidas en los espacios libres; al fin y al cabo, los dueños de las industrias eran los antiguos terratenientes. La morfología del Barrio aun refleja los caminos y las estructuras rurales preexistentes. La calle donde di los primeros pasos se conocía por La Bailona, porque había ido creciendo desordenadamente y estaba llena de curvas. Yo hasta conocí el suelo sin asfaltar. Era un camino serpenteante flanqueado por una mezcolanza de construcciones, sólo tres casas testimoniaban que la zona había conocido mejores tiempos, una de ellas era la nuestra. Ahora es la única que queda. Pero a pesar de las diferentes profesiones y procedencias, el vecindario se sentía muy unido y era frecuente entrar unos

en casa de otros y participar, como si tuyas fueran, de las desgracias y alegrías ajenas.

Desde la calle, a través de un portalón cuyos goznes lamentaban el esplendor perdido, se accedía por una rampa a un patio donde radicaba la vivienda, de dos pisos. En la planta baja había dos habitaciones, la despensa, una cocina y una estancia central que hacía las veces de comedor y sala de reunión. En la de arriba cuatro habitaciones más y el trastero (el baño más tarde, pues la construcción original sólo contaba con un retrete en el patio). Teníamos también, en un chamizo, una pequeña granja de gallinas y conejos, que devorábamos sin miramiento, aunque alguno se convirtió en mi mascota, Saturno creo recordar que se llamaba, y murió de viejo, librándose así de pasar a nuestros estómagos. Desde el patio se accedía a una huerta rectangular por un sendero empedrado. Una tela metálica delimitaba la humilde pero productiva plantación y la protegía de los animales.

En el medio de la finca había un pozo de agua que por la proximidad del mar no era potable; lo empleábamos para regar, lavar la ropa y asearnos cuando fallaba la conducción. A la misma altura que el pozo se levantaba, adosada al muro, una parra de uvas agraces, incapaces de madurar, como les sucede a ciertas personas. Delante de la casa, otra vid formaba un emparrado que sombreaba la fachada y nos permitía comer bajo sus pámpanos los días soleados. Cuando era una adolescente, era mi lugar favorito para escribir. *Aquellos tiempos de bolígrafo y papel...*

Era una casa grande, que en su tiempo había sido una mansión. En los orígenes, cuando se construyó, había pertenecido a una familia de rancio abolengo, a quien sirvió desde niña la abuela de mis abuelas (esto es, mi tatarabuela Rosaura). En el piso de abajo, al lado de la cocina

(arriba vivían los dueños) había pasado toda su vida de soltera, esposa y madre. Pero mientras ella florecía, la dinastía se había ido extinguiendo y en el último momento se invertiría el orden de las cosas y la casa acabaría yendo a parar a sus manos. Se la legó el último descendiente, un señorito al que cuidó desde pequeño y que la tuvo a su lado durante quince años sin pagarle nada, después de muertos los padres. Porque, como suele suceder en las mejores familias, aquellos pobres ricos sólo tuvieron un hijo, que jamás dio palo al agua y se fundió el patrimonio en juergas y correrías. Contaban que cogía taxis y recorría Toro de franquela igual durante un mes y cuando no estaba de viaje lo podías encontrar en el casino y si no sentado en el porche con su batín de rayas, leyendo. Cuando murieron los viejos se encontró medio arruinado y, por toda posesión, aquel caserón y un matrimonio de criados con una hija a los que no podía despedir pero tampoco remunerar en condiciones. Llegaron a un acuerdo: cuando él muriera, ellos heredarían la casa; hasta entonces se encargarían de mantenerla y se ocuparían de su persona. Trabajarían la huerta y él administraría las escasas rentas que aún percibía, aportando un tanto al mes para manutención. Creo que jamás llegaron a percibir ni la mitad de lo previsto y algunas épocas tuvieron problemas para comer todos los días, pero él siempre se sentó a la mesa con mantel de hilo blanco y cubierto de plata.

De mi tatarabuela Rosaura no se decían más que halagos. Era la perfecta ama de llaves, llegó a tener varios criados a su cargo en vida de los señores y aunque al final era ella la verdadera dueña, jamás renunció al uniforme. Rosendo, el mayordomo en los buenos tiempos, fue mi tatarabuelo. Parece ser que, pese a trabajar juntos desde jóvenes, se casaron muy tarde y tuvieron solo una hija, Carola, mi bisabuela. Pero aque-

lla casa, sin dinero, se fue deteriorando, como el señorío, y así, en una de esas chapuzas, un día de tormenta, Rosendo se murió al caer del tejado mientras intentaba arreglar las múltiples goteras. Eso fue cuando Carola apenas tenía diez años.

Mi bisabuela empezó a trabajar al poco tiempo. Muerto su padre y con el amo inútil de nacimiento, no tenían casi ni para lo más necesario. La niña no quiso quedar de criada sin sueldo, esclava de una huerta y un corral cada vez más esquilados. Para atender al señorito (así le llamaba todo el mundo, nunca conocí otro nombre) bastaba una y si alguien tenía paciencia con él en este mundo era su madre, ella no le soportaba ¡Que trabajase como los demás! A Carola le quemaba ser servil, pero su madre le tenía prohibido expresarse así. Conocedora del genio de su hija y para evitar conflictos, Rosaura le busco colocación fuera y entró con una modista como recadera: ir a comprar hilo y botones, llevar trajes a hacer pruebas, recoger encargos...

Las motilas conocían la vida de todo el mundo; pasaban la vida en las puertas de servicio hablando con las criadas, las ricas no solían desplazarse hasta el taller. Con los años fue ascendiendo, primero aprendiz, después costurera. Pero estar todo el día doblada y acabar con joroba, como todas las modistas, no constituía su objetivo, así que fue ahorrando y ahorrando sin tener muy clara la intención.

Celesto, mi bisabuelo, había emigrado a lejanas tierras de joven y vuelto a Salitre con cincuenta y cuatro años. Traía un pequeño capital en el bolsillo, y en la cabeza la idea de casarse pronto y fundar una familia. Era amigo del señorito y lo primero que hizo fue visitarlo. Carola le abrió la puerta y no tardarían ni tres meses en casarse. Pese a la diferencia de edad, dicen que fue amor a primera vista. Ellos serían los que reforma-

ran la casa, una vez muertos el señorito y su madre, que se fueron con poca diferencia, y los que compraron uno de los mejores y mayores puestos del mercado. Ese fue el legado que llegó hasta mí.

Las hijas de Carola y Celesto fueron trillizas, se llamaban Manola, Lola y Helena. Lola, la madre de mi madre, quedó viuda muy pronto, y las otras dos siguieron solteras toda la vida. Sus parientes, primos y tíos habían muerto hacía tiempo. Mi madre, hija única, fue fruto del amor y obra de una ideología: se llamaba Libertad.

A la casa la llamaban La Roja (el color blanco no le favorece nada, la uniforme al resto, pasteliza la imagen, distorsiona la luz), porque ese fue el color primigenio que le dio mi bisabuelo cuando pasó a ser de la familia, y gran trabajo costaba mantenerlo. La verdad es que destacaba en el entorno, incluso en todo Salitre había pocas pintadas así. En la costa es difícil conseguir que las pinturas de las fachadas duren más de una temporada, pero Lola conseguía pintura para barcos en el mercado negro y primero su marido, después su hija, se encargaron hasta el final de darle una mano anual. La casa sólo permaneció varios años sin pintar cuando murió mi abuelo y cuando nació yo.

La recuerdo de un color intenso, salvaje, como el casco de un bonito lustroso o de un quimiquero recién bautizado. Aún en las noches de invierno, aquella película plástica y resistente al agua le daba un brillo especial. Todavía veo a mi madre subida a un ingenio diseñado por mi abuelo, mitad escalera mitad andamio, que se desplazaba sobre unas ruedas con freno accionable desde lo alto y que subía y bajaba mediante poleas. Permitía acoplar los útiles en espacios destinados para ello a lo largo del eje transversal y a mí me parecía un gigantesco pajarraco armado. En vez de brocha utilizaban otro invento propio, precursor de

las pistolas, que consistía en una especie de regadera a pedal. Parece fantástico al pensarlo ahora, incluso tengo dificultad para reproducir su funcionamiento, para describir su apariencia. Era todo tan familiar que resultaba hasta normal, aunque habitual no era, desde luego.

Pero la casa emanaba también una luz interior. Sus ocupantes eran cigarras y hormigas; trabajadoras y voraces consumidoras del ocio; disciplinadas, pero a la vez alejadas de la rutina; serias aunque capaces de llorar de risa; prácticas, pero se la jugaban a diario por sus convicciones. Eran, éramos, además uña y carne, agua y sed; una magnífica escala de elementos distintos, pero complementarios, células que constituían un único organismo. «La unión hace la fuerza», repetíamos, y nos apoyábamos unas en otras para disimular las cojeras.

Frente a las inclemencias externas (las meteorológicas y las políticas) habían construido un palco resguardado, un paraguas polícromo bajo el que crecí, convencida de que todo era posible, de que todo era válido, que cualquier objetivo era alcanzable, incluso, sobre todo, para una mujer. Su obsesión era formarse, informarse, conocer, saber, entender el sentido profundo, descubrir la cara oculta de la luna. «Que no nos den gato por liebre, que nos llevan engañando toda la vida, Reyna. Hay otra Historia con mayúsculas, la que hacemos pero no escribimos las mujeres, porque la oficial se escribe desde el poder y el poder es masculino».

Estaban convencidas de estar viviendo un tiempo revolucionario para las féminas, que durante siglos no habían tenido derecho a la educación, ni al voto, ni a beneficiarse del progreso o de los rendimientos del trabajo. Y en una centuria se habían dado pasos decisivos, veían el futuro prometedor...

Helena citaba un repertorio de autoras cuyo único delito para ser excluidas de los libros y obras de referencia era ser del sexo femenino; a mí se me antojaba una conjura universal. «Es increíble lo que desconocemos, hasta dónde nos dejamos manipular, ya es hora de que se oiga nuestra voz, tú serás escritora Reyna, hablarás por nosotras, por todas, contarás nuestra historia».

¡Que responsabilidad! *Aquí estoy, saldando deudas...*

Lola, mi abuela, era cristiana pero sólo ocasionalmente pisaba la iglesia: decía que los curas eran confidentes de la policía y enemigos de los pobres. Consideraba que los ilustres dignatarios de la ciudad-estado, no representaban a Dios en la tierra, sino a sus propios intereses gregarios y que desconocían cuál era la cruda realidad de la mayoría de los fieles. Hubiera sido una perfecta misionera, pero dudo que nadie la pusiera de rodillas. Pertenecía a varias sociedades de socorro y ayuda mutua e incluso durante la Era Gris, cuando las asociaciones eran ilícitas, ella organizó varios grupos de resistencia y asistencia, cuyas reuniones tenían lugar en la casa. Era la intendente del grupo. Llevaba sobre sus hombros el peso de la economía familiar y administraba tan bien los recursos que incluso en épocas de escasez daba la impresión de que nada nos faltaba. Estaba orgullosa por no haber pasado hambre durante los años de racionamiento; de hecho, los frutos de la tierra y la mar les permitían incluso alimentar bocas ajenas.

Era una mujer seria, concienciada, preocupada, con una gran fuerza de voluntad que la salvó de quemarse en las muchas hogueras a las que echó leña. Siempre estuvo en la primera fila de todas las contiendas. Mi madre nunca lo expresó, pero creo que se sintió un poco abandonada. Menos mal que allí estaban sus dos tías.

Manola era la más fuerte de las tres, la que defendía de pequeña a sus gemelas. A Manola la llamaban Manolón a sus espaldas, con claras intenciones. Era de todos conocido que a un vendedor que se fue de la lengua le espetó un centollazo en la frente que le dejó marcado para toda la vida. Le llamaban El Mote, desde entonces, para que no se despistara y tuviera más cuidado. Puedo creer que a Manola le gustaran las mujeres (todo se hereda), lo que desconozco son las relaciones que llegó a mantener. De hecho, siempre tuvo muchas amigas, entre las que llevaba, como era lógico, la voz cantante. Cuando sentí curiosidad hacía sus inclinaciones ya era demasiado tarde. Quedaron tantas hebras flotando en el viento...

No perdía acontecimiento, daba igual que fuera un barco o una ballena que encallara en el litoral, la quema de una iglesia, una manifestación, un desfile, una inauguración, bautizo, boda o entierro. Era la representante familiar en los actos sociales donde se requería presencia ineludible y fue testigo directo de los principales actos de Salitre. Estaba todo el día en la calle y conocía a todo el mundo. Los trayectos cortos, de su mano se hacían interminables, siempre encontraba alguien con quien pararse, alguna noticia fresca que comentar, un hecho luctuoso sobre el que elucubrar...

Había subido en globo, plantado árboles, descargado cajas en el muelle, escalado los cuatro picos de la Montaña Eterna, organizado un coro de viudas y huérfanos y un grupo de teatro de madres solteras, además de partidos, torneos y competiciones anuales para recaudar fondos en causas diversas.

Era tozuda y obstinada, de temer cuando fijaba su atención en algo o en alguien que consideraba merecedor de sus atenciones y afecto o

estimaba que había sido injustamente tratado (tratada, que solían ser causas femeninas las que despertaban su vocación quijotesca). Manola prohijaba a la desdichada, pregonaba su drama, la presentaba en las instituciones pertinentes y a su amplio círculo de amigas, la agasajaba, le organizaba una colecta, le buscaba algún chollo... en fin, la mareaba, como decía Lola. Pero con la misma celeridad con que canonizaba a las víctimas, renovaba el santoral.

Las tenía bajo su protección y agobio hasta que consideraba resuelto el problema o concluía que las que habían nacido para maceta nunca saldrían de la ventana y se desentendía indignada. No soportaba la sumisión, la humillación, la resignación de su género. Feminista radical, era una provocadora nata, pero rara vez llevaba las de perder. Su aspecto físico era imponente y lo utilizaba con efectos disuasorios. Decía que había que tener arte hasta para morir, que qué era eso de dar guerra a nadie. Nunca le faltó arte...

De pequeña me llevaba al fútbol. Iban una peña sólo de mujeres del mercado y cuando jugaban en el campo del rival (que por supuesto era el equipo de la ciudad vecina, de tierra adentro) se desplazaban en un camión lleno de arena, algas y despojos y lo volcaban antes del partido en la calle principal con el consiguiente escándalo. Llegaron a ser detenidas y más de una vez tuvieron que salir del estadio hasta el vehículo protegidas; ya vacío corría mucho más.

Las tres cantaban muy bien pero Manola además contaba chistes, bailaba, organizaba juegos... era el alma de las fiestas. Manola me llenó la cabeza de proyectos. ¡Cuántos futuros imaginó! Ella aplaudió la decisión de estudiar marina y peleó contra el claustro que no me quería admitir (mujer, demasiado joven). Nada se le ponía por delante.

Helena era anarquista y libertaria, poeta y soñadora. En aquellos años de bombas y atentados, ella quería cambiar el mundo con la fuerza de la palabra, que reivindicaba como arma de los sin voz y con la que ejecutaba sus implacables sentencias. Tenía una imprentilla clandestina donde imprimía los libelos y coplas satíricas que componía, pero también pertenecía a una tertulia literaria, donde al amparo de los clásicos circulaban los libros prohibidos por la censura.

Mi tía abuela tenía una pluma ácida y prolija, producía toneladas de versos satíricos al día, no dejaba títere con cabeza. Yo disfrutaba con su lengua afilada y mordaz, su irreverente iconoclastia, su voz grave y ronca. Me gustaba estar con ella porque ejercitaba el ingenio y me fascinaba su discurso atropellado, afilado y genial. Saltaba de verso en verso, la rima era para ella como un juego. Ella me enseñó a leer y escribir con apenas cuatro años, me inculcó el hábito del estudio, el gusto por las letras (la elección de la carrera tuvo más que ver con la rebeldía de la juventud). De su mano aprendí que, si leer absorbe, aísla y evade, narrar libera y desahoga, es una forma de expresión y comunicación, pero también una válvula de escape y un bálsamo para el espíritu.

Las abuelas eran pescaderas. Continuando el negocio familiar, regentaban aquel puesto doble en el mercado (plaza central, sector tercero, *Pescados y Mariscos Barrilete*) e invertían en nobles empresas, como pagarle a mi abuelo Manuel las reparaciones de la barca y de los exiguos aparejos, el importe de las patentes o los créditos para lanzar en serie tal o cual genial producto. Los cuatro compartían la ilusión de cambiar el mundo.

Mi abuelo, Manuel, murió joven, en la mar, de la que nunca consiguió vivir decentemente y que jamás devolvió su cuerpo. Fue amigo de

las tres, novio de dos, el marido de una, y un hermano para ellas. El gusto por lo funerario debe venir de él, que cuando la mar estaba mala, no rechazaba otras formas de ganarse unos durillos.

En los primeros años del siglo xx, los espectáculos estaban en la calle. Cada poco, casi a diario, se producían entierros, en los cuales los difuntos eran transportados en carrozas fúnebres, parecidas, me decían, a las que se pueden admirar en las películas del oeste. Para los mayores las carrozas eran negras tiradas por caballos negros con los cascotes embeñados de negro, con plumachos negros en la cabeza y gualdrapas enlucidas cubriendo sus cuerpos. Los cocheros, encaramados en lo alto como los conductores de las diligencias, iban de levita, chistera, guantes y látigo del color del hollín.

Los jamelgos estaban acostumbrados a caminar al paso del cortejo que iba acompañando al difunto. Delante de los caballos iba un cura con capa pluvial negra y a cada lado dos monaguillos con sobrepelliz blanca sobre una sotana ocre portaban ciriales y campanillas; un tercer monaguillo llevaba un calderete con el agua bendita para las aspersiones que el cura dispensaba al féretro al llegar a cada esquina, donde era costumbre detenerse para rezar un responso y bendecir el ataúd. Cuando el difunto era una joven o un niño menor de catorce años, tanto la carroza como el ataúd y los demás atalajes eran de color blanco, incluidos los penachos de los caballos.

Los entierros eran frecuentes por las condiciones sanitarias e higiénicas, la mala alimentación y porque, como decía Horacio y citaba Helena: *Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas regumque turre.* O lo que es lo mismo, *La pálida muerte golpea con igual pie las chozas de los pobres que los palacios de los ricos...*

Los signos externos mostraban la calidad económica del difunto. Lo corriente era un cura y una pareja de caballos. Según el número de caballos, cuatro o seis, con el número equivalente de curas era ya un «entierro de campanillas», porque también aumentaba el acompañamiento de monagos repicantes. A los pobres se les ponía traje de pino pintado o forrado de negro, a tenor de los dineros. Las coronas de flores colgadas de la carroza también cumplían su papel de ostentación. Lo mismo ocurría con el número de responsos, cuanto más encumbrado había estado en vida el personaje más veces paraba la compañía. Y si era un masón o un militante de izquierdas, las paradas solían ser delante de la catedral y del convento, para proferir consignas antirreligiosas.

Pero había otra cosa más, que sólo se podían permitir algunos, y era el acompañamiento de sendas hileras de hombres portando cirios encendidos a cada lado del coche fúnebre. Estos acompañantes cobraban dos pesetas por su actuación y provenían en general del asilo de los pobres o eran gente mayor y sin trabajo. A Manuel le llamaban siempre, porque, aunque era inventor y pescador, sus ocupaciones le resultaban más bien ruinosas.

Manuel había estudiado para cura, pero su carrera se truncó el día que en el seminario le adscribieron a la cocina, para que practicara la humildad. Cuando, como buen aprendiz, le tocó ir de compras y pisó por primera vez el mercado, las abuelas (aquellas mozas lozanas y gallardas, las reinas del tendido) no pudieron evitar propinarle indecentes piropos, al verle tan despistado en su alzacuello, tan joven y tan guapo.

Fue su risa la revelación. Hacía tanto que no se reía en el convento, donde estaba prácticamente prohibido sonreír y vetado ser feliz, que abandonó los hábitos aquel mismo mes y se hizo marinero por ellas y

por ganarse la vida, pues sin oficio ni beneficio no podía pretender acercarse a aquellas tres hermanas, casi como gotas de agua, que hicieron temblar los cimientos de su fe y le llenaron el corazón de gozo con aquella vitalidad, aquella espontaneidad y frescura, aquellas ganas de vivir que se asemejaban a lo que nunca había conocido, pero siempre había idealizado, lo que buscaba en el claustro, pero pese a los nombres (padre, hermano) nada tenía que ver con la familia que soñara. A partir del momento en que les hizo manifiesta esa renuncia, ellas le adoptaron a perpetuidad y aunque empezó durmiendo en el chamizo y haciendo chapuzas en la casa en sus ratos libres, acabaría ocupando la única cama matrimonial, meses después.

Al poco de frecuentarlas él se hizo novio de Helena, siempre propensa al enamoramiento, pero no tardaría en manifestar su verdadero amor por Lola. A Helena no pareció importarle mucho, de aquella empezaba a interesarle Valerio, un poeta del pueblo, como decía ella, que murió en la cárcel de una neumonía, como una rata, durante la Gran Represión. Pero nadie puede predecir el futuro y Manuel se casó con Lola mientras Helena y su amante intercambiaban versos, ajenos al amargo destino que truncaría aquella literaria pasión pocos años después. La relación con Valerio, el poeta que sustituyó en su corazón al cuñado, marcó la época de poesía intimista de mi tía, pero su muerte la inclinó más hacia la denuncia y la poesía social, aunque nunca dejó de llorar ante los amores infortunados. Era una adicta de los dramas, creo que le servían de catarsis. ¡El suyo sí que había sido un amor de novela! Las guerras son malas para la lírica y las victorias sólo permiten loas a los vencedores... ¡Lástima de Fierabrás, que murió de viejo sin que nadie le diera su merecido!

La llama que hizo arder a Manuel y a Lola tuvo origen eléctrico: se había desatado intentando reparar un interruptor de la luz que había saltado, provocando un cortocircuito y cargándose la instalación. Quizá temerosa de lo que pudiera suceder, Lola nunca hubiera quedado con el novio de su hermana a oscuras y a solas, pero Cupido lanza dardos a ciegas y la fortuita circunstancia (no había nadie más en casa) les cruzó los cables produciendo chispas.

A Lola le gustaba Manuel desde que le había visto, pero nunca había dicho nada a sus hermanas. A Manuel las tres le volvían loco (Manola literalmente, no sabía a qué atenerse), pero con ella el acercamiento fue gradual, fruto de una serie de afinidades, de tropiezos, que culminaron aquella tarde bajo la escalera. Yo creo que Lola se enamoró perdidamente de Manuel por su versatilidad, por ese instinto de supervivencia que le hacía flotar, pero que no le bastó para salvarse. Mi abuela decía que Helena tonteaba con los dos, pero que ya había escogido a Valerio. Ésta tenía otra versión: su hermana le había robado el novio; pero creo que lo decía sólo por provocar. De hecho, jamás se las oyó discutir por ese motivo (me refiero a discutir en serio, pues las pullas al respecto eran frecuentes entre las tres...).

El monasterio donde mi abuelo había estado recluido se encontraba hecho una ruina y los monjes pasaban el día a Dios rogando y con el mazo dando. Para él fue una verdadera escuela taller donde aprendió cantería, forja, fontanería, albañilería, jardinería, pintura, restauración de muebles, reparación de desperfectos y bricolaje en general y, en fin, adquirió las habilidades para desarrollar el mayor de los dones que tenía: el ingenio. Inventó un crecepelos en el mismo alambique en que producía colonia, pero también fabricaba jabones, elixires cuasi mágicos y toda

suerte de infusiones y bebedizos milagrosos que nunca logró comercializar más allá de las compras solidarias que le hacían los vecinos. Incluso tenía un nombre alemán patentado para sus productos, *Dr. Slunck*, debajo de una foto suya vestido de cura que Helena había retocado para que el collarín y la sotana parecieran el batín de un médico. Con aquel afán efectista suyo le había añadido también patillas y superpuesto unas gafas que le daban un aspecto muy profesional. El montaje, sobre etiqueta dorada, hubiera merecido mejores resultados, pero el mercado estaba realmente deprimido y pocos eran los dispendios que la gente corriente se podía permitir.

Cuando nació mi madre se enteró todo Salitre. Manola lo festejó tirando voladores desde el patio e hicieron una fiesta por todo lo alto, la casa estuvo abierta dos días, aunque Lola, que había tenido un parto difícil, no se dejó ver casi por nadie excepto la familia hasta la semana.

Era una niña grande, como todas ellas, pero la cara era el vivo retrato de Manuel. Quizá por ser el único hombre de la casa, además de su padre, Libertad sentía adoración por él. Pero era un sentimiento mutuo y correspondido. Desde muy pequeña la llevaba con él en la barca a dar paseos por el muelle y con sólo cinco años la nombró de forma oficial, muy seriamente, aprendiz inventora y socia suya. Él tenía una paciencia infinita, ella era hábil y perspicaz: estaban todo el día juntos.

Tanta felicidad no podía durar mucho (lo tengo comprobado, toco madera, las bajadas son inversamente proporcionales a las subidas) y un maldito noviembre el envidioso Poseidón lo reclamó a su servicio. La última vez que salió a pescar ya hablaba de dejarlo y dedicarse por entero a la perfumería. Empezaba a haber más dinero circulando y la marca figuraba en los anaqueles de algunas tiendas de Salitre. Tuvo un sueño, pero

no le dio tiempo a despertar. Salió de casa con la alborada, pero no llegó a ver el mediodía. Las abuelas conservaban un maletín con las muestras de aquellos remedios, relicario oloroso y secreto del que también me des-hice cuando vendí la casa. Lo que daría ahora por tener algo suyo...

Mi madre tenía 12 años cuando murió el abuelo. Siempre decía la abuela que de no haber sido por ella se hubiera tirado por el acantilado detrás de su hombre y sus hermanas confirmaban que la hubieran seguido (desconozco llegado el caso hasta dónde). Pero en lugar de eso se volcaron en la niña y cada día la veían más parecida al desaparecido y cada día era más igual que ellas, aunque despreciara el don de la palabra. Y, como su madre, perdió muy pronto al hombre de su vida, aunque no fue la mar quien se lo llevó, sino un camión cuando volvía a casa en bicicleta la noche que nací yo. Historia repetida: mi madre también quiso matarse, por mí no se dejó morir. Pero sí dejó de hablar definitivamente. De hecho, había sido un proceso en dos fases progresivas. La muerte del padre, tan pronto y estando tan unidos, la había dejado muda, pero cuando conoció a mi padre lo tenía prácticamente superado. Tras la muerte de éste dejaría de emitir sonido articulado alguno ya de por vida. Creo que nunca oí su voz...

Abelardo era un hombre guapo (parecía un artista de cine, decía Helena). Yo besaba su foto por las noches, antes de ir a la cama. Todavía le veo, con su sombrero, sonriente y un poco tenso ante la cámara. Se habían conocido en el Ateneo, donde solían ir las cuatro mujeres de mi vida a pasar las tardes. De aquella, era el centro de la vida social y cultural de Salitre y, aunque en ciertos círculos no admitían representantes del sexo femenino, las abuelas habían llegado a formar parte de la junta directiva (ya dije que no se les ponía nada por delante...)

Era maestro y estaba fascinado por aquel matriarcado. Conquistó a mamá leyéndole las meteduras de pata de los alumnos. Trabajaba en una recopilación de disparates que tenía pensado publicar y todos los días incorporaba alguno nuevo, de sus clases o recibido por correo, pues tenía establecida una retícula por toda la provincia. Ella se reía mucho, le hizo un sitio en el corazón y los tres años que estuvieron juntos (seis meses de noviazgo) fueron muy felices. No llegó a conocerme.

Libertad, en honor a su nombre, parecía estar siempre ausente. El enorme peso de las abuelas y su propia tragedia personal la enmudecieron. Era callada y reservada, pero, gracias a las enseñanzas de su padre, fue la más manitas de las cuatro. Mamá era la que cuidaba la hacienda, como le gustaba decir. No se le resistían enchufes, plomos, cañerías, tejas... lo mismo pintaba la fachada que plantaba tomates o levantaba un tabique. Quizá como una forma de perpetuar aquella sociedad que habían fundado a medias, puso en práctica todas las técnicas aprendidas de su padre (y se ocupó de transmitirmelas, nunca se lo agradeceré bastante; buena falta me harían después esos rudimentarios conocimientos para pelear con aquellas grasientas, oxidadas y obstinadas maquinarias).

Desplegaba una frenética y constante actividad, pero no articulaba palabra. No hacía falta. Se conocían tan bien que la adivinaban y en público bastaba con que mirara a alguna de las tres para que enseguida intervinieran: «Libertad lo que cree es que...» o «Libertad opina...». Parecía que no fuera libre para hablar por sí misma, pero lo que ocurría en realidad era que había elegido el silencio. Y ellas respetaban su decisión.

A mí me costó mucho entender aquel mutismo, saber que podía pero no quería hablar, que no existía ninguna tara, ningún defecto físico

que se lo impidiera. Pensaba que de alguna manera me culpabilizaba y se lo reproché hasta su muerte... para, a continuación, hacer lo idéntico. Nadie que me conociera de pequeña o me conozca ahora lo encontraría verosímil, nadie me cree ni se imagina cómo llegué a ser durante ese paréntesis de veinte años en alta mar: seca, cortante, distante, parca, esquiva... y sin nadie que pudiera interpretarme, encima. Menos Erik, que, en honor a la verdad, fue el único capaz de leer mis pensamientos. ¡Qué paciencia tuvo con aquel saco de fango que era yo...!

* * *

Fue a partir del año 2000 cuando empecé a poder reírme de mí misma, algo saludable que siempre habíamos ejercitado en casa, pero que había olvidado, salvo esporádicas ocasiones, durante los años en la mar. El tiempo va pasando, amortiguando la intensidad de los recuerdos, borrando unos, archivando otros... y cuando se recuperan están dulcificados por la pátina de la distancia y son menos dolorosos, casi anecdóticos. El barco era un escondite perfecto; no obstante, aunque me ocultara de los ojos del mundo, seguía viéndome cada mañana la cara en el espejo. Y era distinta de la que veo ahora; puedes engañar a quien quieras, jamás a tu corazón.

* * *

Hablando de corazones y escondites, me viene La Roja a la memoria. Como era una de las casas más grandes del barrio solía estar siempre llena de gente. Las mellizas fueron desde jóvenes activas militantes, cada una en su especialidad, y no eran extrañas las reuniones de uno u otro signo. Pero también ocupaban su sitio las vecinas y estaba la puerta

abierta a los indigentes. Por sus múltiples facetas, la Casa Roja podía ser considerada un lobby político, una factoría cultural o una obra pía. Allí nunca faltó un plato ni un colchón para el que lo necesitara. O un escondite.

Oculto tras las baldas de la despensa había un zulo, un habitáculo diminuto, pero suficiente para albergar a una persona. Las mellizas lo utilizaban como refugio cuando eran pequeñas, pero en cuanto crecieron, como no cabían, se destinó a secadero de embutido. Era también donde Helena escondía su imprenta. La ingente cantidad de cosas que aquella alacena guardaba en las estanterías, junto con los objetos que se iban arrinconando por el suelo (sacos, bicicletas, zapatos, cajas de vino, radios viejas, herramientas, periódicos...) la hacían prácticamente inexpugnable y se hubiera necesitado traer un pelotón para acceder al fondo. Por lo menos a primera vista. Ellas tenían perfectamente estudiado el desalojo y tardaban el tiempo récord de tres minutos (cronometrados) en desobstruir el acceso al cubil y apenas dos en su remoción.

En los meses previos a la guerra (porque hubo una guerra, en qué país, en qué época no hay guerras) el secadero fue utilizado asiduamente, aunque no siempre fueron de cerdo los embutidos. El primero fue un activista extranjero, al cual sacaron a los dos días con un embarazo gástrico de avanzada gestación. Aquel año hubo menos compango y la práctica Lola decidió que era mucho mejor guardar allí las mantas, y los chorizos en el armario, ante los tiempos que se avecinaban. Después de aquel hubo otros amenazados, otros perseguidos, pero sin duda fue Hilario el más rentable.

Hilario era uno de sus mejores clientes. Se preciaba de saber elegir la mejor mercancía y de hacerlo él mismo. Y decían que era verdad, que

era tan entendido como rico. «Además, buena persona, que es lo raro», apostillaba Helena. Así que cuando acudió a su puerta una noche, abrieron camino en la despensa, sin que les cupiese alguna duda sobre si protegerlo o denunciarlo.

Fue cuando dieron el golpe de estado (militar, por supuesto) previo a las hazañas bélicas. En Salitre, fiel todavía al orden establecido, se emprendió la persecución de los sospechosos de apoyar la insurrección e Hilario, más por su clase y posición que por sus tendencias políticas, estaba entre los primeros de la lista.

No tuvo tiempo más que para salir de casa por una ventana con lo puesto, que era el pijama, y correr, correr, correr... hasta La Roja. No se si pretendería que ellas respondiesen por él, ni si tuvo miedo de que lo delatasen. Las mellizas lo escondieron durante casi un mes, hasta que Manuel, que ya era de la familia, lo sacó escondido en un carro funerario (hay que tener amigos hasta en el infierno) y así alcanzó, en ataúd pero coleando, un barco que lo esperaba en el puerto. Días después, empezarían a ser de otro signo los ocupantes del refugio...

Sucedió, las vueltas que da la vida, que el país acabó en manos de los rebeldes e Hilario regresó con el cargo de alcalde debajo del brazo. Cuando yo nací, todavía ocupaba el sillón del consistorio. Pero es de bien nacidos ser agradecido, y ellas tenían razón. Nunca olvidó dónde había pasado aquellos treinta días y a quiénes debía la vida, y aunque jamás lo reconoció públicamente, hizo sobradamente manifiesto su agradecimiento. Pese a la clara vinculación de las mellizas con el bando perdedor, con los vencidos, la represión no se cebó en ellas ni en sus amigos. Incluso siguieron utilizando el zulo durante algunos años y Manuel descargó algún que otro ataúd más sin problemas. La policía entró un

par de veces en la casa, por denuncias, pero parece ser que sus órdenes estaban claras: jamás registraron a fondo la despensa.

* * *

El edificio ha sido recrecido y el patio y el huerto convertidos en jardín; el pozo también terminó en ornamento, una fuentecilla de azulejos se alza ahora en lugar de la boca de cemento, pero su agua no riega más que a los viandantes cuando hay viento. La verdad es que está muy bonito... pero no se parece en nada. La fábrica de cosméticos tampoco existe ahora, una compañía aseguradora ocupa su lugar, aunque por poco tiempo.

Hago un inciso, se me olvidó meter los planos de la casa en la cartera. De paso estiro un poco las piernas, ahora continúo...



Nací de madrugada, una noche en que el Nuberu andaba desatado. A medianoche, con la tormenta, se había ido la corriente eléctrica (era harto frecuente) y no volvió hasta la mañana siguiente, así que el alumbramiento se produjo a la luz de unas lamparillas de aceite que mi abuela improvisó. Aunque no le dijeron nada, mi madre adivinó lo que la inesperada tardanza de Abelardo significaba y contaban que los gemidos del parto fueron nimios comparados con los aullidos de dolor por la pérdida de su marido. Entre los lamentos y los truenos los habitantes de Salitre pensaron que habían vuelto los ataques aéreos.

Aquel día no hubo voladores ni fiesta en el jardín. Con la luz se hizo el silencio, en el caso de mi madre para siempre. Primero creyeron que le duraba la conmoción, después revisaron sus cuerdas vocales. Al año fueron conscientes de que no hablaría más, que algo se había roto en su interior y entonces se volcaron en mí, dispuestas a que su evasión no me hiciera mella, a cubrir el hueco de su voz robada. Así tuve una madre biológica y tres adoptivas. Era Helena la que me leía los cuentos antes de dormir. Después mi madre se acostaba a mi lado y me abrazaba, algunas noches con tal fuerza que me cortaba la respiración; yo aflojaba los músculos y dormía, protegida por su aliento y su calor. Cada una me ofreció lo mejor de sí misma, todas influyeron en la formación de esta persona que soy. Cincuenta años después, comprendo

mejor lo que invirtieron en mi crianza, lo importante que era para ellas que me sintiera amada y que estuviera capacitada para ser independiente.

¿Que si no tenían algún defecto? ¡Claro que sí! Manola se ponía insoportable y era muy pesada si se excedía con la bebida; Helena jamás echaba una mano en las labores del hogar y Lola podía llegar a ser una tacaña y una beata. De mi madre, ¿qué puedo decir?... Nunca me dirigía la palabra, es difícil de explicar y de entender. Pero el que esté libre de pecado que tire la primera piedra; para mí eran perfectas, las únicas, las mejores, todo lo que tenía.

Ellas fueron un pigmalión tetracéfalo y yo la obra de su vida: un proyecto esmerado, arduamente trabajado, una inversión con futuro que se planificó desde el primer momento en asamblea, como todo allí. La educación fue competencia de Helena, que se convirtió en mi profesora particular y cuando empecé a clase me adelantaron dos cursos: sabía leer, escribir, sumar, restar, multiplicar, dividir, hacer raíces...

Si tuviera que pintar de color los viejos tiempos (calcetines blancos, zapatos de botón, braguitas de perlé, abrigos de piqué, funcionales coletas) escogería el gris de la borrina, del orbayu, de la niebla. Este norte, donde las horas de luz son escasas y la lluvia frecuente, marca el rumbo de sus habitantes y el ritmo de sus actividades, que suelen hacer caso omiso de las inclemencias del tiempo. La preocupación al llegar el invierno era procurarse un buen equipamiento: abrigo, gorro, bufanda, guantes, botas resistentes a la conexión charcos-infancia, etc. A las niñas nos embutían de camisetas y refajos, pero, a pesar de todo, no se evitaban las mojaduras y era frecuente ver más prendas arrimadas a la cocina de carbón que en el armario.

Fue una infancia feliz, un día tras otro se sucedían las pequeñas rutinas, los quehaceres cotidianos que van llenando las horas, soplándose los minutos. Los años desfilaron sin sentir y ahora que tengo un ejército de ellos, sólo lamento no haber retenido más de aquellos primeros, inocentes e inconscientes reclutas, de los que sólo alcanzo a atisbar, cuando son invocados, tenues guiños, esporádicos saludos.

Recuerdo con cariño el colegio, me agradaba mucho estudiar, me hacía sentir importante, mayor, poder asociar, memorizar, descubrir, conocer las partes del cerebro, llamar a las nubes por su nombre, resolver fórmulas matemáticas, iniciarme en los misterios de la física, viajar por los mapas, retroceder en la historia, redactar, leer... sobre todo leer. Prefiero la literatura, la novela histórica, las biografías. También disfruto navegando por las enciclopedias, un diccionario me acompañó siempre y, en caso de necesidad, soy capaz de devorar prospectos, folletos o las instrucciones de uso de un insecticida.

A veces me sorprendo en las librerías oliendo a escondidas los libros, o en una esquina, aspirando esa mezcla de sudor y lápiz que exhalan indefectiblemente las aulas y que emana por las ventanas abiertas de los colegios. Fui una buena estudiante, tan solo una vez, ya en el primer año de carrera, me quedó una para septiembre.

De pequeña me enviaron a clase de música, de dibujo, de escultura, de baile... pero lo que prefería, lo que más me gustó siempre, era estar en casa, jugar por los rincones, espiar a las abuelas y a mamá, reír con ellas... Me daban consejos continuamente, moralejas precedidas de fábulas que tardaba en entender, pero que repetía como un loro, porque sonaban bien y siempre eran muy aplaudidas. Aún recuerdo una, de Samaniego creo que era, muy afortunada:

Dijo la zorra al busto
después de olerlo:
tu cabeza es hermosa,
pero sin seso.
De estos hay muchos,
que aunque parecen hombres,
sólo son bustos.

Vocación la tenía para el teatro. Ya desde pequeña, animada por Helena y jaleada por Manola, con vestuario de Lola y escenografía de Libertad, acostumbraba a exhibir mis dotes ante las vecinas el día de Navidad. Generalmente recitaba monólogos populares, pero Helena nunca se resistía a incluir alguna obrita suya en el repertorio y entonces declamábamos a dúo. Éramos muy aplaudidas. Los ensayos para la actuación ante el gran público nos llevaban cerca de dos meses y ya empezábamos a escoger las piezas durante el verano.

Pero, a veces, estando en casa, alguna empezaba a cantar y la seguíamos todas (menos mamá, claro, que suplía los coros con la percusión). Yo enseguida me lanzaba a bailar y hacer payasadas con la bayeta y la escoba. «Tiene alma de cómica ya veréis, ni abogada ni maestra, ¡faran- dulera!», gritaba siempre Manola dándose palmotadas en los muslos y llo- rando de risa. Siempre estuve en algún grupo de teatro, pero no debía de ser especialmente buena: los mayores éxitos los coseché en la cocina.

Y es que en casa contaba con un auditorio entregado. Aunque estu- viéramos solas, cosa que casi nunca sucedía, ya éramos cinco y el hecho de ser todas mujeres se prestaba a una mayor confianza. Pese a la dife- rencia de edad no había distancia, todas éramos un poco niñas y un poco

viejas, pero sin duda yo era un poco de todas, hecha a su imagen y semejanza. Yo las idolatraba y ellas me adoraban. Hasta los silencios de mi madre eran elocuentes, en este sentido. Andaba todo el día con ellas: acompañaba a Lola a los barrios, asistía con Manola a cualquier concentración de más de diez personas que hubiera en Salitre sea cual fuere el motivo, con Helena no perdía acto cultural ni dejaba de visitar la biblioteca todas las semanas y con mi madre... Con mi madre daba largos paseos por los acantilados, por senderos apenas esbozados, lejos de cualquier vestigio humano, a menudo solas y en silencio.

Lola siempre tenía alguna reunión, alguien a quien asistir, alguna visita que realizar. Con Lola vi la miseria de cerca y, aunque en Salitre no estaba muy extendida, me familiarizó con la que encontraría después por todo el mundo. La pobreza suma tiene el estómago vacío, boca de hambre, ojos desengañados; la caridad da pan, pero no la remedia, sólo la prolonga.

En las chabolas (cuatro paredes de cartón y un techo de hojalata) no tenían camas, dormían hacinados en el suelo, sobre periódicos con mantas. Aquellos enclenques y desaliñados cuerpecillos, con la misma pericia con que liquidaban roedores o abatían pájaros, restregaban mocos, piojos, costra y postillas. Costaba acostumbrarse al hedor que desprendían los materiales de deshecho que componían el escaso mobiliario y los desgastados enseres, parecía que quedaba adherido a la ropa. «No frunzas la naricita, quédate jugando fuera si no quieres entrar...». Pero no me separaba de su falda y aprendí a no poner gestos extraños, caras de asco, ojos de espanto...

Lola no quería darles peces, quería enseñarles a pescar. Antes de que se introdujeran en el vocabulario palabras como «inserción», ella ya orga-

nizaba talleres, comedores comunales, se ocupaba del trabajo y la educación de las mujeres, de la salud de los niños, de que fueran al colegio...

Recuerdo uno, Joaquín, de mi edad, era hijo de madre soltera, cinco hermanos de diferentes padres desconocidos. Mi abuela estaba convencida de que el chico tenía talento, que debía estudiar, que merecía una oportunidad. Consiguió que los curas le admitieran con cinco años en el seminario, pero no llegó a realizar los votos.

Había estado fuera de Toro terminando su formación eclesiástica y al volver a casa para despedirse, la semana antes de su definitiva consagración, le apeteció dar una vuelta por Salitre, recorrer la ciudad, despedirse del mundanal ruido. Fue a alquilar una bicicleta... y encontró el amor de su vida. La dependienta le ofreció una percha en la que colgar los hábitos y no lo dudó, pese a que con ello arruinaba su carrera y su futuro. Cuando marché de Salitre, alimentaban ya dos bocas y él sobrevivía trabajando en el horno de una panadería, un verdadero infierno. Pero eran felices.

Sin embargo, la historia no acaba aquí. Volví a verlo hace dos años, las bocas ya eran cuatro, pero algún sedimento le había quedado porque siguió estudiando por su cuenta, libre y a distancia, en horas robadas al sueño e inmoladas a la familia, y lo había conseguido: con 46 años había terminado la carrera de Derecho, y acababa de superar una oposición a funcionario del Estado. ¡Estaba tan orgulloso de sí mismo!

Recordaba a Lola con nitidez y agradecimiento: «Ella siempre repetía aquella frase del *Libro Rojo*: *Luchar. Volver a luchar si se pierde. Seguir luchando aunque sólo sea previsible la derrota. Luchar una y otra vez hasta conseguir la victoria*. Me la había regalado enmarcada y, no te lo creerás, pero todavía la tengo colgando en la cabecera de la cama».

Fue como si lo viera. Era su frase más repetida y Helena había conseguido una foto del Gran Timonel e impreso cerca de 100 carillas con ella y el texto en rojo, en letras mayúsculas, la mayoría de las cuales se tiraron en una manifestación contra el cierre de la Algodonera.

Para Manola todo esto eran beaterías, mojigaterías y ñoñadas. «La revolución hija, aquí lo que tenía que haber era una revolución, dar armas a los pobres y comernos a los ricos, que tienen que saber bien, tan cebados que están...». Manola era muy bruta. Tenía muchas amigas pero recuerdo, sobre todo, a la Tarara. La Tarara era cigarrera, trabajaba en la fábrica de tabacos y sacaba debajo de la falda, pegados a los muslos con cinta aislante, los mejores puros para su amiga. Así es que mi tía abuela siempre presumía de fumar lo mismo que los presidentes. «¡Y probablemente está más capacitada que alguno de ellos para gobernar el timón de la nación!», justificaba la Tarara. Mi tía, a falta de mayores designios, era la que se encargaba del abastecimiento en la pescadería y no tenía competencia en conseguir lo mejor a mejores precios. Era el terror de los proveedores...

A la Tarara la llevo grabada en la retina, o más bien la imagen de sus piernas varicosas subidas en lo alto de la barra de un bar, levantándose la falda y echando mano a sus partes pudendas, mientras que en la otra enarbolaba una botella con la que quería atizar al camarero por no servirles otra consumición. Echaba fuego por los ojos y la boca. La concurrencia estaba paralizada, muchos parroquianos se habían retirado, sólo sus amigas la jaleaban dando palmadas en las mesas y golpeando el suelo con las sillas. Ruido, carcajadas y maldiciones. Y ella, como una medusa gigante, una gorgona encolerizada, la furia desatada del sexo débil... Yo apenas tenía ocho años y el resto de imágenes son confusas

(Manola me puso de patitas en la calle mientras ellas «dirimían sus diferencias» con el dueño), pero aquella mujer, aquel instante, se convirtieron para mi en el icono de una revuelta, la de las comadres, que Manola vaticinaba que acontecería algún día.

Estaba claro que a la Tarara le picaba o le sudaba que no nos quisieran atender (sospecho que irían realmente calientes, incluso tendrían ganas de bronca, Manola bebida era capaz de enzarzarse con una mosca). Pero veníamos del fútbol, habían perdido los nuestros y en las gradas la bota había corrido con alegría, más que los jugadores por el campo, como era habitual. De aquella tampoco las mujeres frecuentaban los bares, por eso era magnífico verla allí, encendida, amenazante, soberbia... sostenida por aquellas columnas cuarteadas, claveteadas por el peso y el paso, por el trabajo, la paridera y la falta de descanso. La Tarara era una bandera, una institución en Salitre sólo comparable a Manola, y cuando las dos estaban juntas ¡que se echara a temblar quien osara interponerse en su camino!

Había varios bares donde tenían prohibido entrar, no sé si debido a escenas parecidas, pero también eran respetadas por todos, y eso se lo habían ganado a pulso. Se me olvidaba comentar que Manola era campeona provincial de este deporte tradicional, tumbaba las muñecas de los leones más pintados, ella, aquella inmensa fuente de energía...

De las tres, Helena era la más tranquila. Disfrutaba entre los libros, como todas; pero mientras sus hermanas leían para exteriorizar y a todo querían encontrarle inmediata aplicación, ella iba guardando dentro lo aprendido y así tenía aquel poso de valores, de humanidad, de sentimientos a veces un tanto novelescos... Para Helena era necesaria, vital, la palabra escrita. Le gustaba plasmar todos sus pensamientos para no perderlos,

decía; luego, sobre todo por la noche, trabajaba sobre ellos, desarrollaba las cosas que se le ocurrían. Tenía en la mesita una libreta y anotaba ideas que le venían a la mente, incluso sueños que intentaba descifrar al otro día. Ya de mayor, le regalamos una grabadora, a mí me parecía más rápido y más cómodo, pero ella detestaba aquel aparato: «Puedo escribir dormida, con la luz apagada, a tientas, pero te juro Reyna que me siento tonta hablándole a una caja. Cuando escribes las palabras pasan del cerebro a la mano y las ves, las puedes corregir, puedes volver sobre tus pasos, jugar con ellas, intercalar, hacer anotaciones... pero así olvido lo que dije primero, me repito, me bloqueo, quedo vacía, no se me ocurre nada».

* * *

Si me pudieras ver ahora aquí, cómodamente sentada, frente a la ventana, empieza a clarear, hablando a este ordenador, magnífico, la última generación... A todo se acostumbra una, Helena, estoy segura de que, si hubieras vivido más tiempo, le habrías cogido el gusto al casete. Aunque no era como esto, claro, este invento sí que te maravillaría: el verbo se hace tinta, ideal para nosotras, sólo tienes que pasar después con el saco de comas, comillas y acentos que siempre se escapan, pero es una delicia, aunque no puedes hablar con la boca llena, se confunde, así que voy a dejarlo un ratito para bajar a desayunar.

Oigo cerrar la puerta de la calle, seguro que Marta ha ido a por los periódicos. El kiosquero alucinará, va a comprar un ejemplar de todos los diarios y revistas, nacionales y extranjeros, ya tiene preparadas las cajas para guardármelos ¡Es una idea fantástica! Sólo a ella podía habersele ocurrido, es cierto que dentro de muchos años será magnífico saber qué pasó hoy en el mundo 20-10-2010, cronificar este día.

Están tan ilusionadas como yo con este cumpleaños, saben lo importante que es esta fecha para mí. Este ordenador es su regalo, como aquella grabadora fue el mío... ¡qué cíclica es la vida, siempre a vueltas! Pero le sacaré todo el provecho, Helena, este es sólo el primer envite, la prueba de fuego. Te prometí que algún día escribiría una novela, tal vez esté dando el primer paso. Oigo a Perla trajinar en la cocina... ¡Cómo me apetece un café!



Para mi madre el café era sagrado, todo un rito el café de puchero. Tenía un cazo especialmente destinado, tan negro como la manga de colar. Le quedaba cargado, denso y estimulante y no le gustaba mezclarlo con achicoria, ni los sucedáneos, así que siempre discutía por eso con Lola (bueno, daba bufonazos y trastazos, ni por esas se le oía palabra). Así que si estaba mi abuela, por no discutir echaba más achicoria, que era barata, y menos café; pero si no andaba cerca doblaba la dosis permitida. Lola era muy amiga de estipularlo todo, de hacer reparticiones exactas. Contaba hasta las patatas por plato («y los granos de arroz, como la dejes» decía Manola) y siempre consideraba innecesarios todos los gastos.

Libertad también era ahorradora, pero tenía sus pequeños vicios. Uno era el café, otro la colonia. Quizá como no hablaba había desarrollado más el olfato, quizá quería evitar o eliminar el olor a sudor que le dejaba tanto trabajo físico, o solamente era *in memoriam* de su padre, pero era la única frivolidad que se permitía. Cuando no estaba trabajando podías verla en el porche con su taza en la mano mirando el cielo. Era la primera que se levantaba y preparaba café para todas. El olor ascendía por las rendijas del suelo, traspasaba las puertas e inundaba las habitaciones entrando hasta en los sueños. Aún ahora el olor del café me despierta, es un avisador olfativo que tengo improntado. Como la capacidad para el silencio, que descubrí cuando los suyos cesaron para siempre.

En aquellos largos paseos que dábamos, la mayor parte del tiempo corría detrás de ella: no sólo su caminar era firme y rápido, yo solía entretenerme con todo, cualquier cosa era una sorpresa, lo más mínimo reclamaba mi atención y cuando quería darme cuenta ya estaba ella esperándome con sus implacables ojos negros, cien metros por delante. Nunca me riñó, no le hacía falta, le bastaba con mirarme...

Aquellas andanzas me permitieron conocer la ciudad como la palma de la mano; jamás me hubiera perdido por las calles de Salitre. También trotaba por ellas con mis amigas, explorando nuevos caminos, saliendo de la ciudad por todos sus límites, con la seguridad que da saber que el recorrido inverso siempre lleva a la mar, que todas las calles descienden al puerto, a la playa, al hogar.

Mi madre podía permanecer horas contemplando la luna en la orilla de la playa, bañada en su reflejo mientras las olas le envolvían los tobillos. Buscaba en el más allá las respuestas, o quizá Catalina la llamaba y en su pálido silencio se entendían. Lo cierto es que mi madre predecía el tiempo con la exactitud de un barómetro, pero sobre todo tenía en la cabeza el calendario de las mareas y en más de una ocasión su intuición nos libró de una desgracia.

En aquellos tiempos los diques de contención se veían rebasados por lo menos una vez al año y el agua recorría en oleadas las calles inundando los bajos y los sótanos, arrastrando despojos y organizando verdaderos desagüados en la siniestrada urbe: se cortaba la circulación, cesaba el fluido eléctrico, se obturaban las alcantarillas, la gente quedaba aislada, lejos de su casa o encerrados en la misma, los poblados quedaban arrasados... Los servicios municipales se veían excedidos, los vecinos se organizaban rápidamente, todo el mundo colaboraba; pero

el desastre colapsaba Salitre y la normalidad tardaba varios días en volver.

Más que nunca, entonces las mujeres constituían una red comunal que garantizaba lo básico a la población afectada. Nuestra casa era uno de los nudos de esa malla, ese tejido elemental que permite que la sociedad se reproduzca y se transforme desde el principio de los tiempos, pese a las condiciones adversas, sobre todo en las peores condiciones.

Recuerdo especialmente la Mareona, fue en marzo de 1967, los primeros días, ese año se suspendió la fiesta de Comadres, ni horno ni bollos había. Una noche mamá se despertó dando gritos muy alterada, había soñado con un maremoto y nos prohibió tajantemente salir de casa aquel día. Yo no me explicaba por qué las abuelas le seguían la corriente si sólo había sido un sueño, pero dijeron que si Libertad lo decía, sucedería.

Las vecinas vinieron a buscarnos para ir a la playa, todo el mundo se dirigía allí, estaba alta la marea y las olas saltaban el muro, envolviendo el paseo de cortinas de agua espumosa y rompiente. Pero mi madre negó con la cabeza, cerró la puerta y nos puso a enrollar alfombras y a subir muebles al piso de arriba mientras ella abría canalillos en el jardín alrededor del pozo, del chamizo y de los muretes.

Yo no cesaba de protestar, sabía que todas mis amigas estarían jugando en la rompiente, y no entendía qué hacíamos encerradas. Solamente Manola había ignorado la advertencia de su sobrina y se hallaba en el muro oteando. La mar estaba muy picada, más de lo habitual, pero de repente vio venir a lo lejos una ola de gigantescas proporciones que se acercaba a toda velocidad, tan alta que tapaba el cielo, tan negra que succionaba las crestas de las otras con su onda. Cuando la montaña de

agua cayó sobre ella estaba refugiada en un portal cercano, del que tendría que salir en barca por la ventana del primer piso varias horas más tarde.

El agua empezó a subir y desbordarse, saltaron las tapas de los sumideros y alcantarillas, todo el mundo gritaba y corría. Las calles quedaron arrasadas, flotaban excrementos, residuos sólidos, ratas muertas, cajas de pescado vacías... No paró de llover durante siete días y siete noches, nos declararon zona catastrófica, cerraron los colegios y las carreteras quedaron cortadas. Salitre quedó enlodado y solo. Se extendió el temor a una epidemia y se creó una policía de abastos, para garantizar la distribución de las escasas provisiones que había.

El poblado de pescadores que había detrás de la Bailona, y que enlazaba el Barrio con el puerto, estaba en una hondonada y resultó prácticamente arrasado por las aguas. Las casas sufrieron destrozos sin precedentes. Eran de planta baja y se inundaron casi hasta el techo. Nuestros vecinos vieron salir sus escasas posesiones flotando y en los días siguientes con limpiar, desaguar y desescombrar los adultos ya tuvieron bastante ocupación.

Las abuelas tocaron a rebato y se juntaron en La Roja más de treinta mujeres, tantas que no se cabía en la casa. Una había perdido los dos hijos pequeños, a la otra le había desaparecido el abuelo, aquella no sabía donde estaba su niña... Algunos aparecerían con vida, tal vez malheridos, de otros sólo se encontraron sus cuerpos hinchados y pestilentes.

Como el hospital estaba saturado, organizaron un dispensario de urgencias para contusiones, desmayos y lesiones de carácter leve. Operaba de enfermera titular María, una vecina que trabajaba en la fábrica de loza y que había hecho un curso de primeros auxilios. Allí tendría su

bautizo como comadrona, porque Elisa, la señora a quien nunca llegó a aparecerle el abuelo, rompió aguas en la cocina, del disgusto decían, y en la misma cama donde nací yo habría de parir su cuarto hijo.

Con aquella superpoblación que teníamos, a Lola no le quedó más remedio que ocuparse de la organización. Hizo que todo el mundo trajera de sus casas las provisiones sobrantes, para repartir «a cada uno según sus necesidades». Helena reunió a todos los gorriones, como decía Lola, y montó una guardería provisional en el chamizo, para tener a los chiquillos entretenidos y que no se vieran afectados por la debacle. Se habían quitado las camas de todas las habitaciones y dormíamos en colchones por el suelo, puede que durmiéramos más de ocho rapacinos en mi habitación. Comíamos en grupos, por edades, y nos aseábamos en calderos con el agua del pozo, la potable estaba racionada. Había una cola permanente para el retrete, fue lo peor, que no podías leer tebeos dentro, siempre había alguien esperando. Por lo demás fue el mejor campamento de mi vida (no hay nada como la inconsciencia).

Se trajeron braseros y estufas de otras casas para caldear el ambiente, pero no hicieron mucha falta, ya estaba bastante caliente. Manola atizaba sin cesar la cocina de carbón y el tendedero parecía el expositor de un almacén de retales. Pasaba sin cesar entre las que iban llegando la botella de coñac, para el frío decía, aunque creo que a eso se debía que todas tuvieran la cara tan encendida, especialmente ella, no debía de ser todo coraje. Nunca supe donde guardaba el alijo, pero sus remedios tenían un denominador común: anís para la barriga; coñac para el frío y las muelas; vino blanco para los catarros; ginebra para los dolores de regla... Pienso ahora si por eso tendría tanto éxito nuestra casa.

Las mismas mujeres que en las invasiones (bélicas, acuáticas) eran enfermeras, cocineras, matronas, economistas, abogadas, ladronas o policías, en tiempos de bonanza jugaban a la brisca y al parchís, tejían para sus nietos, hacían los deberes con sus hijos, dividían para llegar a fin de mes, multiplicaban las bocas que alimentar... y seguían acudiendo a La Roja, la nave que marcó el rumbo durante mucho tiempo en Salitre.

En ese gineceo, entre comadres, pasaron los mejores años de mi vida. Eran las cuatro excepcionales, y no sólo por el tamaño (destacaban, destacamos por encima de muchos hombres), también eran grandes de corazón y aunque tendían a llevarse la contraria, en el fondo eran muy parecidas. Me hubiera gustado tanto envejecer con ellas...

Salitre está envuelto por una placenta que el sol nunca termina de expulsar. Todo está siempre impregnado de una humedad que no se sabe si es propia o ajena, pero forma parte hasta tal punto de nuestras vidas que la mayoría de los habitantes padecen reuma. Onírica, deformante, fetal sustancia marina que íbamos a secar en los meses de verano a la meseta, a derretir, a tostar, a quemar en el fuego de las eras. Recuerdo aquel calor achicharrante de la siesta y se me seca la boca. Era una sensación opresiva que anulaba voluntades, como cuando en las pesadillas no podemos abrir los ojos, levantar los párpados, porque estamos dormidos en realidad, soñando que estamos despiertos.

Viajábamos en un viejo taxi cargado de maletas que nos llevaba al pueblo y nos traía de regreso año tras año, cruzando renqueante las montañas, franqueando esos otros puertos tan ajenos. La estancia se prolongaba un mes, durante el cual engordaba, me ponía morena, jugaba y dormía. Era un pueblo pequeño, que duplicaba y rejuvenecía su población en los meses de verano. Las viejecitas de negro, que cenaban sopas

de ajo en puchero de barro a la puerta de sus casas haciendo corro con las sillas, miraban con cariño y nostalgia al grupo de chiquillos y chiquillas que invadíamos alocadamente los huertos, las calles, el puente y el parque de la iglesia. Solamente aparecíamos por las casas para comer y dormir. Éramos casi todos foráneos, aunque nos conocíamos desde siempre, de vernos allí todos los veranos de nuestras cortas vidas. Sólo había dos nativos en la pandilla: el hijo del panadero y la hija de la Guerrita, que tenía mi edad pero parecía bastante más pequeña.

El marido de la Guerrita trabajaba en montajes y echaba largos períodos de tiempo fuera. Así es que cuando volvía, a Marisé, que así se llamaba la hija, la mandaban a jugar a la calle y le daban un duro para que se entretuviera dos horas por lo menos.

Lo que menos se imaginaba el necesitado matrimonio es que la niña corría a avisarnos: «¡Que ya está mi padre montando a mi madre! ¡Que ya están! ¡Corred!». Y al módico precio de una peseta íbamos mirando por turnos a través del ojo de la cerradura, aunque se veía más bien poco, eso es cierto. La hija de la Guerrita lo tenía bien estudiado. Durante el invierno no era lo mismo, no había espectadores, pero si las visitas de su padre coincidían en agosto se forraba y de cada duro sacaba seis.

Pero un día pasó lo que tenía que pasar, esto es, nos pillaron *in fraganti* y casi sucede una desgracia. Esa vez, nada más entrar la pareja en la habitación, Marisé salió corriendo a avisarnos como siempre y hacia allí nos dirigimos sin hacer ruido, en fila india. Era la hora de la siesta y éramos pocos, creo recordar, tres contándola a ella. Yo iba la primera y tras abonar religiosamente mi cuota, me asomé. Contrariamente a lo habitual, estaba muy oscuro y no se oía ningún ruido.

Llegué a pensar que estaba la llave puesta y ya iba a reclamarle a Marisé mi dinero cuando una voz encolerizada surgió a nuestras espaldas. ¡Allí estaban los padres, detrás de nosotros, esperándonos! La Guerrita estaba roja de indignación y le soltó a la hija, sin mediar palabra, dos bofetadas que nos hicieron temblar al resto. Pero además, el padre llevaba un cinturón en la mano y lo blandía amenazadoramente...

El hijo del panadero, sería por la confianza, llevó el primer correa; mientras, yo aproveché la confusión para salir corriendo. Nuestra casa quedaba al otro extremo de la calle, jamás tardé tan poco en hacer el recorrido. Hacía un sol de justicia, el suelo reverberaba y parecía que hasta el polvo estaba suspendido en el aire. Tenía la ropa empapada, pegada al cuerpo del sudor, goterones me descendían por la nuca. Entré sin hacer ruido, confiando en que estuvieran durmiendo la siesta, como así era.

Pero la Guerrita me conocía de sobra y tardó apenas cinco minutos en estar aporreando la puerta. Me temí lo peor. Si me encontraban me matarían; era perfectamente consciente de que estábamos haciendo una guarrería de la peor especie y podía imaginar la mirada de mi madre y el enfado de las abuelas. Nadie me había visto, así que decidí hacer como que no estaba y esconderme a esperar que los ánimos se calmaran.

Subí sigilosamente las escaleras y entré en el desván justo cuando las puertas de las habitaciones se empezaron a abrir ante los aldabonazos, los gritos y las voces que se oían en la calle, donde por cierto empezaba a arremolinarse la gente. Bajaron las cuatro ajustándose las batas y preguntándose a que se debería tal escándalo. Encontraron la respuesta en las entrecortadas pero explícitas acusaciones de los ultrajados cónyuges. Tardaron en asimilarlo, pero de repente la atronadora voz de Manola traspasó los muros de adobe, «¡¡¡Reeeyyynaaa!!!».

No era difícil que subieran, sabían que solía cobijarme allí y no tenía escapatoria posible por el tejado. Pero mi tía abuela tenía muy mal despertar, sobre todo de la siesta, y yo temía cien veces más su rabia que el premio a la honradez que nunca me darían si aparecía, así que no tenía intención de hacerlo. Miré a mi alrededor acongojada. Había un baúl arrinconado detrás de unos sacos de tela. Por casualidad lo había abierto el día anterior en busca de algún tesoro oculto, pero estaba vacío. Lo abrí con cuidado y me metí dentro dejando caer la tapa. Hizo *clic*, pero no me preocupé porque justo en ese momento Manola abrió la puerta de una patada; el resto de la comitiva venía detrás. Habría rezado si me hubieran enseñado, en su defecto contuve la respiración.

Me llamaban a voces y Manola no dejaba de proferir insultos. «¡La muy zorra! Toda la vida puliendo por ella y mira a qué se dedica ¡al fisgoneo, como un viejo verde! Menuda educación, Helena, te merece la pena ¡La mato!». «¿Y en eso gasta el dinero? Ni una peseta más. No se le da un duro más en todo el verano y no vuelve a salir de casa. ¡Se acabó!», decía mi abuela.

Los improperios continuaron mientras daban vueltas por allí, pero a ninguna se le ocurrió levantar la tapa... del sarcófago. Porque se había cerrado por fuera, yo no lo sabía. Esperé a que salieran y cesaran los ruidos, no pensaba aparecer hasta la hora de la cena, pero cuando quise abrir, no pude. Empujé y empujé hacia arriba y grité con todas mis fuerzas; cuando éstas fallaron me di cuenta de que nadie lo oía.

Mi presunta desaparición dio al traste con la tranquilidad del hogar. Las oía subir y bajar, entrar y salir, reñir y llorar, hablar y gritar... pero ninguna se volvió a acercar al altillo. Una desconocida sensación se empezó a apoderar de mí, un hormigueo paralizante, una rara lasitud,

una leve inconsciencia, sentí que iba perdiendo la realidad... En el último instante de lucidez supe que no tendría oxígeno para sobrevivir, que moriría sin dilación. No recuerdo más.

La romántica Helena se había quedado de guardia en casa por si daba señales de vida, mientras las demás me buscaban con los vecinos y la guardia por descampados y pozos. Ella sabía de mi guarida y para entretener la espera decidió subir a ver si algo le daba una pista para mi localización. Encontró unas páginas escritas por mi mano escondidas entre los sacos y se sentó en el primer sitio que encontró a leerlas. Y, de repente, notó bajo su trasero unos extraños ruidos. Estuvo tentada de salir corriendo, pero una intuición la hizo mirar dentro. Y allí me encontró, dando las últimas boqueadas. No me castigaron.

En aquella buhardilla, esperando la fresca que me permitiera salir a vagabundear, fue donde escribiría mis primeros cuentos. La protagonista siempre era del sexo femenino, transcurrían aventuras sin fin (secuestros, asesinatos, tráfico de drogas, terremotos, cataclismos...) e invariablemente el final era feliz, esto es, la chica en cuestión salía triunfante de todas las situaciones gracias a su inteligencia y coraje. ¡Cuántas veces hubiera querido poseer las armas de mis protagonistas para escapar de tantas situaciones reales que superaron la ficción!

Cuando volvíamos a Salitre, descargábamos el coche, deshacíamos las maletas y nos íbamos a dar un paseo por la playa. Se conoce como la playa del Candil, por la cantidad de merodeadores nocturnos que la frecuentaban en busca del carbón que sacaban las mareas del fondo. Salitre es la salida natural a la mar de las minas de Allende y desastres ecológicos se vienen produciendo desde siempre. Por fortuna para muchos que ya no alcanzaban a repartir lo que perdían las vagonetas por las vías

del tren, ésta era otra fuente importante de obtención de materia prima para la cocina de los pobres en aquellos tiempos. Las abuelas también iban con caldero, aunque yo recuerdo las linternas, claro está.

Hay quien dice que el nombre es anterior, una extensión del que se daba al acantilado que la flanquea al norte, donde cuentan que en las noches de invierno atraían a los barcos con candiles para que se acercaran a la costa, se estrellaran y apropiarse de la mercancía. El abuelo de mi abuelo parece ser que fue uno de estos piratas de tierra, pero está claro que tampoco logró enriquecerse con ello.

Caminábamos descalzas por la arena y nos deteníamos a mirar la puesta de sol con los pies metidos en el agua; después de tanto tiempo sin respirar la brisa marina (al final, el mes se hacía muy largo) ese momento tenía algo especial, de comunión mística. Luego íbamos a cenar a una tasca de la plaza Mayor, que ya no existe, y volvíamos las tres, mi abuela, mi madre y yo, que Manola y Helena siempre encontraban a alguien ese día o si no iban a buscarlo, buenas eran.

A pesar de no ir a misa, a las abuelas les gustaba mucho la catedral y conocían todos sus rincones. Lola era muy amiga del sacristán, un erudito en historia de las catedrales que hablaba muy bajito y tenía halitosis, pero que disfrutaba enseñando sus dominios. De su mano las imágenes cobraban vida, mezclaba truculencias con apariciones, espíritu y materia: el temor a Dios con los centímetros de grosor de la caliza; el martirio de san Lorenzo (en la parrilla, ¡qué barbaridad!) con el diámetro de la cúpula; el milagro de la resurrección con el grosor del alabastro de los sarcófagos. Cuestionaba lo divino («Voy a explicarte, Reyna, el misterio de la Santísima Trinidad, que no es tal») y lo humano («¿Cuántos años y hombres crees que se necesitaron para hacer este edificio?»)

¿Cuánto les pagaban, dónde vivían, de dónde venían, quién cocinaba para ellos, te preguntaste alguna vez eso?». Él mismo respondía y yo escuchaba, atenta a no perder palabra y esquivarle el aliento, mientras mi madre me miraba de reojo, que era descortés arrugar la nariz.

Recuerdo haber caminado sobre las bóvedas, debajo del tejado, una parte que ahora no es accesible. De hecho, cuando se lo propuse al deán actual negó incluso la posibilidad. Pero yo estuve asomada a los rosetones de la nave central, salté encima de los nervios que unen los pilares y vi los ojos de los arcángeles de las vidrieras a mi altura, no como desde el suelo, que sólo les ves los pies.

Ahora tiene el mal de la piedra y suele estar cubierta de andamios por fuera, pero por dentro, cuando está vacía, conserva ese olor a incienso, madera y efluvio corporal, esa tenebrosidad de los altares y esa verticalidad mareante que la convierten en un recinto casi mágico, especialmente cuando el sol incide en los cristales y las paredes parecen esfumarse. Sólo entré a una boda, la de Camelia, una compañera del colegio, pero la iluminación artificial y el barullo me parecieron excesivos, un sacrilegio, aunque no fuera creyente.

Cuando me fui, Salitre era una capital pujante que había seguido un proceso de fusión particular: cada zona conservaba su peculiaridad e identidad, y hacía de su pasado una bandera. En total había cinco distritos. Cuando volví en el 2000 eran seis, ahora son siete y el torques se ha expandido hacia poniente. Algunos son de reciente creación, otros desaparecieron prácticamente, como el Rural, adonde íbamos todos los sábados a comprar leche, huevos, frutas, verduras, miel...

El crecimiento de Salitre se debe a tres factores: el primero, que se encontró oro cerca de unos yacimientos romanos que formaban parte de

su patrimonio histórico, con la subsiguiente fiebre, hay cosas que no cambian con los siglos; el ocle, cuya recogida es cada vez más rentable gracias al descubrimiento de su eficacia como sustancia adelgazante, ya no hay potingue ni bebedizo que no lleve tal componente; un tercero, el hecho de ser puerto de mar, abierto a otras culturas desde siempre.

El Antiguo, prácticamente igual desde hace siglos, se nutre de turistas y asume como una misión de destino en lo universal ser testigo y custodio de la historia de la zona. Es un laberinto de callejas empedradas y fachadas con escudos nobiliarios. En los bajos hay talleres artesanos y bares típicos, además por supuesto de las consabidas tiendas de *souvenirs*.

Del Antiguo desembocas al Centro, donde se encuentran el ayuntamiento, la plaza Mayor, y los servicios administrativos y donde la burguesía ha dejado su impronta en los jardines y glorietas que salpican la amplia avenida de edificios monumentales.

El Barrio conserva con derecho y exclusividad el nombre genérico, ya que fue el primero en crearse, a mediados del siglo XIX y aún permanece vivo, unido su destino al del puerto. El Barrio tuvo su mejor época cuando Salitre estaba lleno de chimeneas fabriles y los obreros iban a trabajar andando o en bicicleta. Las calles adyacentes a La Bailona, que lo cruza del Acantilado al Antiguo, siguen pobladas con casas bajas, talleres, ciudadelas y patios interiores.

De nuevo cuño es El Social, donde se gradúa en diferentes niveles el proceso de integración de los inmigrantes, minorías mayoritarias, que con los años invadieron las calles de color, pasada ya la niebla de los tiempos en que eran vistos como indeseables, traficantes, drogadictos, ladrones del trabajo, portadores del miedo, detritus de la calle. Como ya

no repatrían sus cadáveres, empiezan a tener un sitio en el cementerio, plagado de extraños apellidos, filiaciones de pronunciación imposible detrás de televisivos nombres, las segundas y terceras generaciones de la gran marea.

Salitre tiene también su barrio chino, que aquí se llama Valtueña, apellido de una familia de putas que hinca sus raíces en el medievo. Desde el siglo XIV, cada Valtueña tenía una hija de soltera y en tiempos de crisis dos o tres, por si se moría alguna asegurar la permanencia del negocio familiar. Desconozco la programación genética que les impedía parir niños o qué hicieron con ellos dado el caso, pero lo cierto es que la tradición pervive hasta nuestros días y que se sepa nunca faltó una generación de recambio. O por lo menos, tal es del dominio público y puedo dar fe de ello.

La Valtueña era amiga de Manola. Se llamaba Flora, como la diosa de las flores, que en vida había sido la meretriz más famosa de Roma. Tanto, que a su muerte donó las millonarias ganancias obtenidas con su cuerpo a la ciudad, para sufragar unas fiestas en su honor que perpetuaran su recuerdo (las floralias). Fue esta diosa la que interfirió con el culto a Puta, la diosa de la poda (de ahí amputación), a la que acabaría asimilándose la mala reputación de la primera. Seguramente la deidad resultante de la fusión entre Flora y Puta no alcanzó nunca la categoría de Capitolina, sin embargo sus adeptos se mantendrían por los siglos. En el clan ancestral de las Valtueña hubo muchas que se llamaron igual, supongo que en ofrenda y encomienda a su patrona. Su hija, Perla, estudió conmigo en el colegio. La tutora se volvía loca cuando aseguraba que ella sería puta, como su madre. Siempre fue la que más claro tuvo el porvenir de todas nosotras. En casa siempre nos reíamos con eso, pero a la

abuela nunca llegó a gustarle. «Existen otras formas más honradas de ganarse la vida, a ver qué va a pensar la nena».

Cuando nos conocimos yo era más pequeña, pero por mi tamaño y mi carácter parecía mayor. Ella iba a tercero y yo debía entrar en primero, pero me adelantaron dos cursos gracias a las enseñanzas de Helena y así fue como coincidimos en el aula. Nos sentamos juntas desde el primer día. Éramos inseparables.

Muchas veces se quedaba a dormir y nos daban las tantas despertas. Compartíamos la afición por la guitarra, yo inventaba letras y ella ponía la música, luego ella hacía los solos y cantábamos juntas los estribillos. Le gustaba que le leyera textos en voz alta, yo disfrutaba recitando y así se nos pasaban las horas. Cuando mi madre me matriculaba en alguna actividad (se empeñaron en que lo probase todo) ella se apuntaba también. La Valtueña me consideraba una buena compañía y siempre le concedía todos los caprichos.

Durante años fuimos una para otra como la hermana que nunca tuvimos: nos contagiamos juntas el sarampión y la varicela, cogíamos catarros a la vez, nos gustaban las mismas películas, los mismos cantantes, teníamos las mismas opiniones, nos enamorábamos de los mismos chicos.

En realidad, tenían razón Margarita y Camelia, nuestras amigas de la infancia, cuando decían que abusábamos de ellas, que las liábamos. Imitando lo que leíamos en las novelas, hacia los diez años fundamos una asociación, el Club de la Malva Roja. Yo era la presidenta y tesorera, Perla la vicepresidenta y secretaria y ellas socias de base. La acumulación de cargos nos permitía expulsarlas cuando nos caían mal, por ejemplo si Camelia se negaba a invitarnos una vez más a la heladería de su padre:

«Dice mi padre que ya está bien, que luego le riñen a él por daros de comer a deshora, y que todos los días gallina amarga la cocina».

Perla y yo atacábamos: «El helado no es gallina, tonta, tú eres la gallina y tu padre un tacañón». «Además el helado no es comida». «Entra por detrás y sácanoslos, gallina». Camelia, que le tenía a su padre más miedo que a nosotras, se negaba en redondo poniendo morros: «¡Qué no!, ¡qué no!, ¡que me mata!». «Pues no te juntamos, ya no eres del club», y arrastrábamos con nosotras a Margarita, que siempre fue de fácil llevar, hasta La Roja, dónde teníamos la sede social en la atiborrada despensa. A veces Camelia volvía con los helados, otras sólo con los ojos colorados y las nalgas del mismo color. Nos llamaba desde el patio y nosotras nos hacíamos las sordas. Pero no tardaba en abrirse la puerta del cuartín y aparecía mi madre, con ella de la mano y una furibunda mirada que nos hacía acogerla entre grandes exclamaciones de sorpresa: «Pero, ¿te dejaron venir?, ¡qué bien!». Menos mal que mi madre, *de facto*, era muda.

Una vez quisimos ser inventoras, como mi abuelo, y mezclamos todos los ingredientes prohibidos que encontramos (gasolina, lejía, aguarrás, aguafuerte...) en un cazo que pusimos al fuego... y dejamos a Margarita en la cocina con el encargo de avisarnos cuando estuviera a punto de ebullición. Quizá debiéramos haber dicho «hervir» o explicarle lo que era «a punto de»: quedaron para siempre las huellas del incendio en el techo. Suerte que teníamos pozo y estaban las abuelas, si no arde la casa entera. Margarita estuvo sin poder ver una semana, cuando empezó a hacer borbotones el líquido no se le ocurrió otra cosa que acercarse a verlo de cerca...

Otra vez quisimos montar una emisora de radioaficionadas. El problema fue subir la antena desde la despensa al tejado por el interior del

edificio. Lo peor no fue cuando todos los televisores de la calle empezaron a sufrir interferencias, no, lo más grave fue que no se nos ocurrió mejor sitio para la toma a tierra que el water. Helena, que nos había echado para entrar y que estaba sentada en la taza con su novela, creyó que se abrían las entrañas de la tierra cuando el agua empezó a hacer burbujas, creo que es la electrólisis, pero eso lo supimos luego.

También intentamos enriquecernos con los hamsters, alentadas por su rápida reproducción y venta (hubo una temporada que estuvieron muy de moda como mascotas). Al principio las abuelas fueron reticentes, pero por otra parte les parecía muy bien tanta iniciativa empresarial y consintieron. Llegaríamos a criar cerca de cien animalitos en el chamico, sin embargo el negocio se acabó cuando se escaparon en masa, menos mal que habíamos vendido alguno el día anterior. Siempre había el que intentaba salir y lo lograba, no obstante todo solía reducirse a una escandalosa persecución por el patio. Esta vez fue en serio.

Hay que decir en nuestro descargo que no dejamos la puerta abierta, no fue un descuido, simplemente rasparon con los dientes una tablilla sin que nos percatásemos y se fugaron uno detrás de otro. Un comando suicida entró en la casa y royeron todo lo que encontraron durante once días, hasta que Manola liquidó el último, precisamente en la despensa. El balance arrojó un saldo de diez desaparecidos, veinte recuperados y siete muertos; dos pantalones, la bolsa de la compra, una novela, una toalla, cuatro sábanas, una manta y un kilo de zanahorias, roídas.

De mayores pensábamos ser veterinarias y empezamos a recoger a todos los animales enfermos que encontrábamos para practicar. Aquella temporada la caseta estaba desocupada, debió de ser al poco de los rato-

nes. Vista la experiencia previa, que había traído consigo una prohibición firme de meter más animales en casa, la hospitalización la hacíamos en secreto. Al principio eran palomas y pájaros, luego llegó un cachorro de perro que encontramos extraviado y más tarde cuatro crías de gato que habían tirado en un saco a la ría. Nadie sospechaba nada. Mi madre, que era la que más pisaba aquel recinto, hacía la vista gorda (siempre le gustaron los animales), pero la confianza nos cegó y un día, en el puerto, vimos una jaula con un oseznó.

El pobre animal gemía lastimeramente y tenía el pelo arrancado de frotarse contra los barrotes. No parecía tener dueño, estuvimos allí toda la mañana y nadie se acercó a darle de comer. Convocamos una reunión de urgencia del club y decidimos intervenir. Por la tarde, al oscurecer, nos acercamos de nuevo. Margarita y Camelia se quedaron fuera, vigilando. Allí seguía el animal, al borde del mar, entre rejas, visiblemente nervioso, tan pequeño como un niño.

Le tranquilizamos con leche y miel y cuando ya se había vaciado los dos botes, ni cortas ni perezosas, forzamos la cadena con unos alicates que habíamos llevado al efecto y le sacamos de allí. Pesaba más de lo que estimábamos y tardamos más tiempo del previsto en lograr meterle en el cochecito del hermano pequeño de Margarita, que había sustraído sin que se dieran cuenta. Cuando llegamos a la puerta sudábamos; Margarita y Camelia también, pero por otras razones: estaban hablando con el guardia y ya no sabían como justificar nuestra tardanza ¡A punto estuvieron de desvelarlo todo! Quizá hubiera sido lo mejor...

La vuelta a casa fue desastrosa: el animal seguía teniendo hambre, gruñía, quería escaparse, casi le arranca una mano a Camelia por taparlo... Tuvimos que entrar en una tienda y comprarle otro tarro de miel, al

final se apaciguó y entramos con él sin más problemas al chamizo. A las diez de la noche, cuando estábamos cenando, picaron a la puerta y preguntaron por mí. Tuve claro que la habíamos pifiado.

Al guardia le sobró tiempo para atar cabos y localizar a Camelia, que estaba detrás con su padre. El señor Tuttifruiti echaba maldiciones contra mí y daba collejas a su hija alternativamente. En el patio aguardaban dos descargadores y un marinero, profiriendo en una lengua desconocida lo que semejaban terribles juramentos. Llevaban escopeta, lazo y jaula. Nosotras llorábamos sin parar, Lola intentaba templar gaitas, Manola pretendía echarles a todos con cajas destempladas, Helena reía como una posea y mi madre me tiraba de los pelos en silencio, que no lo rompió ni por esas.

Pero en el pecado llevamos la penitencia: el oso estaba sarnoso y durante más de un mes estuvimos las cuatro atacadas de picores, vejigas y pústulas. Aquello cerró el club definitivamente.

Cuando la pubertad nos desbordó, fue Perla la que me inició en los secretos del sexo; ella, con la sabiduría heredada a lo largo de generaciones; ella, la que habitaba en un mundo prohibido, mal visto, criticado, vituperado; ella, la transgresión en sí misma. Perla era consciente de su particular situación familiar y no estaba en absoluto en desacuerdo con ella. A mí, viniendo de ella, nada me parecía mal ni me sorprendía. Por ejemplo, que espicara a las parejas de la alcoba verde (cada pieza era de un color) desde la habitación contigua, la violeta, a través de un agujero que había hecho con un berbiquí en la pared. Desde luego, era más variado y se veía mejor que en casa de la Guerrita, pero precisamente por aquel suceso nunca estaba del todo tranquila. Allí, en la *Maison Platée*, que ese era el nombre del afamado prostíbulo, estudiamos el comporta-

miento de los animales humanos durante el coito y sus prolegómenos, más bien cortos en estas condiciones, dado que era previo pago y a tiempo contado. De todo se aprende en esta vida.

Fue ella también la que me dio una receta que nunca olvidé, era nuestra «fórmula secreta contra la prepotencia». Cuando decidí matricularme en la facultad de Marina Civil, tuve varios problemas. Uno era la edad, iba dos cursos adelantada; otro el sexo. Mi expediente era brillante, pero los inconvenientes para formalizar la inscripción se sucedían. Manola pidió una entrevista con el decano y él accedió a verme, pero a solas, para calibrar en la entrevista, según decía él, mi grado de madurez. Yo estaba espantada ante la reunión, tenía los miedos desatados: a no saber comportarme, a dar mala imagen, a no tener respuestas... pero sobre todo a él, tan serio, tan importante, tan encumbrado y distante.

Perla tenía la solución. «Quítale la ropa. Desvístele. No boba, no de verdad. Pero cuando la puerta se abra, imagínatelo en ropa interior, como quedan en casa, como los ves en la verde, con esos horribles calzoncillos blancos rachados y esos calcetines negros sobre las pantorrillas velloosas y torcidas. Calvo, o peor, con cortinilla, carnes flácidas, velloso y barrigón, con pelos en la nariz y las orejas, seguro que tiene flatulencias y ronca...». Llegó a detalles indescritibles, como ejercicio de risoterapia fue liberador. «Tú vales tanto o más que cualquiera de sus alumnos, Reyna, sólo tienes que estar tranquila», decía Helena.

Tenían razón. Estaba sobradamente preparada y, gracias al remedio de Perla, contesté con serenidad y aplomo. Eso que el decano era relativamente joven, delgado y tenía una buena mata de pelo. Pero no pude evitar sonreír al entrar y tratarlo familiarmente; él esperaba verme aco-

quinada en su presencia, pero es difícil mantener la venerabilidad en paños menores.

Cómo decía ella, «cuando vives del sexo te resulta más fácil desnudar a la gente y en cueros son todos igual de patéticos que el emperador». Ese cuento nos gustaba mucho de pequeñas...

Cuando marché, Margarita y Camelia ya estaban casadas, tenían niños y habíamos perdido bastante relación. Con Perla, sin embargo, me seguía viendo. Habíamos cogido la costumbre de comer juntas y todos los viernes íbamos a La Veleta, un bar del Antiguo regentado por un amigo común y ferviente admirador suyo, Manfredo.

Era un restaurante pequeño pero muy bien decorado. A la entrada tenía una barra diminuta, que servía de recepción. Si tenías que esperar por mesa, el vino y el pincho los ponía la casa, pero no estaba concebido como bar, de hecho sólo abría a las horas de la comida y la cena.

Tenía tres comedores abovedados, un total de nueve mesas. Las bóvedas eran de ladrillo y de su centro colgaban sendos nidos, que emitían una luz amarilla intensa. Las lámparas tenían el defectillo de que a veces te caía una paja, si por ejemplo chocabas con la cabeza, pero el conjunto rústico resultaba muy acogedor. Tanto la mantelería como la vajilla eran de color teja y tenían impresa una veleta en negro.

El suelo y las paredes eran de piedra, tenía fotos de campanarios y de cigüeñas, y una colección de los objetos de metal que le daban nombre digna de figurar en un museo. Había flechas con gallo pero también con enanitos, dragones, castillos, brujas, gatos, sirenas y caballitos de mar. Las conseguía en el rastro, a donde iba todos los domingos por la mañana a las nueve, de la que todavía se estaban poniendo los últimos puestos, a veces incluso sin acostarse. Pero también tenía otras aficiones.

Cuando se despedía el último parroquiano cerraba el local, apagaba la tele, sacaba la marihuana de debajo del mostrador (tenía una plantación en las afueras) y allí nos quedábamos hasta que anocheceía, sin movernos de la mesa, fumando, bebiendo y charlando de lo divino y lo humano. Manfredo era alto y fuerte, muy moreno y musculoso, con una mata de rizos negros que contrastaba con sus ojos azules, llamaba la atención donde quiera. Se reía escandalosamente y no conocí a nadie que contara chistes como él. Adoraba a Perla y Perla se dejaba querer. Mantenían esporádicas relaciones, yo lo sabía, aunque a veces mi amiga jugara a ocultármelo. Nunca lo negó, pero tampoco me daba detalles ni contaba espontáneamente que tenía cita con él. Y cuando yo estaba delante o habíamos salido juntas y coincidíamos con él, no parecían más que amigos, buenos amigos los tres. Jamás imaginé que Manfredo acabaría interponiéndose entre nosotras.

Los dos últimos años, en Salitre hubo mucho vicio. O bien, a finales de los setenta, en Toro había mucho vicio. Por fin, la botella largamente taponada se había descorchado. Muerto el perro, acabó la rabia. Los vigilantes eran vigilados, se dio rienda suelta a la alegría pisando el acelerador a fondo. Había que recuperar el tiempo perdido, echar el cuerpo a la calle, deprisa, deprisa, muere joven y deja un cadáver divino. Lo cierto es que pasábamos las noches de fiesta, las mañanas de resaca. Alcohol y porros, de maría si aparecía Manfredo. Nos conocían en los locales de moda y los fines de semana empecé a llegar a casa cuando mi madre ya estaba levantada. Aquello trajo muchos disgustos, pero como seguía aprobando (era mi salvaguarda) no podían decir nada.

A Manfredo lo conocíamos ya del instituto, pero fue en el viaje de fin de estudios cuando trabamos amistad. Teníamos las habitaciones

contiguas y por la terraza pasábamos de una a otra. Él iba bien provisto, nunca le faltó material, y eso bastó para que empezáramos a frecuentarle. Primero tuvo un chiringuito playero y después ya el local del Antiguo. La afición le seguíamos a todas partes.

Aunque el establecimiento siempre estaba lleno, los viernes en el último turno solíamos ver las mismas caras. Había una cuadrilla que se ponía al fondo. Eran unos siete u ocho amigos, entre los treinta y los cuarenta, de distintas profesiones, que se veían todas las semanas desde adolescentes. Llegaban con sus maletines y sus corbatas y acababan tirándose el pan unos a otros, como críos.

Ocupando el espacio central se ponían «los funcionarios», como gustaba llamarlos. Dos mesas las ocupaba un grupete de profesores del colegio cercano, que iban a comer todos los días y se pasaban el rato comentando las incidencias, sin desconectar de la escuela.

Al lado se ponía una panda de chicas, a veces cuatro, a veces cinco, que trabajaban en el ayuntamiento y quedaban los viernes como ellas decían «para hacer catarsis, que si no lo llevamos todo a casa». Tenían mucha gracia porque parecía que estaban siempre conspirando. Cada vez que una intervenía, miraba a su alrededor, bajaba el tono de voz y echaba la cabeza hacia delante. A Manfredo le venía muy bien tenerlas de clientas, decía que así tenía las puertas abiertas y no se movía nada en el consistorio que él no supiera.

Nosotras nos sentábamos en el primer comedor, en la mesa que lindaba con la puerta de la cocina. Las otras no solían tener comensales fijos, eran parejas, estudiantes o gente que trabajaba en las cercanías.

La cocinera se llamaba Eugenia y era del pueblo de Manfredo, una medio parienta viuda que cocinaba como los propios ángeles. La deno-

minación CCT (Comida Casera Tradicional) que tenía a la puerta no era en vano. Cada vez que abandonaba los fogones la felicitábamos y se ponía colorada como un tomate. Él mismo atendía las mesas con la ayuda de la hija de Eugenia, Eva María, que compartía con su madre la facultad de enrojecer hasta la raíz de los cabellos. Muy buena gente.

Un día había pasado por delante del restaurante, camuflada detrás de unas gafas de sol, pero ya no existía. La verdad es que me lo temía. A Valtueña también quería haber ido, pero aún me daba más miedo no encontrar la *Maison* y lo iba postergando. Y así iba dejando pasar los días, pero estaba claro que aquello no podía durar mucho tiempo. Estaba aquí, había vuelto a recuperar el tiempo perdido, a esclarecer los dolorosos sucesos que me habían impulsado a partir. Pero necesitaba darme tiempo, un poco más.

Fue en este entreacto cuando conocí a Marta.



Cuando retorné a Salitre, tardé casi un mes en ir al Ateneo, aunque era uno de los pocos lugares a los cuales quería volver. Había retrasado la visita porque no sabía qué podía encontrar ni si iba a derrumbarme enteramente. Era un edificio modernista, precioso, y lo sigue siendo, declarado al fin monumento histórico, libre de las especulaciones que lo amenazaban. Aún conservaba algunos cuadros de entonces en las paredes, aunque estaba muy arreglado por dentro y por fuera. Como era temprano, los parroquianos eran en su mayoría jubilados. Allí estaban, con tantos años como las propias estanterías, sentados en ajados butacones hojeando los periódicos, tan blancos entre tanto pergamino. Los ancianos leen los diarios con dificultad, a través de gruesos cristales; ojillos acuosos, infantiles, nostálgicos, que imaginan más que entienden ese mundo que ya no saben interpretar, cuyos códigos se escapan con la memoria, que habita en la realidad de sus propias fantasías.

Me dirigí a la biblioteca. Me llevaban, desde muy pequeña, a sacar libros todos los viernes. El bibliotecario se llamaba Servando, y le recuerdo con su traje gris, el pelo ralo y muy fijado con brillantina, las gafas de montura dorada, a juego con el oro de sus dientes pulidos. Atendía en un mostrador de madera de roble con remaches de latón. A sus espaldas, ocultos tras una puerta metálica y hermética que apenas se entreabría, se conservaban verdaderos tesoros. En el depósito, las estanterías unían suelo y techo y estaban atestadas de libros por ambos lados,

perfectamente clasificados y escrupulosamente identificados mediante un tejuelo ribeteado, con sus tapas de piel y cartón uniformes, en colores azules y rojos. Ejemplares de papel grueso y amarillento, crujiente, que eran desinfectados en una cámara oscura y misteriosa, donde se impregnaban de un olor dulzón y pegadizo, que llevabas contigo el tiempo que duraba el préstamo. El depósito era un área restringida, no estaba permitido el acceso al público. Excepto a Helena, la mejor clienta que nunca tuvo aquel servicio. Y con ella las demás, pero nunca cuando nos veían.

Veinte años después el mostrador seguía en el mismo lugar, pero en lugar de Servando había una chica joven, eficiente y animada, que trataba con verdadero cariño a los viejos. Y como ya no tenía apenas usuarios y el presupuesto de compras era muy limitado, estaba organizando el archivo de la institución. Era Marta.

Encantada de encontrarse con alguien que la alejara de la rutina, pronto entablamos conversación. Cuando le hablé del depósito de los libros que había tenido el privilegio de disfrutar por dentro (la *morgue* lo llama), me ofreció pasar y al abrir la puerta creí retroceder en el tiempo. Ajena a sus comentarios, me tiré a la primera estantería que vi y empecé a acariciar sus lomos, los palpé, los abrí, los olí y hasta besé algún viejo conocido, para llevarme su irreplicable, su inconfundible perfume en los labios.

Y entonces, como alfiler a imán, algo me hizo sentir irresistiblemente atraída hacia el fondo. Al tiempo que avanzaba, oía cada vez más lejana la voz de Marta, indicando los viejos armarios con rejilla metálica que recubrían la pared: «Allí se conservan los manuscritos, incunables y otras reliquias ¿quieres verlo?». Pero yo ya había abierto las puertas, no la oía, alguien me llamaba por mi nombre.

Destacaba entre todos, tan grande y elegante, con el sello imborrable del que vivió mejores tiempos. Era un ejemplar de *La isla del tesoro* encuadernado en terciopelo color granate, con cantoneras de cuero y el lomo impreso en letras doradas. Había dormido conmigo, conocía sus defectos de encolado, tenía memorizadas cada una de las ilustraciones, a plumilla, de un grabador decimonónico. Era una edición limitada, antigua. Había pertenecido al señorito y formaba parte de la herencia familiar. Estuvo en La Roja hasta el final, cuando doné la biblioteca al Ateneo, antes de vender la casa y salir huyendo.

Lo extraje con mimo de su lugar y soplé el polvillo acumulado en los bordes. Apreté la suavidad de sus tapas con la palma abierta de la mano, para sentir el contacto con más intensidad, y lo acerqué a la cara. Lo abrí delicadamente y aspiré con devoción, inhalando tal dosis de pasado que creí trastornarme. Temblando, le pedí a Marta que por favor saliera. Me senté en una silla con él abierto y entorné los párpados.

Volví, con el olor, a recuperar la niñez, las meriendas de pan y chocolate, las imitaciones de tantos personajes que les hacía, a ellas, mi público, que ya no estaban para aplaudir mis andanzas. Me di cuenta de que tenía muchas cosas que contar, pero nadie a quien hacerlo. Un manantial de emociones empezó a aflorar entre las pestañas.

Primero fue una tímida gotita que asomó pudorosa (¡llevaba tanto sin llorar!), seguida de unas lágrimas lentas y ardientes que abrieron el camino a la riada. Tanta agua salada fue vertida cuanta estaba acumulada, la suficiente para que un torbellino tipográfico engullera a los piratas y en su lugar brotara una cascada, a través de la cual los ojos de mi madre me miraron, enigmáticos, profundos, calando hasta lo más hondo de mi alma, como siempre, como la recordaba.

Cuando, con un suspiro, me depositó un piadoso beso en la frente, sentí como el vello se me erizaba, las sienas latían frenéticamente y las pupilas se me dilataban hasta la máxima tensión. Pero no pude decir nada. Como un hálito empezaron a cobrar forma y rodearme, su presencia hacía crecer el rumor de la catarata en mi interior, hasta que sentí cómo una suave brisa la amansaba y el fragor amortiguado dio paso a los susurros, vía libre a la palabra.

Me cercaron las cuatro, o su aura, o quizá fue una ilusión de la retina, un baile de partículas de polvo a contraluz, un juego de las sombras que apenas desvelaban las tímidas bombillas. Pudo ser lo que fuera, sería con los ojos cerrados, pero las vi. Brotaron como ninfas de las páginas y entraron por los poros de la piel, socavando mi escepticismo sobre los fantasmas.

Allí habían estado desde el principio, esperándome, conservando a recaudo los sueños y fantasías de mi infancia. Las había imaginado habitantes del reino del frío mármol, de la fosa profunda ¡qué estúpida!, cómo iban a haberse quedado en un lugar tan desolado. Todos estos largos años habían permanecido calentitas, resguardadas, en aquella biblioteca llena de amigos, míos y suyos, que no fue otro el tesoro que compartieron y me transmitieron sino el amor por la lectura, compañera de viajes y soledades, descanso del afán, evasión de las fatigas. Allí estaban, pero, por primera vez, eran ellas las que se sentaban encima de mis rodillas. Comencé a hilvanarles mis desvelos...

Marta me escuchaba desvariar dentro pero no intentó entrar ni pensó que estuviera loca. Cuando lo comentamos siempre me lo dice: «Intentaba escuchar qué decías, te sentía llorar y no me atrevía a molestarte. Pero cuando saliste sufrías menos, a pesar de los ojos rojos, tu ex-

presión era distinta, la tortura había desaparecido de tus facciones. Así que ya no dudé en contravenir el reglamento y dejarte pasar cuando lo necesitaras, lo tuyo es una necesidad, Reyna. Yo no creo en ánimas, pero si tú las ves, mira qué suerte. ¡A veces me apetece saludarlas a mi también, igual tienes razón!», y se ríe, y luego más seria: «Fíjate con qué poco puedes hacer feliz a la gente. ¡Qué importa saltarse una norma!».

Marta es así. No sólo cultivé su amistad para mantener el privilegio de visitar a mis comadres cuando quisiera, es una persona fascinante, desprendida, capaz de darlo todo a cambio de nada, preocupada siempre por el bienestar de los demás, conocidos o no, que se cruzan en su camino. Me vio sola y desde el primer momento me ofreció su mano. Todas las veces que volví ella salía a recibirme, sonriente, con la llave de la *morgue* en la mano, indicándome el camino, acompañándome y despidiéndome con la prudencia de la que sabe que no ha de interferir en los delicados asuntos de la cabeza y el corazón, máxime cuando ambos se perciben heridos. Nunca podré dejar de agradecersele. Desde el primer día que la conocí supe que estábamos predestinadas a ser amigas, aún no sé muy bien por qué. Seguramente, porque está viva y nunca deja de aprender, siempre va más allá. Quizá porque ningún detalle se le escapa, todo lo sabe y a todo tiene respuesta (y si no, dale una hora de tiempo, no necesita más). Y yo solo tenía preguntas.

Además de mantener la biblioteca y organizar el archivo, llevaba un amplio programa de actividades, sobre todo proyecciones y conferencias, «a las que asisten cuando más treinta personas y ya es un éxito», me decía. Yo recordaba, de chiquilla, el auditorio abarrotando el salón, ocupando las escaleras todos apiñados, cuando intervenía una celebridad, había un mitin político o se debatía algún problema local.

El año anterior a mi regreso se había organizado una exposición sobre el Ateneo, con materiales fotográficos de sus más de cien años de historia que habían sido donados por la viuda de un socio, el erudito Filógeno, que estaba presente en todos los actos, siempre armado con el trípode. Seguramente él y otros eligieron, como las abuelas y mi madre, quedarse para siempre en el Ateneo. Cuando las puertas se cierran de noche, imagino que sus fantasmas vagan por los pasillos y ahí espero que sigan hasta que vaya a reunirme con ellas, es un buen sitio para pasar la eternidad. Quizá no es el desinfectante, sino el olor de los muertos el que se pega...

Marta me enseñó las fotografías y me tiré a ellas ansiosa, expectante ¡ahí estaban! En una salimos las cinco (ahora está colgada en la pared de enfrente, Marta se saltó más de una regla). Se ven robustas, cogidas del brazo, sus nombres aparecen debajo: Lola, Manola y Helena. Y Libertad, mi madre, que me sostiene en brazos, aunque ya debía caminar.

En otra se las ve dirigiéndose a un grupo, formado por hombres mayoritariamente, a los que parecen explicar algo. Manola es la que habla, gesticulante; a su lado, mi abuela, Lola, muy seria; tienen unos papeles en la mano, seguramente panfletos o escritos de Helena. A mi se me reconoce en una que está un poco movida, jugando con otros niños, sacando la lengua al fotógrafo mientras sostengo una revista en la cabeza, como veía a las pescaderas transportar los cestos. Marta siguió mostrándome fotografías y papeles, hasta que se me nubló la vista y aflojé nuevamente en lágrimas el nudo que soldaba mi garganta.

Tardé en recuperarme de la impresión sufrida, pero pronto empecé a frecuentar el Ateneo y al mismo tiempo la amistad de Marta. Por lo

menos fui dos veces a la semana aquel mes de febrero. Cada visita era una vuelta de tuerca al pasado, aunque hubo días que la rosca se pasó. Y no por culpa mía. Una mañana, al entrar, tropecé con un viejecito apergaminado y casposo. Salió él peor parado del choque y cuando le ayudaba a recoger el bastón del suelo oí la voz de Marta, a gritos, haciendo caso omiso del cartel: «Esa es, don Enrique, esa es Reyna». Esta vez el susto fue mío, aunque volvió a ser su bastón el que cayó al suelo. Marta hacía grandes aspavientos a sus espaldas, presentí que iba a ser un encuentro lastimero.

Don Enrique resultó ser un amigo de las abuelas. Desde que se había enterado de mi regreso esperaba dando paseos delante de la puerta. No tenía escapatoria, pero tampoco maldita gana de escenas. Y allí estaba aquel hombre llorando de emoción al verme «igualita, igualita a ellas». Y todo el mundo mirando. Y Marta encogiendo los hombros y alzando los ojos al cielo. Todos esperaban un gesto cariñoso por mi parte, un reconocimiento, lo normal que suele hacerse en estos casos. Me sentí obligada a invitarle a un café, que tomó regado con orujo. Tenía los ojos tiernos, como la memoria. Las conocía desde pequeño, «eran unas señoras, con un carácter que ya hubieran querido para sí muchas de las mujeres de ahora... ¡Y de los hombres! Ellas sí que eran feministas ¡Qué valor! ¡Qué carisma! Y tan idealistas...». Al cuarto de hora de panegírico, lamentaba no haberle dado un buen empujón que le hubiera dejado mudo del impacto. Se me revolvían las entrañas, con tanta alabanza remojada. Llegué a dudar de que hubieran podido ser amigas de un tipo tan empalagoso. O quizá la edad nos volvía a todos así, si llegábamos tan lejos. Pensé con inclemencia que seguramente las abuelas no le dejaran entrar al club cuando la palmara, por plúmbeo, o tal vez por otros como él estaban escondidas en la *morgue*...

Me contó todas las mejoras que se habían realizado cuando formaron parte de la junta. «El presidente era un títere, ellas mandaban, pero los socios nunca hubieran consentido una mujer al frente de la institución, bueno, al principio no admitían mujeres para nada». Eso sacaba de quicio a Manola, que había llegado a encerrarse en el bar (muy propio de ella) parapetándose con las mesas, cuando, siendo Libertad pequeña, se negaron a que participara en un torneo de ajedrez de alevines. No me acordaba de aquello, pero explicaba por qué mis abuelas tenían tanto empeño en sentarme delante de un tablero. Aquel hombre mezclaba anécdotas de todas y no fui capaz de saber a cuál de las tres se debía la introducción de la lotería, que se jugaba desde entonces todos los fines de semana.

Pero lo que más me conmovió fue el episodio de Helena. Él había conocido bien a Valerio. Aunque toda la vida había trabajado de vendedor de ropa interior (supongo que de ahí le vendría la labia) presumía de poeta. «Yo quedaba siempre segundo, detrás de él, en la justas literarias, Valerio era el mejor de todos. Helena y él formaban una pareja perfecta. Muchas noches estuvimos hasta altas horas en su casa hablando de poesía, podían haber detenido a cualquiera, cogieron a Valerio pero igualmente hubiera sido otro, no creo que quisieran matarle, querían dar un escarmiento a los intelectuales pero se les fue de las manos. No contaban con que era asmático. ¿Estuviste alguna vez en una cárcel? ¡Lógico que pillara una neumonía! Y entonces no era como ahora, se le encharcaron los pulmones y murió de un acceso de tos. Una muerte horrible. Helena recibió su cadáver desmelenada, la familia vivía en la Montaña, tardaron en localizarles y darles aviso, cuando llegaron se encontraron la capilla ardiente en el Ateneo, el propio alcalde había dado el permiso, fíjate si tenían vara alta las mellizas». El alcalde era Hilario, al que habían

salvado la vida. Recién nombrado, no había podido sin embargo evitar su muerte, así que no pudo negarse al velatorio.

«Los padres eran ancianos, no sabían de aquel hijo hacía tiempo, pero les pareció que debía ser alguien muy importante o un terrorista, vete a saber, muere en la cárcel pero luego le tienen de cuerpo presente en un salón con riadas de gente desfilando día y noche, para ellos no tenía explicación. Helena los saludó, pero luego casi no volvió a verlos más que para llevarlos al tren. Se entregó, quería hacer un acto civil inolvidable, digno de su memoria. Se encerró en la biblioteca y estuvo seleccionando textos como una posesa, cuando salió tenía los ojos tan brillantes como fue su discurso. Había pedido leer unas palabras a los deudos y nos tuvo allí casi una hora, leyendo y llorando, llorando y leyendo. No creo que ninguno de los presentes haya olvidado ese día, todos llorábamos. Helena hablaba de la libertad, de la justicia, del amor, de los ideales... hasta que Manola saltó de entre el público, subió al estrado, le arrebató el micrófono y empezó a cantar la Internacional. Los asistentes, puestos en pie con el puño en alto, la siguieron. La policía irrumpió en el acto y desalojaron la tribuna entre los silbidos de los asistentes. ¡Se armó una buena, te podrás creer que no nos dejaron entrar al Ateneo durante meses!».

Hilario, a quien Lola corrió a buscar en cuanto vio cómo a Manola, sentada a su lado, se le hinchaba la vena del cuello, tuvo mucho trabajo para que las dejaran salir de comisaría y dormir esa noche en casa. Mi pobre y querida Helena, para don Enrique nunca volvió a ser la misma. «Se le marcaron las ojeras, como una madonna, un ángel herido, una virgen atormentada» —le miré por si se estaba riendo— «se volvió más incrédula, a veces parecía hastiada, decía que no nos soportaba», tampoco me extrañaba, a mí me pasaría lo mismo. Don Enrique consideraba

que merecían una estatua en la glorieta, ya lo había propuesto varias veces, «pero a los políticos sólo les interesan los suyos, ahora que estás aquí deberías insistir en el ayuntamiento, Reyna». «Lo que me faltaba, pensé». Cuando volví a la biblioteca, casi una hora después, Marta se par-tía de risa, la muy ladina. Ese día no entré en el depósito. Empezaba a preguntarme si tenía sentido escarbar tanto en el pasado. No iba a poder revivirlas, por más que las invocara. Valía más ocuparse de los vivos.

Recuerdo que Manola y mi abuela (Helena era una sentimental) siempre reñían a mi madre, que durante años estuvo bendiciendo con lágrimas y besos la foto de mi padre, la que compartíamos para dormir. Decían que no había que llorar a los muertos toda la vida, para eso valía más morir con ellos. Que si no te habías ido a la vez sería por algo y lo que había que hacer era vivir la vida de la forma más intensa posible, devorarla antes de ser devorada. «Hay que moverse», era su grito de guerra.

Las veo como ayer, con sus moños plagados de horquillas (jamás pude repetir el modelo) firmes ante todo meneo, qué bien agitaban la cabeza y los brazos y todo el cuerpo, por un quítame allá esta venta. Lle-vaban mandiles de rayas verdes y negras y tenían las piernas veteadas de varices moradas y negras. Cuando gritaban las tres al unísono, salían los de otros puestos, se arremolinaba el público y jaleaban como en un tablado. Por lo visto se pegaban ya en la barriga de mi bisabuela, pero formaban un solo ente, incompleto si alguna se separaba. Lo hacían todo juntas, decían que tenían comprobado que separarse era como perder una pierna.

El mayor escándalo que recuerdo fue el día de mi primera comu-nión. Yo estaba empeñada en vestirme de blanco, ellas no querían que la hiciera y luego, cuando las convencí y se decidieron, no pudo ser, por-

que no estaba bautizada. Aquel día las voces se oyeron en todo Salitre y no quedó nadie que no se enterara de que a la nieta de Las Mellizas no la había dejado el cura comulgar «por represalias, con la ilusión que tenía la niña», y que si «la Iglesia seguía siendo un nido de inquisidores», y que «cura bueno cura muerto», y «mecagoendiós va a tener la niña fiesta, faltaría más, que se meta el castrón del sacristán el cirio donde le quepa, que si quiere la Reyna, le ponemos un altar, nosotras que no creemos en nada, nosotras que la queremos tanto».

Afortunadamente, no me pusieron un altar, aunque sí hubo celebración alternativa a la misa oficial: una preciosa fiesta a la que fui de negro, con un vestido de charlestón retocado que había sido de Manola, campeona de baile en su época. Como no podía ser menos, se las ingeniaron para convencerme de las ventajas de la parodia y hasta la amenizaron con un baile de disfraces, al que acudieron vestidas de curas de aldea, con madreñas, sotana y boina. ¿No había un sacerdote en las comuniones? ¡Pues yo tuve tres! No llegué nunca a saber que opinó mi madre, creo que le daba igual, con tal de no tener que discutir con ellas.

Fueron las primeras en tener coche en Salitre, y sería entre los restos de un coche dónde hube de ir a recogerlas. Aquel accidente fue la forma de morir que más les hubiera gustado si hubieran podido elegir: rápida e indolora. Ya estaban viejas para conducir, pero mi madre, que era la que solía hacerlo, les dejaba el volante en trayectos cortos.

Iba conduciendo Helena, y he de decir en su descargo que no fue culpa suya, probablemente ni vieron el camión que las aplastó. Era una curva peligrosa, había poca visibilidad y un trailer invadió el carril contrario en un adelantamiento indebido a más velocidad de la permitida. Hubo que desmontar el coche para extraer de él sus cuerpos inertes.

Venían del Rural, habían ido a ver a unas amigas, me habían preguntado si las llevaba, pasaríamos la tarde juntas. Llevaban insistiendo una semana en hacer ese viaje, debían de querer hablar conmigo con calma, nunca estaba en casa últimamente. Pero yo les di largas y terminaron yendo solas. Había estado todo el día con Perla, en la *Maison*, allí me localizó una vecina, por teléfono. Era requerida por la Guardia Civil, había habido un accidente. Me dieron la localización, estaba cerca, Perla fue conmigo. Apenas les faltaban tres kilómetros para llegar a casa...

Regresaban cargadas, como siempre. Tardaron horas en desguazar el automóvil y allí permanecí firmemente, allí resistimos, de pie bajo la incesante lluvia que iba dispersando los restos de la leche, las manzanas, la miel, los huevos, las lechugas sobre el asfalto... Entre los despojos, la mano de Helena, que no volvería a escribir. Mamá con su chaqueta nueva. Los zapatos de Lola. El bolso de Manola. Sus carnes abiertas, tumefactas, sus ojos fuera de las órbitas, con la inverosímil postura de los desnucados, con el susto aún pintado en sus bocas, el grito que no llegó a salir en sus gargantas.

No sé por qué, me fijé en todos los detalles, tal vez para no olvidarlos nunca. Algunas veces, me basta ver un tarro o una bolsa rotos para transportarme de nuevo a la cuneta, cegada por las luces, aturdida por las sirenas, rodeada de uniformes y batas blancas, y sentir la sangre en mis manos, las suelas empapadas, el sudor frío que me recorría el cuerpo. Yo tenía que estar entre ese amasijo. Si yo hubiera conducido no hubiera pasado.

Vendí mi coche en menos de dos días (nunca he vuelto a conducir) y de La Roja me deshice en una semana, lo que tardé en entender que no podría vivir nunca más entre aquellas paredes, con aquellas ausen-

cias. El puesto de la plaza quedó en manos de una inmobiliaria, que se encargaría de gestionar el alquiler (hasta la fecha, nunca me fallaron un mes, así pude correr mundo, porque un sueldo no da mucho de sí). Aprovechando los contactos que mantenía, me dirigí a la Naviera Paquebote, cuyo director era amigo de la familia, y le pedí trabajo en lo único que sabía hacer, para lo que había estudiado. Necesitaba embarcar, pero ya. Un carguero saldría en breve, apenas días, llegamos a un acuerdo. Y así fue como empezó mi peregrinación oceánica, mi odisea marítima. Quise huir de las muertas, sin saber que su séquito de sombras y nostalgias iba a ser la corte que siguiera mi destierro.

* * *

Sepulté juntas a las cuatro, maldije aquella tierra que me las arrebató, juré no pisarla más, me enterré en vida... Pero ahí estaba de nuevo, exhumando el pasado, cual ánima rediviva. Aquí estoy ahora, exorcizando los recuerdos ante un micrófono, cincuentona y, ¿por qué no?, feliz. Una gaviota se posa en el alféizar, ya sé que es una tontería, pero me parece una señal favorable. No podría vivir sin ver la mar... Entra un petrolero por la bocana, voy a ver la maniobra.



Tras el accidente y debido a un equívoco, Perla y yo rompimos nuestra relación, o más bien yo la destrocé, convencida de su engaño, perfidia y traición. Escapé de Salitre perseguida por los fantasmas y la mala conciencia, pero también por lo sucedido entre aquellos dos que yo consideraba mis amigos. Una tórrida escena entre Manfredo y Perla desencadenó el segundo acto de la tragedia. Les sorprendí en el tanatorio sin que ambos se percataran, era una representación sin público la suya, no contaban con que alguien estuviera observando entre bastidores. Cuando cayó el telón, un quinto ataúd reposaba en el escenario, contenía todos aquellos años de amistad con una farsante (tal cual la calificué, así la consideraba) que juré por mis muertas no volver nunca a ver.

Cerradas todas las puertas, solamente restaba una salida: embarcar hacia lo desconocido. Cuando estampé mi rúbrica en aquel primer contrato dije adiós a todo lo que había sido mi vida hasta entonces, pero no fui capaz de darme cuenta de la dimensión de la decisión que había tomado, de lo que sería realmente vivir en un barco. La vida a bordo es muy dura. Parece un tópico pero a veces una simple frase hecha vale más que mil palabras inventadas. Y aunque el hierro quita miedo, da seguridad, el tonelaje te convierte en miniatura, el continuo movimiento y el incesante ruido te dominan. Y las caras. Aunque es un cóctel de nacionalidades, una babel flotante, son días de 24 horas, meses sin fin, travesías eternas viendo las mismas caras, oyendo las mismas voces, las mis-

mas cantinelas, los mismos chistes; aguantando el humor soez o la mala leche con la misma rigidez hierática, desde la misma altura indiferente, desde el más forzoso distanciamiento. De cuerpo presente y mente ausente. Colega pero hasta cierto punto. Echamos partidas y hacemos apuestas, te reto a un pulso. Brindamos por el destino y cantamos borrachos. Y si hace falta se pelea. Pero no te acerques, no te pases, no me toques, no cojas confianza. La Reyna de los Mares sabía muy bien nadar y guardar la ropa. Reconozco que mi aspecto físico (mido 1,80 y peso 90 kilos) me ayudó a mantener las distancias. Pero no siempre fue así. La primera lección fue la más dolorosa, de las que no se olvidan. Me enseñó a reconocer a las serpientes. Su mordedura me inoculó. Probé el veneno y me curé de la tentación de sobrepasar, nunca jamás, el compadreo, no fuera a confundirse la obligada camaradería. Por suerte, hasta de la desgracia se aprende.

Marcial era una bestia. No lo digo sólo por su aspecto, la cara en este caso era fiel reflejo del alma. No la habían surcado cien cuchillos, como en las novelas de piratas que fraguaron mi amor a los barcos en las tardes de lluvia; le había caído encima de la cabeza la carga de una grúa. Milagrosamente, o más bien debido a que era tan dura como vacía, había sobrevivido a lo que a otros mata en el acto, pero él llevaba grabado el recuerdo de cada arista que le quiso trocear.

Era una sola pieza, sí, de piedra... Insensible, violento, misógino; achacaba a las mujeres el terrible accidente ya que, arrastrado por su instinto animal, se encontraba persiguiendo a una turista por el muelle cuando le sucedió. ¡Ni siquiera estaba de servicio! Los pleitos con el seguro, los pagos bajo cuerda y, sobre todo, su transformación física en una especie de Frankenstein grotescamente recompuesto, le echaron a la

mar para siempre. Desde que salió del hospital nunca volvió a pisar tierra firme. Olía a putrefacción. Y me odiaba, aunque, visto desde la distancia, quizá era el único sentimiento capaz de albergar.

Mi encuentro inicial con Marcial, cuando su físico aún era normal, se produjo en el Cantón, que así se llamaba el carguero en el cual me estrené. La compañía había hecho correr la voz entre la tripulación sobre las circunstancias que habían precipitado mi embarque, tengo constancia de que les pidió comprensión y respeto, porque desde que pisé la pasarela todos se volcaron. Salió a recibirme el capitán en persona, con el contraмаestre y el segundo de a bordo: tendría el mejor camarote, el mejor horario, las mínimas responsabilidades, el mejor maestro. Ellos serían mi familia, harían de mí una profesional. Con anterioridad, ninguna mujer había pisado aquel barco, estaban muy orgullosos de contar conmigo entre sus efectivos, sería enriquecedor para todos. Llegué a creerme el discurso, lo necesitaba, así que no resulta extraña la candidez con que abordé mi primer viaje, como si aquello no fuera más que una prolongación de la facultad, aquellos mis compañeros de prácticas, éstos los profesores, aquí un examen, estudiar y aprobar.

Me hallaba acodada en la popa viendo desaparecer el puerto de Salitre, tan encogida como mi corazón, cuando se acercó por detrás, sin ser sentido. No era más alto que yo, pero sí más fuerte, musculoso, nervudo. Me preguntó si tenía sed y me ofreció un bote de cerveza helado con una sonrisa cálida. Al ver mis lágrimas, sacó su pañuelo y me lo ofreció con un gesto paternal, parecía también compungido, aquello me conmovió. No era guapo, pero resultaba atractivo, con el cabello tan rubio y aquel brillo, que resultó ser psicótico, en los ojos. Nunca debí dejar que me secara las lágrimas, ni que me pasara la mano por el hombro. Podía

haberle dicho: «No gracias, no me apetece». Pero bebí la maldita cerveza sentada en un rollo de cuerda, mientras él, puesto de pie a mi lado, iba hablando del barco, presentándome a los compañeros, dándome consejos, didáctico, muy profesional.

Sin yo pedírselo, se convirtió en mi protector, ante la mirada complacida o complaciente del resto. Yo le hacía constantes preguntas y él no escatimaba las respuestas, realmente me ayudó a entender aquella compleja maquinaria, llevaba navegando desde los catorce años, tenía treinta y cinco. Además su permanente compañía no resultaba agotadora, tampoco encandilante como él pretendía, pero al principio no me molestaba, me halagaba incluso tanta deferencia, la veía hasta normal dado mi triste caso. Plegada sobre mí misma, absorta en mi dolor, me sentía el centro del mundo. No cabe duda de que estaba trastornada. Llegué a creer que éramos amigos, hermanos en la mar. Pero lo que yo interpretaba como camaradería cómplice, relación maestro-alumna, para él era rendición, él me había sonreído y yo había caído rendida a sus pies. Nunca había tenido novia; aunque había conocido a cientos de mujeres todas fueron de pago, menos yo. La travesía era larga, no tenía prisa. Por primera vez jugaba en su terreno, además no se trataba de una prostituta, como todas las que frecuentaba. Podía retrasar el placer lo que durara el viaje, aumentarlo con la captura de la presa, esperar a que cayera en sus brazos. No sé en qué momento ni en qué parte de su cabeza, follar conmigo se convirtió en una obsesión. Hubiera tenido que ser muy hábil, estar más despierta para darme cuenta. O tal vez cada uno ve la realidad que quiere ver, y estábamos los dos tan cegados por la propia que éramos incapaces de imaginar la ajena. Yo le veía asexuado, él me soñaba con el sexo abierto.

Supongo que, harto de matarse a pajas debajo de la manta en el camarote colectivo, decidió que aquella tarde había llegado su hora. Llevábamos dos meses en alta mar, yo empezaba a alejarme de él, ya controlaba el terreno, ya me conocían todos, no lo necesitaba, en una palabra, estaba empezando a andar sola. Quizá su amor propio no lo resistió, o realmente a la hora de la siesta, cuando picó a mi camarote, esperaba otra reacción, tal vez que me echara en sus brazos y dijera «¡por fin!» o bien «¡cuánto he esperado este momento!». Pero yo no dije ni una palabra, no sospechaba cuál era el motivo de su visita, ni por qué se quedaba allí de pie, ni por qué había cerrado la puerta, ni a qué se debía tan amplia sonrisa, pero por primera vez me asustó el brillo de sus ojos, aquellos ojos febriles, pervertidos, que me habrían de perseguir en las peores pesadillas. Sonreí nerviosa y noté que él lo estaba más todavía. Se sentó en el borde de la cama sin dejar de mirarme. Y como una imbécil, para demostrar que no tenía miedo, o porque en mi inconsciencia no lo tenía, como una imbécil, repito, me senté a su lado. Tampoco hay muchas más opciones en esos cubículos, pero aquello fue interpretado como un acto definitivo de entrega. Cuando sentí su lengua en el cuello y la presión de sus dedos en mi cintura me aparté de un salto insuficiente, no pude evitar que me placara ni que se pusiera encima de mí. El espanto me impedía gritar y él ya estaba desabotonándose la bragueta, sus manos me habían roto la camiseta e intentaban arrancar el sujetador que llevaba puesto debajo. Aunque me resistía con todas mis fuerzas, sin duda eso le excitaba más, yo sentía su mano hurgándome en los muslos, cogiendo la mía para que apretara su verga (horrorizada comprobé por qué le llamaban el Mulo en su pueblo natal). Sentía sus manos en todas partes, sus babas en todo el cuerpo, sus mordiscos en el pecho. Sentí cómo me

desgarraba por dentro, sentí miedo, asco, vergüenza, la humillación de una violación.

Tras la agresión cualquier otra hubiera abandonado. Cualquier otra hubiera dicho «¿Y esto es lo que me espera?». Y se hubiera ido, hubiera bajado en el primer puerto, regresado a casa y dicho «¡adiós!» para siempre a la locura de la mar. Pero había vendido la casa, renunciado a los amigos, enterrado el amor. Y no podía regresar aún peor de lo que me fui. ¿Cómo era posible que, con la vida tan feliz que había tenido durante veinte años, en poco más de un mes aquella saña cósmica hubiera caído sobre mí, polvo destructor, meteorito aniquilador? Estaba maldita. «No hay dos sin tres», pensaba. La tentativa del suicidio, convencida de que sería la mejor de las suertes que me esperaban, planeó sobre mi espíritu el resto de la travesía en el Cantón. Pero aquel capitán con mayúsculas, Abel se llamaba, consiguió convencerme.

No siempre sería igual. Era monstruoso lo que me había sucedido, pero serviría para hacerme más fuerte. Olvidaba que mi sexo era moneda de intercambio, calendario en la pared, carne de cañón. Pero yo valía mucho más que todos ellos, los tiempos estaban cambiando. Y podría con todos, Marcial era una excepción. De acuerdo, el mundo estaba lleno de marciales, podía haberme pasado aquí o en la esquina de mi casa (nunca, allí nunca podría haberme pasado, en La Roja no, refugio seguro, refugio perdido). Tendría que utilizar la inteligencia contra la fuerza, la astucia para evitar el dolor. Ir siempre un paso por delante de los demás... y dar cursos de defensa personal. *Luchar. Volver a luchar si se pierde*. Era de la escuela de la abuela Lola. A su manera, con una psicología primaria, intentó que sacara fuerzas de flaqueza, que aprovechara la lección, que me endureciera. «Lo que más les jode es que les mande una

mujer, pero las reglas son las reglas. Tú, lo que tienes que hacer, es pasarles por encima y lo harás». Nunca me aconsejó la retirada, quizá no tenía una hija de mi edad.

Quizá si Marcial no hubiera existido, al bajar del Cantón hubiera vuelto a Salitre a aclarar lo sucedido entre Perla y Manfredo, pero el enjuiciamiento de Marcial se convirtió en el objetivo prioritario.

El capitán le encerró el resto del viaje, la denuncia le valió tres años de cárcel y la expulsión temporal. Salió por buena conducta en un año pero tardaron en admitirle de nuevo. Vagaba pidiendo trabajo cuando aquella turista se cruzó en su camino, cuando su cabeza amortiguó la caída de la carga. Y en aquel mellado cerebro sólo cabría en adelante una culpable para su ruina: yo. Desde entonces elegí las rutas más alejadas, los destinos más insospechados. Y jamás volví a tener un problema con ningún compañero. Después de aquella infausta experiencia prefería que nadie cruzara el umbral de mi puerta, no franquearle a nadie mi intimidad.

Se consideró una victoria en toda regla, pese a que tres años de condena siempre me parecieron una miseria y mi abogado reclamaba la definitiva inhabilitación. Aunque se silenciaron los pormenores, mi causa se convirtió en una cruzada. Cuando gané el juicio me felicitaron varias asociaciones de mujeres, recibí telegramas de históricas militantes por la igualdad. Todos, hasta el juez, me animaron a seguir en la profesión, a demostrar que era posible. Las pioneras siempre sufrieron incompreensión, amargas experiencias. Pero de ellas eran las conquistas, a ellas se debían los avances. Ya no podía fallar más, se lo debía al espíritu de las abuelas. De acuerdo. Seguiría en la brecha. Los caminos hay que seguirlos, cuando se pierde el referente personal siempre habrá alguno social que nos permita sentirnos relevantes. Triunfaría en aquel medio, a cam-

bio el mar aliviaría mis heridas. La tierra empezaba a quedar cada vez más lejos...

Pero hay otro factor. Más allá del barco, la mar engancha, el horizonte es infinito, el azul inmenso, la abstracción da placer, el placer crea adicción. En tierra es imposible no ver, no pensar. Sólo la mar, siempre igual, siempre distinta, lo permite. Como mi madre, entendí el poder hipnótico, letárgico de la mar. Me llamaría cuando estuviera previsto, hasta entonces decidí entregarme a ella, convertirla en mi fiel compañera. Blindé mi caparazón a las emociones y decidí no dar ni un paso atrás. Una Reyna distinta había ganado la batalla. Una Reyna huraña, silenciosa, inclemente y dura. Una Reyna que sólo conocería el sosiego buscando lo que encierra el fondo de las aguas. Una mujer que llegó a ser temida tanto en la tempestad como en la calma. Una jefa que jamás admitía errores. Una excéntrica que siempre andaba sola. Una loca que, decían, siempre iba armada. La verdad es que salvo aquella noche nunca me hizo falta: destilaban tanta ira mis silencios, ahuyentaba tanto mi semblante taciturno, que nadie osaba cruzar la frontera que imponía.

Perla supo que andaba embarcada, pero esperaba que fueran unos meses, un año, un tiempo para reflexionar, para olvidar. Nunca supo de la violación, el caso se había juzgado en un tribunal marítimo al norte de Cristal, yo había exigido el secreto sumarial, se utilizó un nombre falso, prefería no verme señalada con el dedo. Desde luego que inicié una nueva vida.

Varios años después, el destino quiso que Marcial volviera a cruzarse en mi vida, algo que no hubiera debido suceder. Desde que me embarqué en aquel carguero y lo vi, ya en alta mar, sentí peligrar mi vida. Después de tanto tiempo me había confiado y no revisé la lista en la

naviera, como solía hacer. Los primeros días fueron un infierno: me acosaba, acechaba, perseguía, torturaba... pero aunque su actitud era conocida por todos, nadie parecía estar dispuesto a enfrentarse a él.

Hablé con el capitán, el capitán habló con él. Amenacé con denunciarle por acoso, lo hice y un fax contestó a mi petición con la citación de su presencia en los juzgados. Le expulsarían definitivamente, por reincidente. La inquina se convirtió en odio y supe que la muerte me rondaba otra vez y que si no sucedía otro milagro, lo sería el llegar viva a tierra. Quedé bloqueada, el pánico sucedió a la revancha, deje de ir al comedor, en cuanto no tenía guardia me encerraba en el camarote, no dormía. Encima, el barco tenía las camas en posición contraria, la buena orientación es de proa a popa, metes el chaleco salvavidas a un lado y quedas encajada, meciéndote como en una cuna. Pero si los camastros están al revés, como pasaba en aquel, el cuerpo se desplaza hacia arriba y hacía abajo y no hay invento que reduzca el meneo.

Una noche de tormenta, harta de golpearme la cabeza contra el mamparo y sin poder abrir la escotilla porque las olas tapaban el ojo de buey, abandoné toda precaución y salí a cubierta. A duras penas me podía sostener de pie, así que me agarré fuertemente a la baranda, en equilibrio inestable sobre el puente, alucinada por el sobrecogedor espectáculo que se ofrecía a mis ojos enrojecidos: en la inmensa oscuridad sólo se veía el blanco de la espuma envolver el casco en un abrazo traicionero, parecíamos un frágil esquife, todo crujía, aullaba el viento, chirriaban las juntas del metal, los motores rugían impotentes.

De pronto, la puerta se abrió y Marcial, enajenado y babeante, se arrojó contra mí. Grité. Era imposible que nadie nos oyera, pero esta vez grité y grité. Era una sorpresa esperada, pero la violencia era mayor que

la capacidad de defensa (cómo eché de menos no ir armada, aunque no sé si hubiera podido ni apretar el gatillo, tan rápido fue todo) así que opté por intentar bajar la escalerilla. Resbalé del primer empujón y caí rodando hasta la cubierta golpeándome repetidas veces la cabeza.

Aturdida y zarandeada, fui incapaz de evitar la primera patada; recuerdo que, a pesar del dolor (tengo la columna tocada desde entonces), me encogí en posición fetal, escondiendo la cara y el cuello, como cuando te atacan los perros pensé, qué cosas le da por pensar a una a veces... Sólo oía sus jadeos, sus susurros, «puta, puta...» (¡original, por su parte!) mientras me pateaba y machacaba, el muy cerdo, perdón, pero aun ahora le mataría, como lo hubiera hecho tantas veces.

Nunca sabré si quería darme una paliza o matarme a golpes. Probablemente se habría deshecho de mi cuerpo arrojándolo por la borda. «Un golpe de mar» hubiera dicho él, «un golpe de mar» dije yo. Porque fue su cuerpo el que tragó el oleaje y no el mío, su cabeza ensangrentada la que atrajo a los peces y no mi sangre, aunque lo intentó. La pena es que no puedo decir que fui yo, que me incorporé como pude y cogí un gancho, o un extintor, o una llave inglesa... tampoco fue el golpe de mar que figuró en el diario de a bordo, ni un rayo justiciero que se hubiera tenido por divino. No pude ejecutar la ley de Talión con quién tanto daño me había hecho, ojo por ojo, diente por diente. Alguien se me adelantó, alguien lo hizo por mí.

Cocó era de Palais, Cocó con acento en la ó, como la Chanel. Muy pocos conocían su verdadero nombre. Era el único al que la travesía no le había deteriorado el aspecto. Siempre estaba afeitado y llevaba peinado con gomina su escaso cabello. Tenía el pelo teñido (las mujeres siempre nos damos cuenta de eso), y usaba unas camisetas de rayas —azules,

rojas, verdes— que junto con las gafas doradas le daban cierto aire a mister Smee. Parecía frágil y delicado, siempre tan atildado, tan limpio, a pesar de trabajar en la cocina y cortar el pelo a la tripulación (por libre; tenía un maletín de peluquero que ya hubieran envidiado muchos médicos). A Cocó, sin duda, le gustaban los peter panes... pero tal pareciera que a nadie le importara mucho, más allá de algún chiste subido de tono. Sin duda, la frecuente cercanía de la tijera sobre sus orejas o la cuchilla en la yugular, les hacía retraerse de hacerle burlas, por lo menos de frente (y puedo atestiguar que por detrás tampoco eran muchas). Con una excepción: Marcial.

Si conmigo el odio se le manifestaba en su más pura esencia, con Cocó se permitía ser más sutil, esto es, solía provocar la hilaridad colectiva durante su presencia rozando continuamente el insulto. Sin duda él lo consideraba gracioso de verdad; los demás reían porque es más fácil meterse con el débil que plantarle cara al fuerte. Así que no se veían mucho. No lo supe nunca de una forma certera, pero hubiera jurado que existían antecedentes en su relación. Ya me había percatado de que Cocó le esquivaba tanto o más que yo, sólo que con mayor naturalidad y menos paranoia. Pensaba aquella noche en el camarote, antes de salir, que así tendría que hacerlo yo también con el tiempo, pero no hubo un después.

Debía de estar tan fuera de sí, tan cegado en golpearme con esmero, con saña, que no oyó nada. No sé si Cocó me había oído o le venía siguiendo o tenía un sexto sentido, nunca lo sabré, nunca hablamos de ello, nunca le pregunté nada, ni siquiera cuando le encontré tiempo después en Canales. Cocó sí tenía una barra de hierro, tampoco sé si la cogió sobre la marcha o iba armado, si le mató por defenderme o, harto de sus chanzas, asediado por el ridículo y el miedo, había deci-

dido acabar con sus días esa misma noche, aprovechando la impresionante tormenta que tenía a todo el mundo encerrado.

De repente los golpes cesaron y un fardo gimiente me aplastó cortándome la poca respiración que me quedaba, me acordé de las abuelas, de mi madre... y, de repente, el aire en los pulmones, el agua en la cara y el peso que desaparecía. Un rayo iluminó las rayas blancas de una camiseta y el brillo de los cristales en una cara convulsa que arrastraba el cadáver hasta la borda; tardé segundos en darme cuenta de que estaba a salvo, que el muerto era Marcial y que lo que acababa de rodar hasta mí por la cubierta era una barra de metal ensangrentada que sin duda Cocó había abandonado para poder deshacerse del muerto. La así, me incorporé como pude y agarrándome a unas cuerdas la arrojé al fondo del mar. Cayeron los dos, el cadáver y el cuerpo del delito, a la vez. Cocó me miró, yo le miré. «*C'est fini*», dijo él, nada dije yo, aún en el suelo.

Y supongo que me desmayé y que me llevó hasta el camarote, me lavó, vendó las costillas rotas y puso un pijama. Supongo, porque nada más recuerdo y estaba sola cuando unos golpes en la puerta me sacaron de la inconsciencia, para informarme del presunto accidente. Afortunadamente, había protegido la cara y nadie se percató de las vendas, convenientemente ocultas debajo de un grueso jersey de lana durante el resto del viaje.

No me atreví a buscar a Cocó, no hubo acusaciones ni inocencia que defender, ataque que justificar, nada. «Un golpe de mar» rubricó el capitán. Y un pacto de silencio se extendió entre la tripulación, no tenía amigos, al fin y al cabo, ni familia, nadie que pudiera reclamar no ya una indemnización o la pensión, ni siquiera sus objetos personales, que seguramente duermen todavía en algún estante.

Al pisar firme, me alejé del barco sin despedirme de Cocó. Y cuando lo volví a ver, como dije, en Canales, diez años después, ni siquiera hubiera podido jurar que era él aquel elegante caballero de aspecto venerable, anticuado traje de raya, jazmín en la solapa, chaleco, sombrero, bufanda y bastón, que caminaba feliz y sonriente al lado de un efebo mulato, vestido de cuero negro, que hubiera podido ser su nieto, si hubiera tenido descendencia. Cocó... Tampoco llegué a saber si se había instalado allí o estaba de paso, si aquel chico era su amante o un ligue ocasional.

Enmudecí y él pasó a mi lado sin verme, habíamos cambiado tanto... No me importó, jamás llegamos más que a cruzar aquellas dos benditas palabras, no hubiera sabido qué decirle para identificarme. Cuando ya estaba lejos pero aún podía oírme, le grité a pleno pulmón: «*Merçi, monsieur!*». Vi como se daba la vuelta y, a pesar de las dioptrías, la distancia y el contexto, me reconocía en aquella figura de mujer plantada en la acera de enfrente (quizá no conocía a tantas) que levantaba la palma de una mano mientras se llevaba la otra al corazón.

Durante un instante eterno el tiempo se detuvo, volvimos a intuirnos, a vernos en aquella desgraciada noche, a avivar las imágenes que en la cama alimentaron tantos desvelos, intentando expulsarlas con los ojos abiertos, sin poder evitar que el sueño les abriera de nuevo la puerta. Los coches pasaban, el semáforo abrió varias veces, pero no cruzamos, ninguno dio el paso que no quería dar. Lentamente, sin dejar de clavar en mí sus ojillos, levantó el bastón, se quitó el sombrero e inclinó la cabeza en una marcada reverencia. Se dio la vuelta, cogió al chiquillo (que nos miraba alternativamente, fascinado) del brazo y se marchó.

Seguramente él, como yo, había querido borrar aquella página del libro de su vida. Yo, como él, quería convencerme de que no había exis-

tido aquella noche, que nunca habíamos conocido a aquel hombre, que aquel hombre sólo existía en las pesadillas. Pero cuántas noches desperté bañada por el horror y El Mal tenía su cara... A fuer de ser sincera, probablemente fueron más las veces que me regocijé despierta, aunque esté mal decirlo, pero es sano, todos tenemos un lado oscuro que hay que sacar a flote de vez en cuando, la negación de la evidencia no impide que exista. No se puede desear mejor fin a quien tanto daño te ha hecho. Quizá exista el perdón, pero la venganza es más satisfactoria. Hay historias que nunca debieron suceder, pero también hay historias abiertas que piden ser cerradas, archivadas. Y la nuestra no hubiera tenido buen final sin ese adiós, sin la rúbrica y el sello de aquella cortés mirada.

* * *

Les prometí a las chicas que no destruiría esto, que les dejaría leerlo; hicimos risas incluso sobre la fama que alcanzaría y la riqueza que me darían los derechos de autor. Pero no sé a quién podría interesar esta historia. Voy a hacer un descanso. Me estoy poniendo nerviosa, hacía tanto que no revivía esa pesadilla...



Siempre tuve fijación por el elemento líquido, según decían las abuelas, por tradición familiar. Mi madre puso también su granito de arena porque durante los nueve meses de embarazo no faltó un día, lloviera, tronara o hiciera sol, que no fuera a pasear por la orilla de la playa. No sólo sabía que era bueno para la circulación, oxigenaba el feto, fijaba el calcio, etc., no; consideraba la mar como fuente de vida y muerte, principio y fin de todas las cosas y quería darle las gracias o pedirle clemencia con el nuevo ser. Presiento que hablaba con su padre, quizá le estaba pidiendo que me cuidara... Al final, el corazón, si no es sólo una máquina de latir, es capaz de crear compartimentos estancos. La carga se compensa y el barco no se hunde pese al tonelaje o la tormenta, aunque parezca imposible.

Cuando empecé Marina Civil era la única mujer en la facultad, ahora deben de serlo más de la mitad, como en todo. Mi intención era hacer las prácticas y quedar en tierra, en algún astillero o con algún consignatario o en una empresa naviera, que hubiera sido lo normal. De hecho, salvo contadas excepciones, la vida a bordo de los barcos no suele superar los diez años de actividad. La situación social del marino (no quiero decir ya de las mujeres, fui la primera y pocas más se aventuraron), y más en el tráfico marítimo internacional, no es aceptada por personas con una vocación poco arraigada. Yo estuve veinte años entre componentes y circuitos, calderas y turbinas, máquinas y motores. Empecé

como ayudante, pero pronto me gané el puesto de primer maquinista, cómo no, era la que más trabajaba, continuamente tenía que demostrarlo, la grasa que me cubría no era un maquillaje, conmigo brillaban los motores. Fueron los años más duros, pocos afortunadamente. Al llegar a jefa de máquinas, la vida cambió. Seguía abajo, en las tripas de la ballena, al lado del motor, pero en un cómodo despacho, ante los paneles de control, con mi nevera y mis libros. Di la vuelta al mundo varias veces, los seis aretes en mi oreja izquierda son el testimonio de que crucé el Ecuador, doblé los tres cabos más extremos que limitan la tierra al mediodía y alcancé los dos polos (son los *ochomiles* de los marinos). ¿En fuga más que por vocación? ¿Por obligación, más que por devoción? No sabría decirlo.

Amo del mar las noches calmas, luminosas de estrellas, soleadas de luna, frías. Pero amo también las tormentas, el viento que azota, la sal que quema, el rayo que destroza, el trueno que intimida. He podido permanecer horas buscando el olvido en la estela de popa y he sido mascarón de proa huyendo de la oscuridad, luchando por alcanzar la luz del día que pusiera fin a la ansiedad, a la angustia que atenaza la razón, que impide el sueño.

Tengo miedo de las noches
que pobladas de recuerdos
encadenan mi soñar...

Saciada mi curiosidad de ver mundo y escarmentada tras unas fiebres tropicales, durante los últimos tres años los descansos (tres meses por cada seis trabajados, cuatro por cada ocho, salvo imprevistos) los

dedicaba a no hacer nada. Siempre en hoteles de lujo, eso sí, no tenía otra afición, no quería otra cosa: que me lo dieran todo hecho, no pensar qué comprar, qué cocinar, qué comer, cuándo limpiar. Ya había dormido bastante sobre el suelo. Piedra, hierba y arena fueron mi colchón durante mucho tiempo, ya no tenía edad ni voluntad. Pasé al otro extremo.

Me gustaban sobremanera los hoteles caros y cosmopolitas, donde no importaba tu aspecto (lo que parecía ser más importante que tu dinero en otros), ni cómo entrabas por la puerta, ni si tirabas algún búcaro camino del ascensor. Esos hoteles con zapatillas, albornoz y secador en el cuarto de baño; parabólica en la habitación; máquina para limpiar zapatos, y tiendas, muchas tiendas en el vestíbulo; peluquería, gimnasio, sauna y piscina a repartir entre sótanos y ático. Prefería habitaciones con terraza, en pisos superiores y con vistas al mar, para poder desayunar al aire libre como una señora (siempre pensé que las señoras vivirían así, como reinas, es una broma...).

Sabía si el hotel me iba a gustar desde que entraba por la puerta, sólo con ver la cara del recepcionista y como me cogían las maletas. Hay que tener en cuenta que, aunque me duchara antes de salir de permiso, el olor del infierno tarda en desaparecer. Y mi abuela no leyó a todos la cartilla de urbanidad: no soporto el tufo que despido al bajar del barco, pero menos que reparen ostentosamente en él, de más de un establecimiento me fui sobre la marcha. Salvo que hubiera pedido expresamente *suite* solía cambiar de habitación, tampoco aguanto los patios interiores, que es donde suelen estar localizadas las individuales. Por lo demás, me daba igual que el establecimiento fuera nuevo o viejo, pequeño o grande. Le encontraba gusto a la variedad dentro de la rutina.

El ritual era siempre el mismo. Deshacía las maletas, bajaba, cenaba, tomaba una copa, subía y dormía casi cuarenta y ocho horas de un tirón. Dopándome, claro está, si no es imposible, cuando bajas a tierra los primeros días no puedes dormir por la falta de ruido. En un barco la vibración es constante, permanente, obstruye el correcto funcionamiento del cerebro. Todo chirría, atruena, retumba, cruje: las máquinas, la hélice, los motores auxiliares, las bombas, la carga, las juntas... nada comparable a los sonidos de una ciudad por muy estridentes que sean, dulces trinos semejan los pitidos de los coches. Cuando me levantaba, con calma, iba la oficina de turismo más próxima, recogía folletos y visitaba el cementerio.

Me encantaban los cementerios, en el más pleno sentido de la palabra, me sentía hechizada, transportada por ellos, y nunca dejaba de ir allí donde desembarcáramos. Aún siento la misma atracción magnética por las necrópolis, los muertos son siempre los mismos, la parca a todos iguala, huesos, polvo; en todos estaban ellas, también el aire que envuelve a la Tierra es uno sólo, eso creía entonces.

Existen cementerios anodinos, insípidos, verdaderas colmenas casi anónimas, paredes de nichos apilados, mármol blanco, mármol negro. Otros tienen tumbas de granito musgoso en el suelo y depositados encima los objetos personales de los muertos: sus fotografías, aquella cajita que tanto le gustaba al difunto, flores, comida, la insignia de sus colores. Hay panteones y mausoleos enrejados custodiados por pétreos ángeles y férricas vírgenes, pero tampoco faltan tumbas anónimas, fosas comunes, simples mojones blancos...

Me detenía a leer nombres: hay camposantos de pueblos pequeños que tienen inscritas en casi todas las lápidas el mismo apellido, reflejo de

la endogamia; mientras, otros muestran en las leyendas la huella de las migraciones, los exilios, la aventura, el paso de las diversas culturas, los asentamientos sucesivos. Y todos tienen ese aroma dulzón de la flor cortada; aquél olor intenso del ciprés y el musgo, fertilizados por las ramas taladas de una especie que se renueva sin parar, abonados con la savia vieja de un animal joven, el habitante más reciente del planeta y el más complejo de sus habitantes. Además, sociológicamente, dicen tanto de los vivos como sus obras, son tan diversos el urbanismo, la arquitectura funeraria, los ritos de los pueblos, como iguales los mismos, distintas esencias de la misma sustancia. Esto lo pienso ahora, de aquella sólo lo recorría como ánima en pena que busca su morada sempiterna.

Las jornadas siguientes las dedicaba a visitar museos y hacer alguna excursión, ya no eran aquellas peregrinaciones en busca del Grial que me había marcado durante los anteriores diecisiete años en alta mar, cuando la huida continuaba en tierra, durante las paradas. A los quince días, dependiendo de la población, ya lo había visto todo y tenía localizadas las zonas de interés, esto es, dónde comer, dónde pillar y dónde tomar copas.

Salía una noche sí y otra no. Me gustaba cenar en distintos restaurantes pero prefería hacerme asidua de un par de locales donde pudiera ganarme las copas a los dardos, charlar con los clientes en la barra y emborracharme con la tranquilidad que da saber que alguien pedirá un taxi por ti. Pocas veces perdí la cabeza, pero cuando lo hice tuve suerte. Si cruzas la raya, el alcohol se metamorfosea en el monstruo que ronda tu cabeza y es imprevisible el resultado. Además no coordinas, te fallan los reflejos y eso es muy peligroso en tierra extraña... La última vez, juré que jamás volvería a perder el control si no quería perder la vida. Fue en

Alora, el día antes de marchar de la ciudad y embarcarme para la Tierra Negra.

Llevaba ya tres meses en aquel hotel, un cinco estrellas situado en el paseo marítimo. Desde la terraza se veía el callejón lateral donde descargaban los camiones y estaba la entrada a las cocinas y la puerta de servicio. Conocía ya las caras de los repartidores, pero no habían transcurrido diez días cuando comenté a la camarera, una aloreña menuda y parlanchina, un hecho extraño que me llamaba poderosamente la atención. Irina, que así se llamaba, lanzó varios gorgoritos antes de empezar a hablar: «Usted sí que es lista, se fija en todo, ya ve yo, toda la vida aquí y sin enterarme de nada, que cuando me quise dar cuenta ya llevaban un año haciéndoselo delante de nuestras narices y yo a uvas».

Resultaba que los lunes, miércoles y viernes, esto es, los días de mayor actividad, aparcaba en el callejón una furgoneta destartalada que en sus mejores tiempos habría sido el orgullo del *Asador La Chuleta*. El nombre se resistía a desaparecer bajo la posterior mano de pintura amarilla y aún podía adivinarse la silueta de una vaca sentada encima de la parrilla. Ninguna identificación, pero siempre las cortinillas echadas, de flores, tan impropias para el traslado de persianas, que era a lo que se dedicaba ahora el vehículo, según parecía.

«Es todo una tapadera, señora, el jefe quiso denunciarlo, pero el callejón es público y no hacen daño a nadie más que a sí mismos, que un día va a haber una escabechina, estamos todos temblando. Fíjese el próximo día, la maniobra es siempre la misma, la hora también. Sobre las once llega él conduciendo la furgoneta, la aparca y sale. Pasea acera arriba, acera abajo, asomándose cada poco a la calle principal. Ella debe trabajar en algún hotel de la zona y esa debe de ser su hora libre, porque

hacia y diez o y cuarto aparece caminando desde la playa y se la ve dar un rodeo antes de dirigirse aquí. Él la espera en la esquina, pero hacen como que no se conocen y se dirigen hacia la furgoneta por separado. Él entra primero y ella un poco después, están unos veinte minutos y se van. Ella sale sola, desarreglada y sonriente, y él, a los pocos minutos, se baja, abre la puerta trasera, levanta el colchón del suelo, no me mire así señora que lo hemos visto todos, y saca una persiana enrollada, hace como que entra en el hotel y se da la vuelta. Se mete en la furgoneta, arranca y hasta el día siguiente. ¡Y fíjese bien mientras están dentro, que no tienen suspensión!», concluyó entre risas.

Yo les había visto y, aunque no podía creerlo, tenía controlada aquella maniobra pasmosamente regular. Eran dos chicos jovencitos, no podía entender por qué, teniendo precisamente una furgoneta, iban a encontrarse allí, en uno de los puntos más concurridos y visibles de Alora, en aquel callejón a hora punta, entre bocinazos, frenazos y juramentos. «Son imanes, señora, no sé si sabe...». Claro que sabía. Aquello lo explicaba todo.

Los imanes son una etnia errante, con unas señas de identidad ancestrales, una concepción patriarcal de la sociedad y una religión machista, jerárquica y dominante. Las mujeres no existen más que como mano de obra y se les exige sumisión, doblegación y sufrimiento; los casamientos se apalabran en la cuna y a la primera regla ya quedan preñadas, paren hijos como conejas. Montan sus campamentos itinerantes en los descampados de las urbes o en los pueblos y llevan siglos recorriendo Cristal. Y aunque puedan parecer adaptados a la sociedad, son reacios a integrarse en una cultura que los desprecia. Así, el papel de las imanas no ha variado un ápice con el tiempo.

Era fácil imaginar el resto. Ella estaría casada y él también, pero con otros. Su relación no sólo estaba prohibida sino que era doblemente delictiva para ella. Empecé a sentir compasión de aquellos chiquillos, mucho tendrían que amarse, mucho arriesgaban para poder verse sesenta minutos en total a la semana. El porqué del sitio transitado también estaba claro, *¿dónde pasa desapercibido un elefante...?*, nadie repararía en una furgoneta más y cuanto más lujoso el entorno, menos posibilidades de encontrarse familiares indeseados. Que fueron los que aparecieron aquella mañana aciaga.

Había salido la noche anterior, solía despedirme así de las ciudades que me gustaban y Alora era una de ellas. Había encontrado un pub en el que me sentía como en casa y me había hecho muy amiga de la dueña. La despedida duró hasta bien entrado el día, saqueamos la bodega y, como suele suceder cuando estás mucho tiempo en un sitio cerrado, sólo al salir a la luz nos dimos cuenta de la cogorza que teníamos. Mariel vivía encima del local y me ofreció subir, pero yo quería ir a mi cama, tenía que recoger la habitación y ya no podía articular palabra ni pensamiento. Así que me fui, tropezando con las farolas, haciendo volverse a las viejas que se acababan de levantar y esquivando los niños que iban al colegio.

Cuando llegué al hotel eran las once, viernes. Debería haber subido, debería haber visto al portero que me hacía señas, a la camarera asomada a la ventana. Pero sentí voces en el callejón y me asomé. Esa fue la primera equivocación. Ante mis ojos nublados se estaba fraguando una batalla campal entre los Montoya-Capuleto (en número de diez) y los Taranto-Montesco (unos doce), que por fin habían descubierto su escondite y avanzaban frente a frente por el callejón, arrinconando contra el vehículo a la parejita, que se abrazaba por primera vez en público.

El segundo error fue creer que mi intervención, ebria y gloriosa, podría evitar algo. Lo único que me salvó fue caer debajo de la furgoneta y no poder incorporarme, dado mi tamaño y condiciones, mientras duró la reyerta. Los cosieron a navajazos ante mis ojos; cuando llegó la policía tuvo que levantar los cadáveres para poder sacarme. Me ingresaron con un ataque de nervios y una cuchillada en el antebrazo, pudo haber sido mucho peor, dijeron.

Conocer otros países, otras costumbres, otras gentes, al fin lo mismo. Hablar otros idiomas para sentirme otra, sin querer ver cómo iba quemando, destruyendo a cañonazos los invisibles hilos que me ataban aquí. Pero al final los meses se hacían muy largos y el último ya estaba aburrida, saqueaba una librería y me encerraba el tiempo restante a leer y soñar, vegetar y escribir.

La televisión era un narcótico eficaz y además en alta mar no solía verla. Devoraba con avidez los partes y los documentales, que me servían para familiarizarme con los sonidos de otras lenguas, pero odiaba esos programas universalmente estúpidos de concursos y espectáculos.

Una tarde, en una cadena para emigrantes, dedicaron un especial a Salitre. La presentadora, con la voz en *off*, ofrecía imágenes antiguas y actuales de la ciudad. Estaba preparándome un baño caliente y no fui capaz de ir a cerrar el grifo, menos mal que el programa era corto, porque cuando volví el agua salía de la bañera. Recuerdo que las lágrimas me empañaban la visión mientras secaba el suelo con las toallas.

Fue como cuando una vez me encontré en Lafargue con un hombre que había conocido a mi abuelo, que se acordaba de su hija y de su mujer y de las cuñadas, de mí sólo sabía que Libertad había parido otra niña. Estaba sentado en una silla, a la puerta de un bar, con las piernas

abiertas y las manos apoyadas en un bastón. Me fijé en la empuñadura, una sirena de madera que arqueaba la espalda uniendo cola y melena hasta casi la mitad del palo; él me vio apreciarla y entablamos conversación.

Cuando empezó a hablar de Salitre, donde había nacido y vivido hasta la jubilación, tuve la misma sensación paralizante, de retroceso en el tiempo, como si el cuerpo sólo fuera una carcasa vacía y todo tu ser se trasladara a otra dimensión, al pasado. Resultó ser amigo de la familia y empezó a desgranar nombres y hechos con una precisión pasmosa.

Era un viejecito poroso y enjuto, con una memoria prodigiosa. Recordaba la galerna del 21, ya entonces se había querido tragar la mar a Manuel, fue ahí donde fraguaron su amistad. La lancha de Manuel estaba atracada en el puerto, intentaba salvar el aparejo pero una ola le hizo volcar. Rafael vio la maniobra, le tiró un salvavidas con una cuerda, se rodeó con ella y él mismo se ató a un poste para poder resistir los tirones. El forcejeo duró un tiempo interminable, pero al final, libre ya del remolino del casco, otra ola empujó a mi abuelo contra el muro y, ya medio ahogado, se enganchó como pudo al flotador y Rafael terminó subiéndole a pulso. Le salvó la vida y eso nunca lo pudieron olvidar. «Si no llega a ser por este hombre, yo tampoco estaría aquí», pensaba mientras calculaba las vueltas del destino.

Rafael era un marinero de postal. Tenía los ojos achinados de escudriñar el horizonte, la frente blanca cuando se quitaba la boina, la piel curtida, puro nervio y hueso. Decía que olfateaba los bancos de atún a kilómetros, que se le tensaba el cuerpo entero y los compañeros le comparaban con un perro de presa. Pero durante las largas jornadas de espera era un hombre tranquilo, lo hacía todo con infinita calma, la misma que

utilizaba para tallar prodigios en madera. Aquellas manos callosas y endurecidas aferraban con pericia la navaja y el filo iba creando deliciosas miniaturas: caballos, osos, pingüinos, colibríes... Siempre llevaba algunas figuritas en el bolso, me regaló un cisne, aún lo conservo, está aquí delante, majestuosamente erguido sobre la impresora.

Él y Manuel habían sido muy amigos y todavía siguió visitando «a las viudas» mucho tiempo, hasta que la relación se fue apagando. Tenía 36 nietos y recordaba los nombres de todos. Ahora vivía con una de ellas y echaba de menos Salitre. Lamentó la desgracia familiar, se había enterado por otra nieta en su día, hasta había pensado ir al funeral, pero estaba tan lejos... Se extrañó de mi profesión, pero no dijo nada cuando supo que no había vuelto a casa hacía años. No llegó a creerse, sin embargo, que no tuviera un hogar. Le vi tan preocupado por aquella huérfana desarraigada, aquella nieta de Manuel que podía ser suya, sola y errática, que le terminé diciendo que estaba exagerando, que en realidad sí había alguien que me esperaba, un hombre en Canales... Una sonrisa pícaro iluminó su negra boca. Me preguntó en qué empleaba el tiempo libre en el barco...

En el barco tenía mucho tiempo libre. El personal de máquinas descansaba los sábados por la tarde, domingos y festivos, pero también había muchas horas muertas entre guardia y guardia. Durante estos períodos de descanso, me encerraba en el camarote a fumar, beber y escribir. Pero en todos esos años fui incapaz de esbozar algo coherente, con un atisbo de perdurabilidad. Escribía por necesidad de evacuar, catálogos de negrura triturados por mis manos para que se mecieran en el viento y flotaran en el agua a merced de un voraz Leviatán. Un pacto con el diablo, una simbiosis perfecta.

A veces escribía asociaciones ideológicas, palabras que tuvieran tal o cual letra, que rimaran en consonante o asonante; pergeñaba reglas e inventaba palabras. Pero sobre todo, escribía cartas. Epístolas largas e interminables, sin destino postal, rotas sólo para poder volver a ser escritas. A las muertas, a Perla... Acusaciones, explicaciones, adioses y despedidas, holas y hastaluegos que nunca llegué a decir; pero también historias, anécdotas, personajes que iba conociendo, casualidades y curiosidades que iban salpicando la monotonía. Me gustaba releerlas, antes de destruirlas.

¿Por qué nunca las envié? Aún hoy Perla me lo sigue preguntando y no tengo más que vagas respuestas para darle. Supongo que el tiempo fue pasando, eran tantas cosas nuevas para mí y todo quedaba tan distante que cada vez resultaba más fácil justificar aquella espantada, la ausencia prolongada de noticias. Prefería pensar que había muerto con ellas, como si hubieran sido también para mí las flores y resposos que se sucedieron y aquella otra mujer, aquella loba marina, hubiera nacido de las algas y nada tuviera tras sí más que la estela de papel, tinta y letras que dejaba.

* * *

La idea de esta narración surgió precisamente de Perla, ofendida por no haber podido nunca leer tantas páginas dedicadas, por haberla privado de esas otras versiones de mí misma. Dice que se lo debo y es cierto, lo tiene merecido. Además, tal vez encuentre cosas aquí que no le dije nunca, yo misma me sorprendo al acordarme de tantas pequeñeces.

Son las doce de la mañana. Dejaré de transcribir, voy a firmar las escrituras. Ese es mi regalo: en poco tiempo volveré a vivir en la casa que

me vio nacer. Han pasado treinta años desde el accidente y ha quintuplicado su valor, pero el dinero de la venta (una ruina por las prisas) y el de la indemnización (una sustanciosa cantidad), que tenía inmovilizados desde entonces, se han ido incrementando con los intereses y además es ridículo seguir pagando alquiler. La compañía de seguros que la ocupaba muda de sede, nos enteramos por el jardinero. Fue él, cansado de verme rondarla, el que hizo florecer la idea que venía germinando desde mi retorno.

Ya tengo localizada la pintura, la fachada volverá a ser como era. Dejaré la fuente, de tanto verla me he acostumbrado. Harold se ofreció a todo lo que hiciera falta, está entusiasmado por el proyecto y le ha empezado a coger cariño a la idea de ser nuestro chico para todo, sin duda le parecemos lo suficientemente extraordinarias. Sigue viviendo solo, sin claudicar y sin ponerse nunca enfermo, no coge ni un catarro, debe ser la suya una convicción profunda y antibacteriana, si no, no se explica con un clima como este. A la vuelta pasaré por su casa para cerrar el trato, quiero empezar inmediatamente con las reformas.



La casa en que vivimos ahora es la misma que había alquilado en el 2000, al poco de llegar, diez años hace ya que vivo en ella. Está frente al mar, en el puerto. Veo la dársena desde la ventana y entra por ella, a hipnotizar el desvelo, la luz del faro. Siento las gaviotas en el tejado y el viento sisea en las rendijas, se cuela por la escalera, acaricia mi desnudez cuando salto de la cama. El aire sabe a sal y trae los gritos de los estibadores y el palpar de las embarcaciones hasta la sala. Es un edificio antiguo, una casa vieja, de dos plantas, con la fachada pintada de azul y blanco y flores en los alféizares de las ventanas. Cuando la vi, supe que aquel era el lugar que estaba buscando, fue un año de buenas intuiciones, no cabe duda. Además, este barrio es típico marinero, antes sólo era lo segundo, ahora el maquillaje lo ha teñido de tópico y estéticamente se agradece. Me va a dar pena dejarla... soy una sentimental, porque no lo merece. A pesar del flechazo con este rincón, he de confesar que es una ruina. Por fuera está pintada desde el año pasado, en el que hubo un plan de rehabilitación de fachadas; antes se veía el cemento que la cubría y donde éste faltaba asomaban los ladrillos, impúdicamente al descubierto.

* * *

Cuando entré por primera vez tenía rotos los sanitarios, faltaban azulejos de la cocina y los restos de papel en las paredes presagiaban el peor de los gustos en los anteriores inquilinos. Llevaba varios años deso-

cupada, era de la familia de la pescadera que me recogió congelada, estoy segura que influyó en que la alquilara su acento, que tocó mi fibra más sensible. María estuvo hablando sin cesar mientras me la mostraba, su conversación no tenía tantos altibajos como el suelo, era bastante lineal. Me gustó, pese al exceso de labia, que la intermediaria fuera alguien del gremio y también no tener que tratar con agencias. Pero la vista, el paisaje que recortan sus ventanas, fue lo que me convenció. Tal vez debería haber considerado otros factores, como la calefacción, pero tanto tiempo en la mar te ciega. Además el importe del alquiler era irrisorio y me prometió que su cuñado arreglaría los desperfectos en un tiempo mínimo. Y así fue como yo, que amaba los hoteles de lujo y el confort, me instalé en un cuchitril. Con posibilidades, eso sí. Al lado del atracadero, por si todavía me daba por huir. Y frente al mar, porque no sabría vivir sin él.

Me garantizaron que en quince días estaría habitable. Durante ese tiempo aproveché para ir a la montaña, a encontrarme con la nieve y con la altura, sensaciones que tenía ya olvidadas. Estuve dos semanas sola en un aparthotel rural que seguramente estaría abarrotado durante el verano, pero que a primeros de enero no tenía más clientes que yo. Lo atendía un matrimonio encantador, pero no quería contar nada de mi vida a unos extraños, aún no estaba preparada, así que mentí y fingí estar escribiendo una novela. Volcaron en mí sus atenciones. Me prepararon una mesa en la galería para que trabajara cómoda y me inspirara mirando las cumbres nevadas que teníamos enfrente y los escasos pueblos que jalonaban las laderas. La casa estaba aislada, en un montículo elevado, rodeada por un mar verde que amanecía blanco. Madrugaba sólo para ver cómo la pálida luz del sol iba devolviendo el color a los prados, a medida que los ilumi-

naba. Las heladas preludiaban cielos azules, días soleados, largos paseos protegida del frío, precedidos los pasos por la consistencia lechosa del aliento. Si llovía quedaba frente a la chimenea, llegué a echar partidas al parchís con los dueños. Pero no escribí una línea.

Cuando regresé a Salitre, ahíta de naturaleza, comprobé con agrado que el cuñado había cumplido su promesa. El suelo abombado brillaba; baldosas y azulejos, aunque no iguales, habían sido repuestos; las paredes, de blanco, se veían menos desiguales; los baños estaban remozados, los cristales limpios y los marcos pintados. Abrí la ventana para que entraran el olor del muelle y los graznidos de las gaviotas. Y me sentí en casa.

De aquella me convertí en adicta de los grandes almacenes, las galerías comerciales, los hipermercados. No es que no supiera de su existencia, es que nunca había necesitado entrar en uno. La casa estaba vacía, no tenía muebles, nada. Había pensado que mejor así, elegirlo todo a mi gusto, pero no había calculado lo que podía suponer partir de cero. Mesas, armarios, estanterías, cama, sillas, platos, vasos, cubiertos, pinzas, abridores, cubertería, electrodomésticos, sábanas, toallas, manteles, perchas, productos de limpieza, accesorios de baño, lámparas, ceniceros... Me perdía por los pasillos, entre los lineales, colgada de una lista interminable, incrementada cada día con nuevas necesidades, unas reales, otras inventadas; se puede vivir con muy pocas cosas, si no lo sabré yo bien. Acondicionar la casa se convirtió en un juego, andaba siempre cargada de folletos, busque, compare y si encuentra algo mejor compre. Acabé al borde de la neurastenia.

Pasaron los dos primeros meses del año y llegó marzo. Sin duda todo pudo haber sucedido antes o después. Pero aquella fecha resultó

significativa. Una vez más. No me cansaré de repetirlo: *las vueltas que da la vida...* (o lo que es lo mismo, nunca digas «de este agua no beberé» ni «este cura no es mi padre»). Desde mi desembarco en Salitre, salvo gastar dinero, estropear los pies y llorar en la *morgue*, poco había hecho. No quería tocar lo guardado, me quemaba, aún dudaba si donarlo todo a una ONG (jamás escatimé las aportaciones a causas justas, destino mensualmente el tercio del sueldo a varias) y prefería hacerme a la idea de vivir con lo que ganara. Pero tenía cada vez menos saldo en la cuenta. Y cada vez estaba más a gusto en tierra, no pensaba volver a navegar. Tenía que encontrar trabajo. Pero, sobre todo, tenía que encontrar a Perla.

No se me quitaba de la cabeza, a ratos la ocupaba entera. Perla. Tarde o temprano tendría que reaparecer en escena, Salitre era pequeño, y ese momento estaba llegando... pero desconocía el guión que estaba escrito y no sabía qué papel me tocaría interpretar. Por no saber, no sabía si estaba muerta o viva, aún vivía en Valtueña o se había mudado, tendría pareja, hijos, me odiaría o me seguiría amando... La última semana no cesaba de darle vueltas al asunto. Empezaba a convertirse en una obsesión. Creía verla en la cola del pan, cogiendo galletas, subiendo al autobús, paseando un perro. Abordaba a desconocidas, hablaba sola, ensayando qué le diría si la encontraba. Necesitaba volver a verla.

Que febril la mirada,
errante en las sombras,
te busca y te nombra.
Vivir, con el alma aferrada
a un dulce recuerdo
que lloro otra vez...

Había llovido una semana seguida, pero aquella mañana amaneció soleada y fría, un manto de escarcha cubría el paisaje. La atmósfera estaba límpida, transparente, sin impurezas y despejada de nubes. Daba gusto respirar profundamente, el aire ensanchaba los pulmones y hacía secretar los lagrimales.

Estaba asomada a la ventana, tiritando, y de pronto sentí un hormigueo por las venas, lo reconocía, era la segunda vez que me pasaba ese año. La primera fue en Canales cuando me levanté tras la borrascosa nochevieja y decidí regresar: en aquel momento también el tibio sol asomaba, inundando de un resplandor mortecino el cauce helado, también el frío cortaba la respiración, también la sangre hervía. Y ese inmenso vacío bajo los pies, ese abrazo que pide ser dado, esa piel que necesita una caricia. Me sentía como una gata en celo, huida y magullada, que busca el calor del fuego, la mano amiga, el hogar extraviado. Fue el preludio de un día de extrañas coincidencias.

Imbuida desde tan temprano por la necesidad de hacer algo, salí a la calle a las nueve de la mañana decidida a recuperar el tiempo perdido. Estuve casi una hora en la tienda de la esquina, adonde tenías que ir forzosamente por lo menos una vez a la semana si querías enterarte de algo, nada parecido al anonimato de los supermercados. Lo regentaba Clotilde, una mujer de edad indefinida y pelo blanco, viuda, que atendía con impolutas batas y presumía de tener la mejor fruta del Valle, lo cual era cierto. Cuando no tenía clientela limpiaba los cristales (jamás vi otros más pulidos), colocaba los estantes, barría el suelo... siempre estaba afañada en algo.

«Trabajando, hija, siempre trabajando, pero por lo menos ahora es para mí, porque antes era para mantener al mangante de mi marido, que

el día que se murió descansé, no sabes cuánto, hija, no sabes cuánto, que las mujeres somos bobas y si yo hubiera sabido cuando me casé lo que sé ahora, ¡qué iba a pasar lo que pasó! Pero mi madre me enseñó a aguantar y bien que aprendí, ¡lo que yo le aguanté a aquel hombre!, mira lo que digo, hija, ni descendencia me dio, no valía ni para eso, sólo palizas, y no soy rencorosa, que en paz descanse aunque no me dejara vivir en paz, el muerto al hoyo y el vivo al bollo. Por lo menos me quedó la tienda. Su madre, que era una santa, murió pensando la pobre que también iba a bebérsela aquel mal hijo, y encima único, qué desgracia, casi lo funde todo, gracias que fundió él antes, Dios aunque aprieta no ahoga...».

Sólo había que sacarle un tema a colación y el soliloquio empezaba, salpicado de refranes y preguntas. Parecía que no escuchaba, pero debía ser que sus oídos funcionaban de forma autónoma porque era capaz de procesar hasta los monosílabos del interlocutor sin dejar por ello de seguir hablando. Podías interrogarla sobre obras, compraventas, nacimientos, defunciones, enfermedades —detección precoz de síntomas y diagnóstico— ... para todo tenía respuesta. La mayoría de las veces sólo eran cotilleos y rumores pero cuando estás sola agradeces poder hablar con alguien, aunque sepas que a cambio hablarán de ti...

Con el tiempo llegamos a cogernos mucho aprecio. Cuando cerró me regaló un medidor de aceite antiquísimo que había pertenecido a los abuelos del cabrón (ella lo llamaba así). Lo tenía de exposición siempre pulido y brillante, y me había llamado la atención desde el primer momento en que crucé el umbral. Marta lo puso en el salón, le encantan las antigüedades, ya le prometí que la decoración de La Roja correría de su cuenta. ¡Y buena la hice! Se pasa las horas regateando con los anticuarios y volviendo loco al director del museo etnográfico. No sólo a mí

me apetece volver y lo que es más importante, no volveré sola, es más de lo que podía imaginar aquel día...

El tema estrella del momento era un asesinato que se había producido la noche anterior. El propietario de una discoteca que estaba muy de moda, había aparecido muerto. Lo había encontrado la criada en su habitación, desangrado de un tiro en los genitales, no se sabía si por accidente o inducido por alguna otra persona, sin que el robo fuera el móvil aparente, puesto que la habitación no estaba revuelta y nada había desaparecido.

Todas daban detalles. El difunto era propietario de varios locales en la ciudad, un núcleo de alojamiento rural en la Montaña y una cadena de hoteles playeros en el sur; tenía cinco o seis coches, cambiaba de compañía como de corbata, varios pisos, un chalé en las afueras y era muy, muy rico. Todas las parroquianas coincidían en el oscuro origen de su fortuna, que achacaban a todo tipo de tráficos. Los motivos del crimen variaban: una amante despechada, un ajuste de cuentas o el chantaje eran las apuestas más cargadas entre las tertulianas.

Clotilde aseguraba que era un accidente muy frecuente estando amartillada la pistola, con que rozara un poco el dedo el gatillo ya se disparaba, y citaba varios casos, entre ellos el del Caudillo, «todo el mundo sabía que la hija no era de él, que ya venía castrado de la anterior contienda, por eso luego mató al hermano. Seguro que la chiquilla era suya, al despiste o por encargo, eso nunca se sabrá. Aquel bicho, como el cabrón de mi marido, era capaz de todo por el honor». En aquel nuevo galimatías las cosas tampoco estaban claras.

La lectura del periódico local no arrojaba más luz: apenas las iniciales, M.G.F., conocido empresario de Salitre, lamentable pérdida. De

haber un asesino se deducía que tenía que ser amigo, conocido o familiar de la víctima. Nadie había visto ni oído nada, ninguna cerradura forzada, ningún cristal roto. Una foto del chalet desde fuera y punto. El columnista aprovechaba para hablar de la inseguridad ciudadana...

Salí de la tienda dándole vueltas, pero pronto se me fue de la cabeza. Continuaba despejado y frío; eché de menos el calor de la biblioteca y decidí ir a ver a Marta, visitar a mis deudas, preguntarles acaso qué hacer, por dónde empezar. Estaba absorta en mis problemas, nada en aquella mañana clara y luminosa, con un sol recién estrenado, me lograba abstraer de ellos. No sospechaba que aquel asesinato tendría que ver conmigo, si no tal vez hubiera prestado más atención. Pero en aquel momento y pese a la insistencia con que se manifestaba, no le di mayor importancia.

En el Ateneo tampoco se hablaba de otra cosa. Estuve a punto de pararme a informarles sobre el número de hoteles y amantes de la víctima, considerablemente inferior al que se manejaba en la tienda, pero seguí hacia la biblioteca. Se me ocurrió invitar a Marta a comer. Hasta entonces no habíamos tomado más que cafés en el propio recinto. Ya era hora de recuperar los viejos hábitos, las buenas costumbres. Tenía algo que pedirle, además: que me ayudara a buscar empleo, una ocupación remunerada. Y esas cosas siempre se trataron delante de un plato, con una botella de vino de reserva, crianza por lo menos. Estaba tontamente excitada ante tal perspectiva, era mi primer «acto social» desde la nochevieja. Marta aceptó encantada. «Llevaba tiempo esperando que tú lo dijeras, claro que me apetece, pero no me atrevía a proponerlo. Impones mucho, ¿sabes?». Me di cuenta de que, excepto mi obsesión por el pasado, no sabía nada de mí. Aún ahora me resulta difícil de creer que al

principio no dudara de mi cordura. No es una garantía haber pasado veinte años navegando (*poor crazy sailor...*). Reservó una mesa en un restaurante cercano. Tenía jornada laboral partida y la sobremesa no podría prolongarse, pero sería suficiente para el primer día.

Mientras la esperaba, pasé a ver a las abuelas un ratito. Las encontré excitadas. No me explicaba cómo la incipiente primavera podía alterar a los espíritus, si no tenían sangre. Pero hay poderes que se escapan a nuestra percepción. Decidí sacarlas a pasear y con *La isla del tesoro* bajo el brazo, me encaminé a la sala de lectura. Mientras me ubicaba cerca de la ventana (les encantaba calentarse al sol), miré distraídamente hacia las mesas de consulta.

Era casi la hora de cerrar y no había nadie excepto una chiquilla pelirroja, de unos quince o dieciséis años (esos le calculé), sentada al otro extremo. Parecía salida de un anuncio, o por lo menos hubiera podido dedicarse a hacerlos, tanto por el cuerpo como por la ropa, pero sobre todo por la cara. Era una *teenager* alta y proporcionada, con esa exagerada delgadez que estaba de moda embutir en prendas minimalistas. De mayor tendría un cuerpo más que sugerente. No le faltaba complemento ni adorno en el vestir, pese al desgaire que aparentaba, pero le hubiera bastado con mover la cabeza para cautivar a los más remisos. Una mata ondulada de color zanahoria enmarcaba el rostro más sugestivo que un publicista pudiera soñar. Óvalo perfecto, ojos grandes, boca grande, labios gruesos, dientes blancos, nariz pequeña, pómulos altos, ojos grises, enormes pestañas, piel blanca y ese aire de lánguida candidez que hacía furor. Desde luego aquella chica había roto el molde, no podía calcular con exactitud su edad, seguramente aparentaba más de la que tenía. Cuando logré abstraerme de su contemplación me di cuenta de que ni siquiera se había

percatado de mi presencia. Eso me extrañó, estábamos solas, yo había hecho ruido (el suelo crujió) y ella no había levantado la cabeza. Me fijé en lo que estaba haciendo. Parecía estar muy concentrada sobre los diarios que se amontonaban a su alrededor, no tenía ningún libro, solamente periódicos. Me llamó la atención esa voracidad lectora de prensa, nada habitual en una adolescente, suelen tener otras ocupaciones. Los había cogido todos y buscaba algo en sus páginas, era evidente. Había un aire en ella que me resultaba familiar, no pude evitar recordar a Perla de pequeña. Cuanto más la miraba más parecido le encontraba, pero esta chica era bastante más alta. Sentía latir el viejo volumen en mis manos, cada vez más fuerte, hasta que me di cuenta de que sólo eran los aldabonazos de mi corazón. Me estremecí pensando en que cuando marché de Salitre yo era poco más que ella y ahora podría ser mi hija. Sentí la premura del tiempo. Y ella también, porque Marta no tardó en avisar que cerraba. Al comentarle el caso de la que salíamos (la muchacha apenas se despidió, salió apresuradamente, parecía abstraída) me dijo que seguramente estaría haciendo un trabajo para clase y lo tendría que entregar esa tarde, no la conocía mucho, no era usuaria. Pero seguía pareciéndose demasiado a Perla y no me estaba dejando llevar por la imaginación...

Marta resultó ser locuaz y divertida, y, sobre todo, una fuente de información inagotable. No era sólo que leyera todo lo que caía en sus manos, actuaba como una verdadera antena y aunque sobre el mostrador un cartel imponía silencio con un elocuente dedo sobre la boca, todo el mundo que frecuentaba la sala aprovechaba para hablar con ella, eso sí, en voz muy baja. Con lo cual, había desarrollado, además de cara de póker, un oído privilegiado. Decía que podía oír detrás de las paredes. Todo lo que sucedía en Salitre era fichado por su eficaz persona. Ardía

en deseos de explayarse sobre el asesinato, pero no la dejé. Le pedí, por favor, que no me diera más detalles; había agotado el cupo del morbo.

Hablamos de política (habría elecciones en verano y el alcalde, que ya llevaba gobernando cuatro legislaturas se presentaba a la reelección), de problemas domésticos (vivía con sus padres, ya mayores) y de su ex-novio, un topógrafo con el que había mantenido relaciones durante casi cinco años. Me preguntó qué iba a hacer a partir de entonces, de qué me iba a mantener si ya no me quedaba dinero y no pensaba volver a embarcar. Le contesté que no lo sabía, por eso estaba allí. Necesitaba su ayuda, pero no tenía referencias, la experiencia en la mar no me serviría en tierra. No me importaba cualquier trabajo, siempre que no fuera manual. Estaba dispuesta a trabajar en una oficina, abriendo puertas en una consulta, paseando ancianos, lo que fuera. Fue a ella a la que se ocurrió. «¿No dices que hablas varios idiomas? Tú no le das importancia, pero aquí se cotiza mucho. Tengo una idea genial». Se ofreció a llamar a una editorial que sabía que necesitaba traductores. Le pedí que lo hiciera aquella misma tarde, necesitaba dinero y, sobre todo, sentirme útil de nuevo.

Ansiaba tener algo concreto, material, a qué dedicarme. Algo más que esa pasta negra que se me ponía en el estómago cuando me asomaba al balcón del pasado, y que se iba espesando, extendiendo, invadiéndome hasta arrojarme al abismo de cabeza. Me urgía recuperar la actividad, concentrarme y evadirme al mismo tiempo. Y traducir *freelance* era perfecto. Le dije que la adoraba, y nos dimos un beso. Corrió porque ya abría tarde y prometió llamarme de noche con lo que hubiera.

No se me olvida que aquel día aproveché la tarde para ir a la peluquería, llena de gozosas expectativas. Allí tampoco se hablaba de otra cosa, pero seguí sin prestar atención. Desde el informe de Clotilde nadie

había aportado nada nuevo. Me enfraqué en las revistas del corazón y ricé el pelo, me habían dado envidia los bucles de aquella jovencita. Necesitaba dar un cambio radical a mi vida y la imagen era lo primero. Dejé hasta propina al peluquero. Entré en un bar a tomar una cerveza y llamar a Marta, no soportaba la incertidumbre. La empresa había aceptado. Me querían ver al día siguiente, andaban bastante apurados. Estaba tan contenta como yo, pero no pudimos vernos, iba a casa, su madre andaba pachucha. Quedamos para el día siguiente. Y al día siguiente iría también a la *Maison*, no pasaría un día más sin buscarla.

Me fui a dar una vuelta por la Atalaya. Era la primera vez desde que había vuelto que miraba el horizonte sin comezón, sin añoranza, con distancia incluso y un tanto de alegría. Desde este lado. No hay nada que produzca mayor alivio que tachar de la lista los asuntos pendientes. Dentro de poco podría tirarla. No sabía que iba a ser en aquel mismo momento. La noche desmerecía el día, estaba negra cual boca de lobo si no fuera por el pálido reflejo de la luna sobre la bruma. No se veía a cinco pasos. No la vi de hecho, sólo intuí su figura menuda, aquella forma de caminar ladeando la cabeza, aquel espectro que surgía de la niebla, otro fantasma del pasado. Pensé que estaba trastornándome, que la niebla me jugaba una pasada, que sufría alucinaciones. Me froté los ojos, pero era real, estaba ya casi a mi lado, la oía respirar, caminaba absorta. No pude evitar llamarla: «¡Perla...!». Se volvió y era ella.

Cómo aquella vez en Canales con Cocó, nuestras miradas hablaron por el corazón, pero esta vez nos fundimos en un abrazo, cálido, intenso, apretado. Nos juntábamos y separábamos como en una danza, tocándonos, mirándonos incrédulas, balbuciendo incoherencias, besándonos las manos y la cara, la frente y los labios. Perla, mi niña, mi que-

rida Perla, mi gran amiga. Hundí mi cabeza en su pelo, apretó su cara contra mi pecho y me invadió de nuevo su olor y aquella tibieza olvidada, su ternura, siempre fue como un bollito, un bollo suizo recién horneado, dulce, caliente, blando, oloroso, tierno.

Parecía increíble, pero era ella. Estábamos juntas y el tiempo no había pasado. Después vendrían las explicaciones, en aquel instante no las necesitamos para abrazarnos. Llevábamos veinte años soñando aquel momento, aunque ninguna lo fuera a confesar de buenas a primeras. Sin soltarnos, de forma casi inconsciente, dispuestas a no separarnos, nos metimos en el primer local abierto que encontramos. Localizamos una mesa apartada, alejada de la chimenea. Cuando entramos estaban todas ocupadas menos esa; cuando salimos, excepto la nuestra, el resto ya tenían las sillas patas arriba. En las horas que allí pasamos no pude quitarle la vista de encima. Estaba tan guapa como siempre, si acaso unas incipientes arrugas en las comisuras de la boca, unas patas de gallo apenas esbozadas, los pliegues del rostro más marcados. Todo ello la favorecía, le daba un aspecto más maduro, apetecía seguir el curso de cada huella del tiempo hacía atrás, remontarse por los surcos hasta encontrar el gesto originario que lo produjo a fuerza de repetirse: el frunce incrédulo de la frente, el mohín huraño del labio superior, el guiño cariñoso, el expresivo levantamiento de las cejas en señal de sorpresa, la caída pícara del párpado, la risa abierta, la carcajada descoyuntadora. Expresiones tan suyas y tan propias que me hacían recordarla con veinte años menos. Yo estaba mucho más cambiada ¿Reconocería en mí a la Reyna de siempre? ¿Había algo mío, interior o exterior, de aquella época? ¿Qué recuerdo guardaría aquella mujer de mí? ¿Qué podía decirle que no estuviera fuera de lugar? ¿Por dónde empezar, sin ahondar aún más la herida? Opté por callar.

Tengo miedo del encuentro
con el pasado que vuelve
a enfrentarse con mi vida...

Nada más ser atendidas y quitar los abrigos Perla empezó a disparar preguntas, tantas como tenía acumuladas, pero yo estaba desacostumbrada a su fogosidad y era especialista en monosílabos. Desde luego no derroché locuacidad en tan inesperado (y deseado) encuentro. «¿Qué haces en Salitre?». «Ya ves». «¿Dónde estuviste?». «Por ahí». «¿Cuándo llegaste?». «Hace poco». «¡Estás viva! Te creía muerta, arrojada a la mar o enterrada en algún lugar ignoto. ¿Cómo pudiste no mandar ni una postal en veinte años?». «Estuve embarcada». «Ya lo sé, hija, ya lo sé. Pero eso no es explicación. En algún momento bajarías del barco. Ni estás muerta ni pasaste veinte años en una bodega, no mientas. No diste señales de vida porque no quisiste». Mi silencio lo confirmaba, su voz se heló. «Y no quisiste por mí, ¿verdad?». De pronto estaba muy dolida. «No estás muerta... pero fingiste estarlo para mí, ¿no es cierto? Marchaste de Salitre para huir de mi lado, ¿es así? ¿Qué pasó, Reyna, qué fue lo que pasó entre nosotras, lo que te pasó conmigo, por qué marchaste sin decir palabra ni despedirte, por la puerta falsa, como si yo no existiera, como si nunca hubiera existido, como si no nos conociéramos de nada? Tú te cruzaste conmigo por algo. ¿Qué te hice yo Reyna? ¿Qué hice mal? Si éramos amigas desde la niñez, si no me separé de ti un momento en aquellos malditos días...».

Cierto. Cuando me dieron la noticia del siniestro yo estaba con ella, ella había estado conmigo todo el tiempo. Fue ella la que condujo mi coche hasta el lugar del accidente, sus suelas quedaron tan empapadas de

sangre como las mías. La muerte es el fin. De las ilusiones, de los sueños, de la vida. Se acabaron las citas, las charlas, las visitas, las risas, las pesadillas, las promesas. No hay un mañana para los muertos. Pero los que quedan tendrán que afrontar el mañana sin ellos. Afecta más la muerte a los vivos que a los muertos. Éstos además no tienen remordimientos de conciencia.

Yo estuve como ida hasta el entierro, ni dormida ni despierta, ni muerta ni viva: zombie. Manfredo y Perla lo arreglaron todo, se ocuparon de los trámites, de atender a los visitantes, de contratar las flores. Puedo verlos, serios, solícitos, atentos a mis menores gestos, atendiendo a los de la funeraria, al abogado, al director del banco, a los del Ateneo... Puedo verlos ahora, pero no era ese el recuerdo que me llevé de ellos. De la carretera al tanatorio, del tanatorio al cementerio, una laguna negra inundaba los recuerdos, tenía un enorme agujero en aquellas horas anuladas por el dolor. Una sima que prefería no explorar.

La imagen que permanecería indeleblemente grabada en mi retina fue la de sus bocas juntas, sus cuerpos enlazados, sus ojos cerrados por la pasión clandestina. Acabábamos de llegar al tanatorio las dos, Manfredo estaba a la puerta. Me llamó la atención, con esa importancia que cobran las banalidades a posteriori, que Perla le cuchicheara algo al oído y Manfredo asintiera... y ambos me miraran como comprobando que no los había oído. Un detalle nimio, que debería haberme hecho sospechar, la prueba de que lo que pasó allí dentro estaba preparado, no fue un acto casual. Cuando pasamos a la sala los dejé sentados en el recibidor y me encerré en el mortuorio, echando las cortinas. Aun no había empezado a llegar la gente. Me abracé a los féretros esperando una señal, el adiós que no pudieron darme, cubriendo de besos el cristal que me

separaba de sus cuerpos recompuestos. No creo que haga falta detallar cómo me sentía, ni lo que pude decirles a aquellos cuatro ataúdes, ni lo que ellos me dijeron a mí. Porque solamente eran eso, cuatro cajas de madera forrada y unos restos. Ellas no estaban. Cuando me quise dar cuenta, picaban a la puerta de separación. Margarita y Camelia se asomaron, contritas, desorientadas. Perturbada, me extrañó que no estuvieran fuera ninguno de los dos, habíamos convenido un rato de intimidad protegida de interrupciones. Les hice una seña de que esperaran en el pasillo y cuando las oí salir crucé al baño, había un lavabo pequeño dentro de cada sala. Sentía ardientes las mejillas e hinchados los párpados, pero habrían de ser los ojos los que se saldrían de las órbitas cuando al abrir la puerta los vi besándose en el espejo. Estaban muy concentrados y no debieron sentirme porque no se volvieron ni alteraron un ápice su postura. No les interrumpí. Fui retrocediendo con la puerta aun entreabierta y rogué a Margarita y Camelia que me llevaran a la cafetería. Ellas tampoco se dieron cuenta de nada. La fotografía quedó congelada en el cristal y en mi cerebro algo se hizo añicos.

Me enajené. Sencilla y directamente perdí la poca razón que me quedaba, di tú que todo el mundo encontraba normal aquel estado demente. Pero más que el golpe mortal que supuso el accidente me angustiaba la traición, el abandono, el engaño, la mentira... Era imposible que aquello sucediera, no podían seguir juntos. Habían salido en el instituto, se acostaron durante un tiempo, pero todo tenía que haber terminado entre ellos. Esa historia sí debería estar muerta, ¿o no? Muy viva tenía que estar para hacer eso allí, delante de mí, al lado de mi madre y las abuelas. Y en un baño (eso me parecía aún más grave por su parte). Fui incapaz de razonar, decir, preguntar, gritar... Un cataclismo nuclear

no hubiera causado mayores estragos en mi existencia. Era el fin y como tal lo interpreté. Me invadió una negrura capital, la oclusión de los sentidos. Todavía no había aprendido a odiar, eso vendría más tarde, era pura desolación lo que me embargaba. Ya no había tierra bajo mis pies, flores en la sala, gente en los sofás. Y eso que por allí pasó todo Salitre: la Bailona al completo, autoridades, intelectuales, artistas, sindicalistas, los miembros del Ateneo, pobres, ricos, hombres, mujeres, niños, ancianos, las prostitutas de Valtueña, el deán de la catedral, las pescaderas, las cigarreras, las tabaqueras... ni un alma dejó de acudir a la última reunión, las floristerías hicieron su agosto. Ahora lo sé, Perla me enseñó todas las tarjetas de visita que se depositaron en la urna, ella las tenía guardadas desde entonces. Fue ella también la que se encargó de los recordatorios y los agradecimientos, estuvo semanas escribiendo. No recuerdo nada de todo eso. Aquella visión habría de atormentarme sin piedad, estuvo siempre en el fondo de todos los desvelos, asaltando sin tregua el endeble castillo del sueño; un castillo vencido, cuyos muros sólo pudieron levantarse meses más tarde a fuerza de pastillas, argamasadas con puro agotamiento. Había una explicación para esa escena, pero yo tardaría veinte años en saberla y no sería aquella primera noche. Ellos nunca supieron que habían sido contemplados y por tanto nada pudieron imaginar ni argüir en su defensa. No les di esa oportunidad: les declaré culpables y envíe a Perla a la guillotina. Ejecuté la sentencia al pie de sus tumbas.

«No sé lo que te pasó por la cabeza, qué cable se te cruzó ni por qué, pero cuando echaron la última palada de tierra te transformaste, viniste hacia mí convertida en un monstruo y me dijiste aquellos horrores, ¿te acuerdas?». No dije nada. Perla, mi buena amiga, había achacado aquella furia rabiosa a un arrebato de ira, la descarga de tanta emoción,

la cuerda siempre rompe por lo más flojo. Muertas las abuelas ella era lo único que me quedaba, no podía verlo de otra manera. Yo sí. Ella nunca se sintió culpable, pero yo la había condenado. Durante siete días no abrí la puerta ni contesté a sus llamadas. Preparé furtivamente la fuga, quería castigarlos, hacerles daño. Y a la vez yo me castigaba con el peor de los sufrimientos, odiar a la persona amada, abandonar la tierra natal. A veces el odio llega a ser tan intenso, tan dominante que impide aflorar otro tipo de sentimientos más nobles. Es curioso ver como la semilla del rencor crece, se propaga en nuestro interior como la mala hierba o un devastador incendio, implacable, destructivo, aniquilador. No existen armas para detener el odio, con lo fácil que es tronchar un brote de amor.

Me contó que había ido todos los días a mi casa (¡bien lo sabía yo, que me escondía!), hasta que un día un vecino le dijo que me había visto salir con las maletas en un taxi camino del puerto. De la verja de La Roja colgaba el cartel «se vende». Indagó y supo que me había embarcado en el Cantón y aunque no era capaz de entender aquella torna de los sentimientos, comprendió que había tomado una decisión irrevocable, irreversible. «¿Por qué lo hiciste, Reyna?», insistía. Sonreí amargamente y le oculté la verdad. «La jodida conciencia, ¿recuerdas? Tenía que ser la mejor, lo esperaban todo de mí y no pude evitarles la muerte. Aún sigo pensando que yo debía conducir aquel coche. La culpa es una carga muy pesada, pero la expiación más aún y además hay que hacerla en solitario». Tenía sus ojos clavados en los míos, inquisitoriales. Estaba demasiado herida para creerme o aun era capaz de detectar que algo le ocultaba. Pero yo no pensaba soltar prenda todavía, necesitaba ver por dónde respiraba. Sin embargo me invadió la congoja. «¿Te hice mucho daño, verdad?». El agudo dolor de su mirada hizo innecesaria la confirmación.

«Al principio no podía vivir sin ti, ¡cuánto te pude echar de menos, Reyna! ¿Tú sabes lo que es temblar cada vez que suena el teléfono? Horas, días, meses, años... sin una razón». Se sintió enferma al principio, con todo lo que le dije, al culpabilizarla sin motivo aparente. Pero, ignorante de las razones soterradas que se escondían tras aquel apocalíptico aserto, nunca le concedió más importancia que a un exabrupto circunstancial. Jamás se imaginó que aquella andanada fuera en serio, que yo pudiera sentir las barbaridades que le dije. Que unas cuantas paladas de tierra pudieran enterrar todo lo que hubo entre nosotras. ¡Qué poco nos conocemos a nosotros, a los demás! ¡Qué extraños son los mecanismos que funcionan en situaciones límite!

* * *

Me giro y está apoyada en el quicio, no la sentí llegar, anda tan despacio como un gato. Se retira con un guiño: es la hora de irse, pero hoy nadie quiere apurarme. Lo dejaré un ratito, aunque casi me da pena, ya estaba embalada. Comeremos en un restaurante cerca del aeropuerto, tenemos reservada una paella, mi plato favorito si está bien hecho. Luego recogeremos a mi tocaya y seguiré escribiendo a la vuelta, ellas piensan ir de compras pero yo tengo todavía mucho que decir. Es increíble cómo recuperas la memoria cuando ejercitas el recuerdo.



La comida estupenda, el arroz en su punto y la compañía inmejorable. Mientras esperamos el avión y ellas fisgan en las tiendas, sigo dictándole al móvil, que funciona como periférico... ¡Si Helena levantara la cabeza! Perla me acaba de regalar un lote de productos de belleza de una marca carísima, está obsesionada con que recupere la piel perdida pero es una tarea inútil: la sal y el sol desfloraron mi epidermis. Nunca fui de preocuparme por el aspecto, jamás me maquillo, por ejemplo. Lo único que me obsesiona es ducharme, lo hago varias veces al día. Ducharme y echar colonia fresca, como mamá. Oler a limpio. Tengo esa manía desde que me instalé en tierra; después de andar tanto tiempo rodeada de pestilencias los olores me molestan. Y en cuanto a la vestimenta, con dos pantalones, tres jerseys y cuatro camisas me arreglo. El dinero que yo fundo en libros, Perla lo gasta en ropa. Si tuviera su tipo quizá me lo planteara pero mientras que a ella todo le sienta bien yo jamás encuentro talla. Sólo pidió tener en La Roja espacio para el ropero y un vestidor. Disfruto viéndola por las mañanas, es como una muñeca, a veces le escojo yo los conjuntos... ¡Siempre fuimos tan distintas! Ella pelirroja, con una melena leonina, bajita y delgada, con la piel de arena, dorada y llena de pecas y un tipo por el que no pasan los años; yo grande, alta y fuerte como todas las de mi familia, tez morena, ojos negros y el pelo, de joven, como ala de cuervo.

Volver, con la frente marchita,
las nieves del tiempo
platearon mi sien...

Hablando con ella aquella noche de marzo sentí que recuperaba partes olvidadas de mi ser al toque de su varita mágica, era un poco bruja y no había perdido el hechizo, el magnetismo atrayente de sus ojos verdes. La química se estableció de nuevo entre nosotras, afortunadamente, aunque llevaría un tiempo componer la aleación, los materiales que nos conforman habían mutado. Dice que ahora soy la misma de siempre, pero que cuando me encontró aquel día tuvo miedo, se puso hasta nerviosa, «parecías poseída, tan callada, mirándome absorta, sin decir nada, y yo con tanto que contar y tanto que preguntar, no sabía por donde empezar, tú me conoces, me pasó siempre, que atoro y empiezo a decir incoherencias si no me contestan». Era verdad, la conocía desde siempre y nunca la había visto callada.

Era extrovertida, ocurrente, siempre alegre, cascabeles, campanillas, terremoto, volcán... ¿Y yo? ¿Cómo era yo antes de perder las ilusiones, de volverme cínica, reservada, de resignarme a la soledad de mi compañía? ¿Quién se ocultaba detrás de esa fachada que había construido, aparentemente sólida?

Perla me recordaba aguda, ingeniosa e hiperactiva, nada me detenía, era el alma de las reuniones, tenía madera de actriz, imitaba a todo el mundo y no dejaba títere con cabeza, impulsiva, afectuosa, con un gran corazón... No me reconocía en aquella imagen, no podía recordar cabalmente cómo había sido antes aquella especie de vegetal en que me había convertido. Me sentía impermeabilizada, anestesiada.

Deseando cambiar de tercio, le pregunté por Flora. Sentí que hubiera muerto, me caía bien aquella mujer vivaz y pizpireta. Perla seguía con el negocio familiar, ahora mejorado gracias a la aportación de la difunta. Ya no vivía en el barrio, solamente iba a trabajar. Digamos que había ascendido de posición. En una comida en La Veleta, antes del accidente, recuerdo que nos había dicho que su madre tenía unos ahorrillos y ella esperaba poder sobrevivir y mantener el negocio, ampliarlo incluso, sin tener que trabajar la cama «salvo excepciones, que soy una profesional, al fin y al cabo. Lo que pasa es que pico muy alto, no me gustaría dejar la *Maison* pero no quiero reducirme a eso, no sé si me explico. Los tiempos están cambiando ¿no crees?». Como un libro abierto, se explicaba Perla. Decía lo que le venía a la cabeza y llevaba a cabo lo que se proponía, sin que nada pudiera detenerla.

Pero lo que no sabía era que su madre era en realidad una *broker*. A su muerte descubrió que tenía invertido su capital en acciones y que, asesorada por un cliente corredor de bolsa, había logrado enriquecerse, sin cambiar para nada su forma de vida (genio y figura...). Así fue como Perla se encontró en 1992 con un capital inesperado. Era el año de los grandes fastos, el imperio de la tecnología daba sus primeros pasos. Asesorada por un informático visionario, titulado en Enología y que respondía al nombre de Justo, Perla invirtió parte de su capital en modernizar el local. No quería medias tintas: el futuro había llegado. Justo la había convencido mientras degustaban el vino de su última cosecha. Había conseguido realizar todo el proceso vinícola asistido por ordenador, un invento que resultaría revolucionario. Estaba en Salitre contratado por la Empresa Municipal de Tratamiento de Residuos Sólidos Urbanos, trabajaba en el laboratorio en un proyecto similar. Era un pro-

gramador genial, difícil de seguir en sus razonamientos, pero debía de resultar convincente porque Perla, por lo menos, lo tuvo claro (me confesaría que el vino contribuyó a la lucidez). Al fin y al cabo aquel hombre, además de un adelantado a su tiempo, también era un vividor, la imagen del cliente del futuro. No era el momento de quedarse atrás. Así fue como la *Maison Platée* abandonó su imagen de puticlub de toda la vida para convertirse en un ciber saloon, donde los clientes departían simuladamente con vaqueras del *Far West*, mesoneras medievales, conocidas modelos, camioneras, moteras y todas las fantasías que eran capaces de desatar.

El interior había sido compartimentado en cabinas individuales, orientadas a un espacio central donde, en lugar del latón y la cretona, el PVC y los halógenos creaban un ambiente ciberespacial, de altos vuelos... Los visitantes enfundaban sus trajes en un mono de navegación virtual, que incluía un casco que les permitía la visión tridimensional y un guante electrónico interactivo, y viajaban al universo de su propia imaginación. Todo muy caro, muy novedoso, muy higiénico... y lleno siempre hasta la bandera. Cuando Justo marchó de Salitre, un par de años después, Perla empezaba a tener muchos ceros a la derecha en su cuenta corriente.

Valtueña barrio cambió mucho. Ahora tiene asépticos escaparates con luces de neón azules y rojas, matones a las puertas, seguridad, higiene y aceptan la visa. Pero aún recuerdo su sordidez fétida cuando Perla, Margarita, Camelia y yo íbamos a escondidas tras salir de clase. Las mujeres nos saludaban desde los portales y a veces nos daban chucherías o alguna moneda, tirándonos de las coletas; los hombres nos chistaban y nos hacían escorribandas y así llegábamos a la *Maison Platée*, entre risas y empujones, sofocadas y excitadas.

La madre de Perla solía invitarnos a merendar. Nos sentábamos alrededor de una mesa camilla con mantel de cretona, a juego con las cortinas y los sofás. Estos últimos solían estar ocupados por mujeres de prietas carnes, labios rojos y ropa ligera, entregadas a tareas de manicura, costura, lectura y hasta pintura, que la Carriles era pintora y poeta, además de meretriz. El oficio más viejo del mundo le servía para mantener sus verdaderas aficiones: «Del arte, Reyna, no se vive. Todos los artistas murieron pobres y pasando hambre y eso no va a pasarme a mí». Cierto que no. Comía como una lima y solía tener siempre una caja de bombones al lado del caballete «para inspirarse, cariño, que el chocolate estimula la imaginación». A veces nos ponía en círculo a sus pies y nos daba uno a cada una para comprar nuestro silencio mientras declamaba sus últimas composiciones, que siempre eran recibidas con entusiastas aplausos por nuestra parte y no sólo por la propina. «Es un verdadero genio en todas las artes», asentía Flora. Solamente la Carriles conocía su secreta pasión por las finanzas, parece ser que los bombones compraban su silencio, además del nuestro. Recibió la gratificación a su fidelidad en el testamento de la madama y se fue al sur, donde se dedicó a dibujar debajo de una palmera. Perla había recibido un original encuadernado artesanalmente, se titulaba *Visiones de un sofá* y recogía, con su mordaz visión y su ácida pluma, los caracteres humanos que habían desfilado ante sus ojos, entre sus piernas, en los más de veinte años de oficio, en una serie de historietas ilustradas.

* * *

Llega el avión, seguiré en casa.



Continuando el relato de aquellos días, Perla me dijo que por más que lo intentó, nunca encontró explicación plausible para mi comportamiento, pero al cabo de los años, el tiempo todo lo cura, decidió olvidar. «Te guardé ausencia cinco años enteros, un lustro nada menos. Durante ese tiempo todos los días esperé una llamada tuya, que el teléfono sonara y ese intervalo de nuestras vidas se borrara, como un mal sueño al despertar. Mamá insistía en que estabas muerta, si no era imposible que no te pusieras en contacto. Seríamos poco, pero no te quedaba nadie más en el mundo. Al final me convencí de que nunca volvería a escuchar tu voz, nunca volvería a verte. Después pasaron otras cosas y rehice mi vida, pero jamás encontré una persona como tú». «¿Y Manfredo?», pregunté conteniendo la respiración. «Seguimos viéndonos, pero poco. Ya sabes cómo era Manfredo, iba a lo suyo». Siempre estuve convencida, tras entrever fugaz pero imborrablemente aquel beso pasional, que al desaparecer de su vida había contribuido a estrechar los lazos entre Perla y Manfredo. Incluso pensaba que mi amiga se habría casado con él, renunciando a su estirpe. Me sorprendió aquella noche al hablar de él con distancia, con frialdad. En ningún momento mencionó un asomo de compromiso o convivencia, lo que yo más temía. No inquirí nada más, sentía la lengua embreada (todavía estaba celosa, es increíble lo que perdura ese patético e insalubre sentimiento).

Aún puedo ver a Manfredo detrás del mostrador limpiándose las manos con el paño de cocina, un gesto muy suyo, jactándose de tenerlo todo claro (menos el dicho paño, que era de una sospechosa oscuridad debido a su costumbre de no lavarlas primero). Su frase favorita era: «Estoy metido en un negocio...». Era, por definición, un culo inquieto. Siempre estaba buscando la forma de enriquecerse rápido y estaba claro que La Veleta le quedaba pequeño.

Hubo unos años en que se estiló poner velas en los pubs y pensó en hacerse suministrador de cirios, importándolos de un país lejano. De aquella le disuadimos, porque, echando cálculos, que es mi especialidad, para que le saliera rentable hubiera tenido que consumir cien unidades al mes cada local de Salitre, incluyendo restaurantes, cafeterías y salas de conciertos, lo cual era harto imposible...

Me contó Perla que otra temporada le dio por importar corchos para botellas, pues en el país vecino los producían muy baratos y aquí estaban por las nubes debido a la escasez de materia prima. Pero no había calculado los portes y, tras el descalabro de la primera operación, optó por alquilar un camión y conducirlo él mismo. Volcó en un puente, los corchos acabaron en un río, estuvo tres meses en el hospital y tuvo que pagar la limpieza del cauce.

Pero él seguía buscando la gallina de los huevos de oro y fue desdennando La Veleta. La cocinera se jubiló y volvió con la hija para el pueblo. Queriendo abaratar costes, empezó a meter camareros novatos, a descuidar la limpieza; la calidad del servicio descendió y la clientela fue desapareciendo. Con el tiempo empezó a darle vueltas a lo de marchar de Salitre; cada vez estaba más endeudado, andaba en líos con prestamistas. Dijo que se iba para tomar unas vacaciones, pero tardó más de

siete años en regresar. Le había propuesto a Perla irse con él, pero se conformó con que le entregara algún dinero. Se lo daría a fondo perdido pero acabaría devolviéndoselo.

«¿No te fuiste con él?». Quería oírlo otra vez. «Tenía otros planes. No se lo dije, pero estaba embarazada». Perla permaneció callada tras esa confesión, clavando la vista en el mármol de la mesa, donde se iban diluyendo los aros concéntricos que dejaban las botellas al exudar. Levantó la vista para hincarla en mi atrofiada expresión: «Tengo una hija, tiene catorce años. Se llama Reyna, como tú. Creí que nunca ibas a volver...». Su puchero me desconcertó. El círculo en torno al cual girábamos se iba cerrando, pero mi pensamiento era unidireccional. «¿Quién es el padre? ¿Manfredo?», pregunté sin responder a la alusión. Un rayo invisible le cruzó la cara, enervó los hombros y alzó la barbilla mientras sus ojos despedían chispas. «Es hija de soltera. No tiene padre. O su padre murió, como prefieras». Dio un trago y siguió hablando. Pedí otra ronda un poco avergonzada. No me atreví a interrumpirla más.

«Después de tantos años de espera me lo planteé. Yo soy mayor que tú, ya tenía 27, no quería dilatarlo más. Mamá también me apremiaba, se iba haciendo vieja, o quizá, aunque no lo era tanto, adiviné que se le acercaba el fin. Así que elegí un hombre, el que me pareció entonces más adecuado. Cada día que mantuvimos relaciones estaba prefijado por el calendario. Fue rápido. Él nunca supo que había prestado su semilla, ni que era su padre. Por mi parte corté la relación en cuanto logré mi objetivo. Necesitaba a alguien que llenara el vacío que dejaste en mi vida. Además siempre quise tener una niña, como es costumbre entre las Valtueña y ya se me iba pasando la hora. Tuve un embarazo increíblemente bueno, me pusieron la epidural, parí sin dolor. Ahora es

gratuita en la sanidad pública, pero entonces mamá tuvo que hacer valer sus influencias con un tocólogo cliente nuestro. Fue una experiencia alucinante, lo más grande que me pasó. Mamá me aconsejó que siguiera la tradición, que la inscribiera como madre soltera, padre desconocido. Vivimos en Valtueña las tres. Apenas fueron dos años, pero fueron los más felices, los mejores desde que te fuiste. Mamá estaba chocha con la pequeña. Reyna era preciosa, lo sigue siendo, está mal que lo diga, pero se parece a mí. Era un bebé despierto, feliz, inteligente, siempre estuvo sana...».

Me imagino a Perla cambiando pañales, levantándose de noche, dándole el pecho, deshaciéndose en ternura. A Flora, ya mayor, malcriando a la nietecita, prodigándole interminables besos en los mofletes, achuchando entre sus carnes el blando cuerpecillo. Tuvo una muerte digna de su vida. Un infarto invasivo la sorprendió al cerrar el local una noche. Estaba con ella Perla, la pequeña dormía arriba. No sufrió nada, sencillamente dijo: «Haz tú la caja» y se fue al suelo. Falleció en el acto.

Lo primero que hizo en cuanto heredó fue abandonar el barrio con la niña. Viva la abuela hubiera sido imposible, jamás habrían salido de Valtueña, además no tenía capital suficiente para comprar, era ridículo alquilar teniendo ya casa. Y habría sido impensable separarse. Pero la matriarca ya no estaba y el dinero de la herencia se lo permitía, así que compró un piso confortable y amplio para las dos en una urbanización nueva. Quería darle a Reyna una vida normal, o quizá mejor formal, en lo tocante a guardar las formas, porque las Valtueñas hacía mucho que habían sido incorporadas a la norma: Perla declaraba a Hacienda, sus empleadas cotizaban a la Seguridad Social, la actividad se hallaba regulada por Salud Laboral... y en cualquier caso siempre fueron una insti-

tución. «Ojo, que hay mucho local clandestino y mucha mafia que trafica con inmigrantes, pero en mi casa siempre fuimos muy legales y además unas señoras».

«¿Y nunca volviste a ver a Manfredo?». Yo a lo mío, menos mal que a Perla no parecía chocarle la insistencia, estaba claro que su pensamiento discurría en otro sentido. «¡Claro que sí! No hizo como otras... Al fin y al cabo todos marchásteis, pero yo permanezco en el mismo sitio. Soy una mujer pública, ¿recuerdas? Es fácil dar conmigo, siempre lo fue. Si tienes interés, claro». Esa era mi Perla. Empezaba a darse cuenta de que no estaba durmiendo el sueño de los justos con las abuelas, había regresado y no lo había hecho antes porque no había querido. En otras circunstancias, *in illo tempore*, nos hubiéramos tirado los trastos a la cabeza, pero la franqueza había cedido su puesto al engaño, éramos dos púgiles tentándose, esquivando. Por lo menos en aquel primer *round*.

Manfredo volvió y lo primero que hizo fue ir a la *Maison*. Un día aparó ante su puerta y ella casi no lo conocía, regresó muy cambiado de aquel viaje: delgado, ropa de marca, en un cochazo de importación... parecía otro. Perla se alegró de verle, aunque pronto la mosqueó aquel aire misterioso. Manfredo era de esa clase de personas que construyen relatos prolijos, interminables, con toda suerte de detalles. Esta vez, parecía no estar dispuesto a hacerlo, hasta en eso parecía distinto («chica, qué raros os volvéis todos cuando estáis un tiempo fuera», apostilló). Le dijo que había encontrado un filón, pero que por su seguridad no le podía decir más. Hablaba de un inversor extranjero, en cuyo nombre empezó a abrir negocios. Tenía la suerte de cara, todo lo que tocaba se hacía oro. «Ha llegado mi hora, nuestra hora, Perla». Consecuente con tal declaración abrió varios frentes. Le ofreció ser socia en el negocio pero también

intentó llevársela a la cama de nuevo, reanudar aquella antigua relación del instituto (¿sólo del instituto?, no me creía nada). Pero Perla arguyó que era madre, las cosas habían cambiado. Había emprendido una nueva vida, le había dado un giro al negocio. Tenía bastante. Quiso saber si la niña era suya, al principio estaba convencido de ello (como yo en aquel momento, por algo sería), pero Perla mantuvo silencio al respecto (también entonces ante mí). Por no dar no le dio ni su nueva dirección. Apparentemente ofendido, él le devolvió el dinero prestado a través de un ingreso. No volvieron a hablar de temas personales.

Manfredo se construyó un chalet, empezó a jugar al golf, a rodearse de importantes personajes, a alternar con banqueros, con políticos... Perla seguía su pista porque frecuentaba la *Maison* con aquellas compañías, aunque no era extraño: hacía muchos años que el «todo» Salitre (masculino, *of course*) cerraba sus negocios allí. Por pequeños indicios intuyó que se trataba de blanqueo de dinero y, en cierto modo, se tranquilizó. Una o dos veces al año desaparecía durante un mes. Centrada en el crecimiento de la niña y en su floreciente empresa, nunca le preguntó más. Sus conversaciones eran cada vez más breves y corteses, últimamente más bien frías y distantes. Él nunca desembuchó nada sobre el origen de tanta opulencia, pero por una casualidad, a causa de una maldita carambola, Perla finalmente lo había averiguado. Apenas dos días antes de encontrarla yo.

Meneó la cabeza mirando el fondo de la copa. «Unos vienen y otros van». Apuró la bebida «Y yo me tengo que ir». No parecía dispuesta a seguir hablando «Pero, ¿a qué se dedica, cuál es el misterio que oculta?». Sentía curiosidad, pero aquella primera noche aún no la vería saciada, fue bastante escueta. «No es dinero limpio. No es oro todo lo

que reluce. La avaricia rompe el saco, siempre lo decía mi madre, y Manfredo lo llenó demasiado». (No la recordaba tan refranera, se notaba que también había envejecido aunque no lo aparentara, esos usos dan la medida de la edad más que el físico). Miró su reluciente reloj de oro y se le aceleró el pulso al ver la hora. Se negó a tomar la espuela.

En aquella conversación, que duró dos horas y cuatro rondas, Perla me había puesto al corriente de su vida y de la trayectoria de Manfredo, pero aún le faltaba la guinda. Levantándose, me dijo: «En el pecado llevarás la penitencia, la moraleja ya la conocerás por los periódicos, supongo. Manfredo está muerto, Reyna. Él es el cadáver que se encontró con un disparo entre las piernas». Atónita, saqué la voz del cuerpo para preguntarle cómo no me lo había dicho primero, si sabía quién había sido, por qué... Boquiabierta, estupefacta, vi como mi amiga, ya de pie, abría el bolso y sacaba de la cartera la foto de la chica de los periódicos, la que estaba en el Ateneo. «Esta es mi hija». Ni siquiera pude decirle que la había visto por la mañana, que era muy guapa, era igual que ella, entonces me di cuenta. Le temblaba el pulso mientras me anotaba su número de teléfono. «Es muy tarde, tengo que irme. Está sola en casa. Llámame».

Volví caminando, con la cabeza pesada y los pies ligeros, apenas un rumor de pasos en la niebla. Intentaba reconstruir la conversación, pero un maremágnum de preguntas me acosaba. Al llegar a casa me puse una copita de oporto y lié un canuto (ya me quedaba poco), intentando digerir el encuentro. Me senté a fumar con la ventana abierta. Debido al frío (hizo mucho aquellos primeros días de marzo) las volutas de humo quedaban en suspenso, como mis dudas. Me acurruqué debajo de una manta: necesitaba pensar y no podía dormir. Los destellos del faro

ponían el punto a las interrogaciones, una señal óptica cada veinte segundos, no tardaba más en hacerme una nueva pregunta.

Perla me ocultaba algo gordo, seguía siendo transparente. ¿Cuáles serían los negocios de Manfredo? Sólo podía tratarse de drogas, le tiraba el palo, ya tenía contactos entonces, en los ochenta, le habría resultado fácil dar el salto. Pero Perla lo hubiera sabido, me lo hubiera dicho, y él seguramente tampoco lo habría ocultado. Seguro que fue lo primero que sospeché, como yo. Debía tratarse de algo que convertía en inofensivo el blanqueo de capitales, si eso le resultaba tranquilizador a la hija de Flora. Pero, ¿por qué no me había dicho lo que había descubierto? Además, lo averigua un día y muere al siguiente, ¿sería algo más que una coincidencia? (pues anda, aparecer yo al otro...). Empecé a pensar en los huevos de oro y el tiro en los huevos, ¿Habría tenido Perla que ver con su muerte? Estaba muy alterada al final. Y la otra Reyna, hija de un padre muerto ¿O estaba vivo? A veces se utiliza este tipo de expresiones. La niña tenía catorce años, más nueve meses de embarazo hacían casi quince. Ella había dicho que había elegido al padre, pero si fue Manfredo eso debió de ser cuando él ya estaba a punto de marchar, o no hubiera podido disimular la barriga. ¿Cuántos años estuvo fuera Manfredo? No mencionó que hubieran mantenido contacto durante esos años. Pero si yo les dejé unidos, ¿por qué hablaba de él en la distancia? ¿Ya no le amaba entonces? ¿Había otro hombre? Seguro que era Manfredo. ¿Y se acostaba con él por el calendario, sus relaciones eran fruto de un plan determinado? No podía creerlo. ¿Se parecía Reyna a Manfredo? La verdad es que de parecerse a alguien era a su madre, aunque en Reyna se notaban las mejoras de una generación posterior. En mis tiempos yo destacaba por alta, ahora la mayoría de los adolescentes me miran de frente;

se elevó la estatura media, la niña era un claro exponente de ese crecimiento. Las Valtueña tenían un gen dominante, estaba claro. Primero, para salir siempre mujeres. Y después, para borrar los rasgos de los diferentes padres y parecerse siempre entre ellas. Aquella chiquilla era como su madre cuando tenía su edad, y sin duda se parecía a la joven Flora. Pero cada generación superaba a la anterior, estaba claro. ¿Se habría acostumbrado a vivir sin padre, sin un hombre en el hogar? También en eso se parecía a mí. Familias sólo de mujeres. Por elección o sin elección, daba lo mismo. ¿Cómo sería, quién sería su padre? Cuanto más lo pensaba más me convencía de que era Manfredo y que Perla lo había matado. Una *mantis religiosa*. ¿Pero por qué iba a tardar catorce años en deshacerse de él? ¿Habría descubierto ahora que era su hija y quería quitársela? Ella hablaba de negocios ¿Qué tenían que ver con su hija? O no tenían nada que ver y yo lo estaba liando todo.

¡Había estado tanto tiempo fuera...! Por mucho que mi amiga hubiera relatado, era incapaz de saber lo que sentía. Me había dibujado fragmentos descompasados, pero la partitura permanecía incompleta en lo esencial. Estaba clara su pesadumbre de fondo, algo la estaba minando y no era yo, «ya estaba acostumbrada a vivir sin mí». Aquello me dolió cuando lo dijo. Abjuré de las causas que me impelieron a marchar, sentí que me habían robado los mejores años de mi vida. Un rubor me cubrió el rostro. ¿Qué habría sido de nosotras si no me hubiera ido? ¿Qué sería de nosotras ahora que había vuelto? Cuando me quise acostar tiré el cenicero lleno.

Tuve un sueño inquieto, Manfredo mataba a Perla y luego me perseguía con un cuchillo. Volví a sentir el calor pegajoso, sofocante, el infernal ruido de la sala de máquinas que anulaba cualquier otro pensa-

miento, cualquier otra sensación; la angustia que mataba el dolor impidiendo realizar otra actividad que no fuera puramente mecánica. Yo llevaba una niña en brazos y huía por un laberinto de puertas. Cada vez se acercaba más, tenía la cara desfigurada de Marcial... Hasta que, de pronto, comencé a ascender, a elevarme por los aires, sobrevolando los tejados y las chimeneas, caminando por el cielo, sentándome en las nubes. Lo recuerdo perfectamente porque hacía años que no soñaba que volaba, y sin embargo de pequeña me pasaba frecuentemente. Nunca supe cómo interpretarlo, pero me gusta, es la misma sensación que ir en globo pero decidiendo tú la ruta.

Desperté cuando el teléfono sonó. Estaba cansada y me dolía la cabeza, había fumado mucho. Era Marta, me esperaban en la otra punta de Salitre en una hora. Tomé la dirección y colgué. Me arrepentí de no haber comprado ropa la tarde anterior mientras me ponía el mejor vaquero que tenía. Un vistazo en el espejo me hizo pensar que si no fuera por el pelo parecería sacada de *Querelle*.

Perla, en cambio, se notaba que se cuidaba mucho, seguro que iba a la peluquería, a la sauna y a la *esthéticienne* todas las semanas. La ropa era de marca y el perfume también, como siempre, le encantaban los aromas florales. Me pregunté cómo sería su hija y si también diría en el colegio que quería ser puta, como su madre. No pude evitar reírme al pensar en las caras de sus profesores, recordaba las que le ponían a Perla... Me alegré de haberla encontrado, aunque me hubiera gustado más tener una excusa razonable que darle por no haberla llamado, para no haber ido a buscarla nada más llegar. Además, nada parecía cuadrar con lo que yo había barruntado, ante mí se abría un nuevo panorama. ¿Qué se ocultaba tras aquella muerte? ¿Por qué sabía tanto de él si apenas se trata-

ban? ¿Qué papel ocupaba (había ocupado, pobre) en la vida de Perla? Las preguntas seguían flotando en el aire, no las había conseguido disipar el incienso. Olía a cerrado. Otra vez repasé lo acontecido, mientras buscaba en el periódico la esquila de Manfredo. El entierro era a las siete de la tarde. Decidí ir, era lo menos que podía hacer, a saber qué iba a encontrarme. Además, seguro que estaba Perla, podíamos quedar después para cenar, tenía tantas lagunas que rellenar... Y ya no podía imaginar un día sin verla.

Mientras cruzaba Salitre en taxi, me invadió una sensación de irrealidad, como si nunca hubiera salido de allí, como si aquellos veinte años hubieran sido un breve paréntesis. Cada vez intervenían más factores para la reconciliación conmigo misma: la aparición de Perla, la casa que ya había cambiado el olor de la humedad por la fragancia humana y la peste a tabaco, un empleo en perspectiva, el descubrimiento de Marta, la presencia intangible de las abuelas y (¿por qué no?) el enemigo fuera de combate. No recordaba haber estado nunca tan ilusionada.

Sentir, que es un soplo la vida,
que veinte años no es nada...

El taxista me dejó a la puerta de un edificio acristalado de treinta plantas con la explicación: «Pues la señora habrá estado mucho tiempo fuera, porque ¡anda que no dio que hablar el mamotreto ese!». De reciente construcción, ese rascacielos era el orgullo de Salitre, el símbolo de la evolución arquitectónica, ahora hay alguno más alto, pero este es el más vistoso. Desde la calle parece que se funde con el cielo, las nubes corren por sus paredes, que brillan cegadoramente con el reflejo del sol.

A los que trabajan dentro la exposición a la luz solar les provoca algunas molestias, además no puedes abrir las ventanas, son paredes enteras de vidrio. Haga frío o calor, allí dentro la temperatura siempre es la misma, el aire está viciado. La mayoría no lo nota, pero mastican miasmas (una vez que lo dije tuve que acabar retractándome al ver las caras que ponían). Diez ascensores reparten la gente por los pisos, se distingue claramente a los propios del lugar de los visitantes por la seguridad con que los primeros caminan por aquel enredo de pasillos y puertas y por la cara de despiste de los segundos, arremolinados ante los paneles indicadores. No voy a presumir de haber encontrado la oficina a la primera.

La editorial tenía un nombre sugerente, Los pueblos del mar, que lucía en el cristal enmarcado con una greca de motivos cretenses. Esperaba algo más ordenado o más sofisticado, como se ve en las películas, pero al abrir la puerta, tras picar prudentemente sin obtener respuesta, me encontré con un conjunto caótico de mesas, ordenadores, torres de carpetas y pilas de papeles entre los que apenas destacaba la presencia humana a simple vista. «Quería ver al editor», dije barriendo el tendido. Seis cabezas se levantaron a la vez. «En el despacho», señalaron. Doce ojos sin piedad me estudiaron de arriba abajo. Iba a fruncir el ceño, pero recapacité. Así no podía empezar. Y sonreí. Quizá fue una mueca pero muy agradecida: los seis me devolvieron la sonrisa. Más animada, entré, tras picar de nuevo. «Adelante». Al entrar en el despacho del editor no me hizo falta desnudarle. Era gordo, calvo y sudaba copiosamente. «Bienvenida, bienvenida. Marta nos habló mucho de usted...». No me gustó su apretón de manos, viscoso y flácido, ni su mirada bovina y miope. Y odiaba los hombres con bigote (en la mar había confirmado que suelen coincidir con los peores de la especie). Me explicó que se

dedicaban sobre todo a traducir obras extranjeras de autores noveles. Algunas habían sido la primicia de grandes éxitos y eso les obligaba a incrementar las colaboraciones externas. En sí, la plantilla era muy reducida, la componían dos hombres y tres mujeres, una de ellas la esposa del editor, que era la que corregía las pruebas. Trabajaban con una imprenta de las afueras. Me presentó a la plantilla. Daba la impresión de que había mucho trabajo, pero también buen ambiente. Eso me gustó. Por lo demás las condiciones eran buenas y no tenía muchas ofertas donde elegir, así que acepté. Con el tiempo Florencio, que así se llama, resultó ser un buen jefe. A veces las apariencias engañan. De hecho sigo trabajando allí e incluso se ha ofrecido a publicar lo que llegue a escribir. Ahora hasta me hacen gracia sus chistes, aunque siguen siendo igual de malos, será que perdono mejor los defectos ajenos. ¡Si no diera tantas voces! Debe pensar que la puesta al límite de las cuerdas vocales forma parte de la labor de dirección, es inherente al cargo. O está sordo, que es otra posibilidad (la cual niega a voces sospechosamente).

Su mujer, Paula, es todo lo contrario, nunca le escucharás una palabra estridente. Morena y menuda, lleva siempre el pelo liso recogido en una cola de caballo, y se pasa las horas corrigiendo galeradas «Ya ves para lo que me vale ser empresaria, Reyna, condenada a galeras es lo que estoy». Pero gracias a ella no suelen tener fallos las ediciones, nunca vi una fe de erratas, una reclamación. Ella revisa obsesivamente cada carácter, pero es así para todo. Una vez que cogimos juntas un tren miró el bolso repetidamente en el andén a ver si llevaba los billetes, lo revisó todavía cuando ya estaba en el asiento y seguro que lo había comprobado varias veces antes de salir de casa. Por supuesto llegamos antes que las limpiadoras a la estación.

Mi contacto sería Jaime, que se encargaba de la selección de las obras y del diseño y maquetación de las colecciones. Es muy bueno en su campo, este año le tuvieron que subir el sueldo, porque se lo llevaba la competencia. Me presentaron a un joven atlético, con el pelo muy corto y una camiseta que ceñía impudicamente sus bíceps, le gusta usarlas así y la verdad es que impresiona, parece esculpido en mármol. Noté que me miraba con insistencia mientras me daba detalles del trabajo, haciéndome consciente nuevamente de la quemada piel que me cubría. Calibré el interés que despertaba en aquellos ojos color miel y no pude evitar sorprenderme. ¿Era posible? Realmente algo estaba cambiando en mi vida, empezaba a existir para los demás. Al despedirme retuvo mi mano y mi mirada un imperceptible segundo más. Enrojecí como una quinceañera. Lo notó y sonrió tímidamente. Me dio el número de su móvil, por si tenía alguna duda o necesitaba localizarle a cualquier hora.

En el portal me percaté de que tenía algo de vello en el labio superior. Tendría que pedirle la dirección de su esteticista a Perla. (Me la dio y a ella sigo yendo desde entonces, he mejorado mucho gracias a sus cuidados profesionales). Pero con el tiempo comprobé cuales son los atributos que me enaltecen ante Jaime. Su atracción por mí estaba más motivada por la aureola que me envolvía (Marta se había encargado de acrecentarla) que por mi aspecto físico.

* * *

A Jaime le fascina mi complejidad tortuosa, la vida que llevé, la gesta de mis viajes. A mí de él me encantan su ingenuidad y simpleza, sus costumbres metódicas, su culto al cuerpo y a la vida sana. Aunque nos vemos casi todas las semanas, dentro y fuera del trabajo, todavía no

defraudé nunca su interés. Es el día de hoy que nos sentamos a charlar (me imagino cuando estemos en el porche de La Roja) y escucha absorto mis historias, le encanta ser mi paladín y me hace sentir como una verdadera reina. Él también insistió en que tenía que escribir, no sé por qué se empeñan en que tengo mucho que contar. Me hubiera gustado hacerlo de la forma tradicional, emborronando folios, pero no tendría paciencia. Y para eso están las tecnologías, ya lo dice Perla, cada vez más fanática de las comunicaciones. Además no tengo que preocuparme de corregir después el texto, para algo está Paula. Está todo el mundo en el complot, esta vez espero darles una satisfacción...

* * *

Aquel día volví a comer con Marta para celebrar el acuerdo y darle las gracias. «No creas que lo voy a convertir en una costumbre, pero te lo mereces. Parece que me trajiste la suerte». «Tú echaste las cartas cuando viniste a Salitre, esta vez te irá bien, ya verás. Además, no me creerás pero cada día estás más guapa, de ayer a hoy tienes mejor cara, te lo juro, será lo de estar parada que envilece». Le di la razón, que también tenía su parte, y empecé a sonsacarla sin tapujos sobre Manfredo y Perla. Marta no me falló. Ella no los conocía personalmente, pero sabía muchas cosas.

Efectivamente, Manfredo tenía fama de traficante y mafioso, pero que ella supiera nunca había estado detenido ni implicado en delito conocido. De hecho colaboraba en todo tipo de proyectos sociales, especialmente los dedicados a la infancia y la juventud, económica y activamente. Un benefactor, vamos. Si blanqueaba dinero lo dejaba impoluto. Lo sabía por el alcalde, que era miembro del Ateneo, y desde luego no

parecía estar muy interesado en conocer ni en denunciar la procedencia del dinero que le llenaba las arcas municipales. Tampoco veía impedimento alguno en que el propietario de una cadena de discotecas y salas de juego fuera el que más aportara a la Fundación de Bienestar Social, incluso se les veía mucho juntos. Era un poco contradictorio todo ello. Supongo que el alcalde también llenaba en parte sus bolsillos, o por lo menos recibiría apoyo económico en la campaña. De todos modos, algo no encajaba. Manfredo siempre había pasado de política y además nunca le habían gustado los niños, le parecían seres monstruosos, egoístas, abusadores, crueles... nos reíamos mucho con eso ¿Quería lavarse la cara, cubrirse las espaldas? ¿Financiaba ilegalmente algún partido? ¿Era una tapadera? ¿Hacía donaciones para desgravar? ¿O actuaba por enaltecerse? Hubiera jurado que de aquella tenía conciencia, pero uno sólo puede enriquecerse así de rápido sin ella.

Marta seguía hablando. Se rumoreaba que la policía había descubierto algo gordo, en lo que el difunto estaba implicado «Tengo miedo que tenga cadáveres en el jardín», me dijo. Le pregunté intrigada por las amantes. No creía que tuviera todas las que decían. Leía todos los periódicos y revistas de la biblioteca y le había visto muchas veces en ellas. «Siempre aparecía en las fotos rodeado de chicas guapas, es verdad, pero con aspecto de modelos, ¿sabes? O conejitas del *Play Boy*, no sé, bellezas de pago, tú me entiendes. Yo creo que formaban parte de sus negocios, pero no me extrañaría que fuera un asesino en serie, o un pedófilo».

Pobre Manfredo. En los dos últimos días había recibido tal cúmulo de epítetos que si estuviera vivo le habrían abrasado las orejas. Intenté rastrear en la memoria alguna señal de sus inclinaciones. La imagen noble y dicharachera que conservaba de él se transformaba acelerada-

mente en la de un mafioso corrupto y novelesco, con su pizca de buen corazón, pero metido en el peor de los guiones: el que acaba con la muerte del protagonista.

De Perla no conocía el nombre de pila, respondía a la Valtueña en la información que manejaba, incluidas las referencias a su pasado familiar más remoto. Efectivamente, era dueña de toda la manzana. Había oído hablar del famoso ciber saloon cuando se inauguró, sólo había otro igual en la capital de Toro. No recordaba que se llamara la *Maison Platée*. «Nunca frecuenté Valtueña!» —rió ante la posibilidad—. «Pero, por lo visto, a la dueña jamás se la ve. Todo el edificio está conectado a un circuito de televisión controlado desde el piso de arriba. Siempre se argumenta la seguridad, aunque yo, muy mal pensada, creo que graban a los clientes en vídeo, para chantajearlos o venderlos». La imaginación de Marta era inagotable, pero fácilmente podía haber algo de verdad ¡Ya los espiaba de pequeña! (Después pude comprobar que no era cierto el rumor).

Cuando le pregunté si sabía que tenía una hija, negó tal conocimiento. No le dije que era la chica que habíamos visto el día anterior. Tampoco le aclaré la relación de Perla con Manfredo. Cada vez estaba más convencida de que había tenido algo que ver con su muerte. Sólo le comenté que nos conocíamos de pequeños, formaban parte del pasado que venía a recuperar. Sintió grandes deseos de conocer a Perla, a Manfredo ya era imposible.

Dediqué la tarde a comprar diccionarios y a las siete me dirigí al tanatorio, donde oficiaban la misa en la capilla. Cuando llegué, el gentío era impresionante, aunque supongo que eran más los curiosos que los amigos. Rodeando el cadáver de Manfredo, en primera fila, al otro lado

de las autoridades locales, estaban un grupo de seis o siete estilizadísimas jóvenes (debían ser las de pago, como decía Marta) vestidas de negro, con unos escotes, medias y sombreros que restaban espontaneidad a las lagrimitas que fingían secar con pañuelos de organza. Me acordé de las plañideras de antaño y de mi abuelo Manuel. ¿Cuánto cobrarían? Era un buen espectáculo...

En un discreto segundo plano estaba Perla, sola. Intenté acercarme a ella como pude, pero en cuanto me vio salió hacia el pasillo lateral a mi encuentro. Le di un fuerte abrazo, estaba profunda y visiblemente emocionada, los ojos hinchados, los labios temblorosos, la tez transparente, parecía que le habían desaparecido hasta las pecas. No dijimos nada durante la ceremonia, aunque un par de veces tuve que sujetarla porque me pareció que iba a caerse. Su dolor parecía ser el único verdadero, me sorprendió porque no creí que la afectara tanto. Los asistentes, como suele ser habitual, cuchicheaban sin el menor respeto y aunque el cura apenas hizo mención a la causa de la muerte y sí a las cualidades y virtudes del difunto, se veía que era la primera la que realmente ocupaba a los presentes.

Detrás de nosotras, una señora empingorotada, que no calló en todo el acto, aseguraba que había sido al jugar a una nueva modalidad de la ruleta rusa importada de oriente y acusaba a los ojos rasgados de querer destruir nuestras señas de identidad. Me entró la risa floja y le di un codazo a Perla, pero no parecía enterarse de nada.

Al cementerio subimos pocos, yo no conocía a nadie aunque Perla sí saludó a varias personas. Después me diría que dos de ellos eran policías, habían estado interrogándola por la mañana: cuándo le había visto por última vez, si conocía sus compañías, amigos, a qué se dedicaba...

Perla habló de él como una amistad del pasado, alguien con quien mantenía escasa relación; sí, era un cliente, no, no tenía conocimiento alguno de sus actividades. «¿No les dijiste lo que sabías?». No lo había dicho, pero no parecía estar muy contenta por ello. Se la veía agotada. Pensé que se iría a la cama, pero se animó a salir. Nos fuimos a cenar unas tapas, ninguna tenía mucho apetito, así que recogieron los platos casi llenos. Perla estaba taciturna, más aún cuando le conté lo que Marta sabía de Manfredo. Sin embargo no dijo nada. Al salir del restaurante le propuse tomar una copa y aceptó. Estaba claro que algo la oprimía pero no podía, no sabía o no quería confesarse conmigo. Lamenté el muro que la separación había interpuesto entre nosotras.

Como ella no estaba para nada, decidí ser yo la que le informara del curso de mi vida. No había hablado tanto seguido en aquellos veinte años, salvo algunas noches de las que no recordaba más que los estragos del día siguiente. Le conté cosas de mi trabajo, de los países que conocí, de la vida en los buques, de Marcial, los imanes, Cocó...

De cómo había ido modificando mi aspecto, masculinizándolo, como aquellas mujeres que iban a las cruzadas disfrazadas de hombres. Utilicé mi porte y vozarrón, al más puro estilo Manola, para marcar las distancias; los silencios y las miradas que matan, modelo Libertad, para acrecentarlas. Y esta seguridad que me confirió mi nueva apariencia, junto con el meteórico ascenso con que compensaron mis tribulaciones y mi dedicación, facilitaron que continuase navegando. Eso y el factor Livingsgtone, supongo. Debería haber vuelto antes. Creo recordar que tras la batalla legal ganada juré que no dedicaría a navegar más de un par de años, tres o cuatro periplos a lo sumo. Lo suficiente para dejar el pabellón bien alto, dedicarles a las abuelas el triunfo y retirarme con

dinero para abrir una tienda de efectos navales o una librería en cualquier parte, tal vez incluso volver a Salitre. Seguramente esas fueran mis provisiones, pero el siguiente viaje me llevó al continente negro, donde la miseria es la medida de todas las cosas, menos del paisaje. Nunca antes había salido de Salitre, excepto los meses de verano para ir a la meseta. Quedé impresionada. Y decidí dar la vuelta al mundo, ampliar horizontes. Compré un globo terráqueo, un atlas, una enciclopedia marítima. Tenía la sala de mandos llena de libros y revistas de viajes, de mapas y planos. Cuando alguien quería planificar su estancia en tierra era obligado que pasara por la viajoteca, como gustaba llamarla pretenciosamente. Si tenía un buen día sacaba bebida y unos pinchos y les asesorbaba sobre lo que no podían perderse o debían evitar. Si tenía un mal día no osaban ni entrar a saludarme. Como tuviera el biorritmo alterado valía más no acercarse. No obstante, mi fama de viajera experimentada se extendió y mis juicios eran tenidos en cuenta. Estas consultas me llenaban de satisfacción, me estimulaban, impedían el aburrimiento, pero también a veces me agobiaba tanto contacto humano, tanta cháchara, la gente no sabe cuándo molesta. Me convertí en una marina de película, una loba solitaria. Y para conjurar los flamígeros ataques del ángel de las tinieblas, que no cejaba en su empeño de lacerarme, nació la Reyna de los Mares: valiente, dominante, ausente. No dejaba de ser un personaje de novela, una ficción, ahora me doy cuenta, pero evadir la realidad era lo único importante. Sin embargo, las corsarias de época seguro que lo tuvieron más fácil que yo... ¡Cuántas veces me hubiera gustado hacer rodar cabezas, arrojar matones por la borda a los tiburones o apalear a más de uno y echar sal en sus heridas para que se pudriera colgado por los pies al sol!

«Las novelas de aventuras fueron siempre tu debilidad». Sonrió por primera vez en la noche, aquello me animó a seguir hablando. Era el mismo discurso que había dirigido a las abuelas, pero más estructurado. Sentí que aquello sólo había sido un ensayo de este momento. Era a Perla a quien quería contárselo.

Como los antiguos exploradores, empecé a aceptar contratos en la medida en que me descubrían nuevas rutas, nuevos parajes. Participé en varias expediciones oceanográficas, pocas, menos de las que hubiera querido. Es muy distinto a viajar en un carguero, hay otro ambiente, otra camaradería, otras tensiones, otros celos. Aprovechaba también con este objetivo explorador las estancias en tierra durante los períodos de descanso. En cualquier rincón del mundo resulta relativamente barato contratar un guía y más aún unirse a un grupo de pirados. Estuve en el Ártico y en la Antártida, hollé glaciares, conozco la noche del desierto, el amanecer en la sabana, el pánico en la selva. Me abrasó una nube de insectos, probé las picaduras de arañas, serpientes y otros animales de nombre ignoto, me pisoteó un caballo tras tirarme y tengo la cicatriz de un mordisco en el tobillo (un vulgar chucho, hay que ser sincera). Intenté erradicar el miedo, pero me frecuentaba, aún aparecen pequeños temores y grandes pánicos cuando menos lo espero, detrás de cualquier esquina, al abrir un cajón, al destapar un puchero. Vi también caballitos de mar y peces voladores, descubrí el rayo verde y llegué hasta el final del arco iris, pero no encontré el caldero con monedas de oro. Aprendí (aunque a veces no llegara a catar) que, excepto las piedras, todo es comestible. O tiene efectos secundarios (algunos sorprendentes). Me hablaron en todas las lenguas y conocí gente de todos los colores. Me tocó dar y recibir, pero no salí mal parada al final, el balance fue positivo.

Y Salitre desapareció del horizonte, se borró de las cartas de navegación, se disipó en las brumas del pasado.

Llegué a creerme de verdad aquel papel fabricado a mi medida, con un patrón tan heroico como antiguo: dolor y superación, adversidad y lucha, la Arcadia perdida y la conquista de nuevos mundos. Pero no hice ningún descubrimiento. Acaso que somos iguales que el homínido de palo y piedra, que puede variar la situación social, el marco geográfico, el hábitat, pero la condición humana es la misma. «Llevamos dentro el mal, Perla, estamos encadenados a los pecados capitales, vienen determinados en el genoma. Somos peores que los animales y unas alimañas con nuestra misma especie. Pero encima tenemos armas. Armas terribles, destructoras, mortíferas, millones de armas en manos de potenciales asesinos, millones de asesinos sueltos. Y donde más alimentos faltan, mayor es el número de armas. No matamos por sobrevivir, matamos por placer. Ni siquiera por la riqueza o por el poder: los poderosos ponen las armas, pero los que las empuñan son bestias sedientas de sangre, o quizá no aprendieron otro lenguaje, o quizá solamente intentan defenderse. Pero dispararán. Y enfrente solo hay miedo, los valientes y los locos caen los primeros, son carroña para los buitres. Los más pobres, cavarán su propia tumba. Los ricos, listos y tontos, ya están fuera del escenario cuando estallan los conflictos, son los primeros en salir, ni las mujeres ni los niños, de esos nunca se ocupa nadie. Al resto la suerte del idiota, rifa, rifa, que siempre toca. Las armas, como las drogas, tienen dimensión mundial, porque mundial es la explotación de los pobres por los ricos. Y unos son masa y los otros minoría. Pero estos últimos gozan del beneplácito de los gobiernos, y todos juntos se benefician a sí mismos en nombre del pueblo, el partido o la religión. No pretendo ser apocalíptica,

pero además nos estamos cargando a Gaia, el planeta y sus recursos. Estamos envenenando la fuente de la vida. Ni te imaginas la basura que se vierte al fondo del mar o la que gira sobre nuestras cabezas. Si la sumas a la que acumulamos en tierra firme, vivimos en un vertedero. Si hubieras visto lo que yo, pensarías lo mismo. Me hice socia de tantas ONG porque no me podía quedar indiferente, pero eso fue al principio. Ahora sigo colaborando, pero es como ponerle una tirita en el cuello a un decapitado. Soy absolutamente escéptica: me lo creo todo y no creo nada», recuerdo que le dije, y sentí pánico ante el temor reflejado en sus ojos verdes, laguna sin fondo, abiertos y sorprendidos ante tanta crispación. ¿Quién eres? ¿En qué te has convertido?, preguntaba sin voz la ninfa de las aguas.

Hasta los treinta y siete años el mundo me quedaba pequeño. Yo era cada vez más grande, más fuerte, me sentía excepcional, invencible, sobre todo tras la muerte de Marcial. «Pero hace tres años la balanza se desequilibró». Un virus tropical. Estuve seis meses en un hospital, adelgacé catorce quilos. No sabían qué tenía, ni cómo remediarlo. Fiebre, sudores, dolores, vómitos, diarrea, picores, pústulas... Horroroso. Estaba sola, desahuciada, y ya no era la Reyna de los Mares, solamente una mujer al borde de la cuarentena que nadie iba a visitar, por la que nadie se interesaba. Al séptimo mes el virus se fue por donde había venido. Sencillamente, desaparecieron los síntomas. Pero yo ya estaba muy mermada. Dejaron de interesarme los destinos exóticos, me recliné en los hoteles, en la bebida. Seguí trabajando porque no sabía hacer otra cosa. Después vino lo de Alora, otra vez al hospital, aunque menos tiempo, la angustia repetida. En realidad la decisión de volver se llevaba fraguando mucho antes de la nochevieja, desde el verano del 97, para ser más exac-

tos. Nunca olvidaré ese año, aquella sala verde, aquella botella de suero que me perseguía a todas partes, las horas que no terminaban de pasar, el asfixiante calor de la canícula, el olor nauseabundo, condensado, de aquel maldito hospital en Caribia...

«Volví a Salitre porque me dio miedo la vejez, la enfermedad, la soledad, la muerte. Acabar como Marcial, sin nadie que velara mis restos, que recogiera mis cosas. Nunca me separé del quiquilimón, ¿recuerdas?». Cómo no iba a acordarse de aquella caja de hojalata, ella tenía una igual, era donde guardábamos los tesoros: el billete del tren de la primera excursión, la moneda de la suerte, conchas, fotos, un mechón de pelo, el ojo de cristal de nuestra muñeca favorita, una vela, una flor seca, aquella postal...

Fue lo único que llevé conmigo, ni una foto de ellas, ni nuestra, ni un objeto, nada más. Ahora descansa dentro de un baúl, un mundo como lo llamaban las abuelas. Fue una ganga, lo compré años ha en Canales, en un anticuario que le debía un favor a Erik. Ese cofre fue mi único equipaje durante muchos años, está hecho de cuero, es grande y con doble fondo, me sobraba para guardar mis posesiones, nunca lo desahacía, solamente sacaba la ropa. Alguien más pequeño que yo también hubiera podido esconderse en él en caso de apuro. En su interior iba guardando recuerdos de todos los países que visitaba; coleccionaba postales y encontré miles cuando lo vacié. Marta organizó la colección, siempre fui un desastre para eso.

Le confesé a Perla el miedo que tenía a la Parca. Sólo en aquella casa flotante, con Erik, me había sentido a salvo de su guadaña. Pero las turbulencias de la mente son incógnitas e impredecibles y una mañana helada eché de menos un hogar, el hogar que no tenía pero que en algún

lugar me esperaba, una casa que fuera mía... y que hundiera sus raíces en la tierra. Estaba saturada de agua.

Cuando llegué a Salitre no sabía quién era. Nada en mí recordaba a la hija superdotada de Libertad; ni a la Reyna que ella conoció; ni a la incombustible Reyna de los Mares que tenía una placa en el bar del Holandés Errante... Me había vetado la salida a la mar, pero no sabía muy bien qué hacer en tierra. Le conté que había ido al Ateneo nada más llegar, le hablé de las abuelas, de la *morgue*, de Marta, de la editorial, de mis recientes planes para una nueva vida. Nada de nosotras, ni del verdadero motivo de mi huida. Seguía considerando que no era el momento. Y ella parecía resignada a no preguntar más por ello.

Al salir del tercer bar me pidió por favor dar una vuelta, necesitaba despejarse. Caminamos lentamente por el paseo marítimo hacia la Atalaya. Hacía frío, llevábamos las manos en los bolsillos y teníamos la cara helada, era imposible conversar en esas condiciones. Sin embargo, estaba claro que Perla tenía algo que decir, no le cabía dentro. Pensé que iba a sincerarse de un momento a otro, yo ya lo acababa de hacer (casi). Encontramos un café vacío, con el dueño aburrido detrás de la barra. Le propuse tomar la última, estaríamos calentitas y podríamos charlar, «ahora te toca a ti», le dije, «sé que guardas algo, pareces un ratón encima de un queso». Yo había quedado muy relajada y tranquila tras tanta confesión, de buen humor incluso. Era incapaz de imaginar lo que se avecinaba. Ocupamos la única mesa al lado de la ventana, frente al mar, negro y brillante, y a un cielo tachonado de estrellas. Cuando el camarero, tras servirnos la bebida, nos dejó solas, abrió las compuertas.

«Ayer no terminé de contarte... Escucha, es importante, mañana lo traerán los periódicos». Se trataba de Manfredo. (Aun muerto se inter-

ponía entre nosotras, pensé). Unos días antes, Justo, el informático que reformó la *Maison*, le había enviado un correo electrónico con un enlace a Internet y una contraseña indicándole una sección concreta dentro de la página. Perla conocía la dirección, sabía que era de alto contenido pornográfico, incluso la había recomendado a algunos clientes. Sin duda el muy vicioso estaba suscrito a ella. Picada por la curiosidad entró en el acto. Le decía que pinchase «Noche loca» dentro de «Orgías desenfrenadas» y que mirase con atención a la protagonista. Perla pensó que alguna de sus chicas había dado el salto a la fama y se reclinó excitada en el sillón. Sonó la música y se encontró con cuatro adolescentes revolcándose en una cama. Prescindió de los chicos y buscó la cara de la muchacha. Entonces dejó de resultarle familiar para reconocerla: era Reyna, su hija, su pequeña niña. «No se le veía bien la cara, pero yo la identificaría a oscuras. Además todas las Valtueña tenemos una manchita de nacimiento en la nalga, así, como un plátano, ¿recuerdas?». Asentí. Reyna también la tenía y allí estaba su antojadizo lunar en primer plano, bajo unas garras lascivas, crapulosas.

Se quedó sentada, viéndolo una y otra vez, muerta, insensible. Entró en todos los apartados, la buscaba en todas las secuencias, la veía en todos los planos. Gemía. Se rompió una uña al clavarlas en la palma de la mano... Era Reyna, no le cabía duda alguna. Le ardían los ojos pero no podía ni llorar, aunque hubo otras escenas que sí le hicieron soltar lágrimas, a ella que poco le quedaba por ver al respecto. Algunos eran bebés («El asaltacunas»). Y una niña con un perro («Zoobaby»). Y atrocidades que ni diez generaciones de Valtueñas habían practicado.

Perla sabía que esas cosas existían, faltaría más, formaba parte tangencial de su negocio. Pero las Valtueñas siempre pagaron bien a sus chi-

cas, entraban y salían de allí por propia voluntad, eran profesionales, no colgadas, advenedizas o forzadas. En cierta medida la *Maison* era un clásico, cobijaba relaciones consentidas entre adultos. Ya en tiempos de su madre paraba allí lo mejor y más granado de Salitre. Nunca se admitieron menores de edad. Reyna siempre lo llamaba «el negocio de mamá» y nunca parecía haberle dado importancia. No hubiera jurado que su hija fuera virgen, tampoco se lo había preguntado. Sospechaba que había un chico, últimamente andaba rara, desaparecía los fines de semana, pero participar en orgías era otra cosa. ¿Qué hacía allí Reyna? ¿Quiénes eran aquellos mastuerzos? Con su mentalidad empresarial lo tuvo claro ¿Quién la estaba explotando?

Con la frialdad que da la desesperación, se bajó el vídeo, se sirvió un whisky doble y empezó a pasarlo a cámara lenta, escrutando cada detalle del entorno. Buscaba una pista entre los escasos muebles y adornos dispersos por el lugar del rodaje. Parecía una habitación grande, aunque apenas se veía más allá de los bordes de la cama. Pero en un barrido algo llamó su atención. ¿Qué se veía en la pared del fondo? No podía ser. Parecían sombras, recortes. Congeló y amplió la imagen. No lograba nitidez pero con el zoom se veían claramente: veletas. Eran veletas, con forma de gallo, de castillo, de sirena. Sólo podía haber una persona en el mundo que poseyera aquella colección. Y ella le conocía... Seguramente el mismo que había grabado aquella porquería. *De dónde saca, pa tanto como destaca...* Un sudor frío le recorrió la espalda. Luego Manfredo y Reyna se conocían... Buscó en la guía su número de teléfono, pero no figuraba. Consiguió el del móvil a través de un cliente. Le llamó durante todo el día, pero Manfredo no dio señales de vida ni respondió a los mensajes que le dejaba en el buzón de voz. Podía tenerlo desconectado,

o encontrarse sin batería, sin tarjeta o sin cobertura. Y tal vez no se hallara en casa, pero algún día, a alguna hora volvería. Sabía dónde quedaba la mansión de Manfredo, así que se dirigió allí, decidida a esperarle el tiempo que fuera menester.

Aparcó su coche frente a la solitaria casa, construida en una ladera de la montaña que limitaba Salitre. «A veces íbamos allí. No lo reconocerías. De pequeñas nos parecía un bosque y apenas había dos chalets centenarios escondidos en la espesura. Ahora está totalmente urbanizado, con colonias de adosados, carretera flanqueada por magnolios y farolas estilo imperio. Y un perro en cada casa». La de Manfredo quedaba al final de la cuesta y estaba aislada, nadie iba hasta allí si no era expresamente, además a Manfredo nunca le gustaron los animales, así que ningún chuchó delató su presencia. Los vecinos no vieron más que un coche aparcado a su puerta toda la tarde. Hubieran tenido que acercarse y mirar dentro descaradamente para distinguir a aquella elegante mujer con cara de ultratumba, tan empequeñecida en su desgracia que apenas sobresalía del asiento. «Ni yo misma me reconocía en el espejo cuando me atrevía a mirarme. Pero Manfredo sí que me controló y supo de sobra a qué se debía la visita». Apareció a las once de la noche, hacía tiempo ya que dormía el barrio y se había apagado el último ladrido. Perla se había dado como plazo hasta la medianoche, si no intentaría entrar. Menos mal que no lo hizo porque la verja estaba electrificada y las alarmas conectadas. Había instalado varias para mayor seguridad. La invitó a seguirle con el coche mientras las iba desconectando. Al intentar salir del auto casi se cae, Manfredo intentó sujetarla pero lo apartó de un violento empujón. Pareció achicarse. «Me tiré a él pero sólo llegaba a darle puñetazos en el pecho, casi me sujetaba las dos manos con una sola. Me sentía ridícula e

impotente, pero conseguí darle una patada en la espinilla de la que me enorgullezco, sangraba y todo. Y le mordí un dedo con tanta fuerza que partí un diente, mira». Era verdad, lo tenía roto. Él, a cambio, le dio dos tortazos que la sentó en el suelo. Después, entre imprecaciones y juramentos, cojeando, la ayudó a levantarse y entraron en casa. Mientras la dejaba llorar mansamente, Manfredo sirvió whisky para los dos. No hacía falta pedir explicaciones, sobradamente sabía las que se esperaban.

Empezó a hablar remontándose a sus orígenes, como si pudiera justificar aquellas filmaciones haber nacido en un pueblo, en una familia de siete hermanos, ser pobre. Manfredo nunca se resignó a esa suerte. Fue el único de los siete que alcanzó el bachillerato. «Este vale», dijo el maestro. Para ello tuvo que ir a vivir a Salitre a casa de unos tíos. Las estrecheces que pasaba también aquel hogar le obligaron a arrimar el hombro. Con apenas doce años ya sacaba para sus gastos ayudando en un almacén a descargar camiones. Con catorce trabajaba de estibador falseando la edad. Con dieciséis le conocimos nosotras puliendo en el instituto. El resto de su historia es conocida. Hasta el momento del viaje, aquel misterioso paréntesis de siete años que le cambió la vida. Por entonces ya había vendido La Veleta. La escasa visión práctica de Manfredo le había generado deudas muy superiores a los beneficios. A esas alturas, el invernadero, con la cosecha a punto de recoger y vendida anticipadamente, se convirtió en su única esperanza de librar los préstamos. Pero algún desaprensivo (fiador, enemigo, conocido o simple ladrón) había entrado una noche en la instalación, reduciendo a la nada la esperanzadora y frondosa plantación de *cannabis xátiva*. Se desvaneció su última esperanza y no le quedó más remedio que poner pies en polvorosa con el crédito de la tarjeta, el metálico que le había dado Perla y un

par de direcciones en el bolsillo. Una fue inútil, la otra le abriría las puertas de un negocio de proporciones incalculables.

Tenía un contacto en Caletres, un sujeto de poca monta que se dedicaba a servir a las mafias instaladas allí. A Manfredo le asignó la distribución de vídeos pornográficos a domicilio. El móvil le sonaba durante todo el día, pero especialmente de noche. Se compró una moto. Pronto conocería las preferencias sexuales de sus clientes: heterosexuales, homosexuales, sadomasoquistas, zoofilia, dominación, bestialismo, pedofilia... Hacían copias y las alquilaban o vendían, pero era muy difícil conseguir los originales. Y entonces a Manfredo se le ocurrió una idea. ¿Por qué no los producían ellos mismos? No tenía que ser tan difícil. Viajó a Polester, el país donde estaban ubicados sus proveedores, estudió el sistema y regresó convencido. Necesitaría capital para la inversión inicial, pero si todo salía bien esta vez podría devolverlo. Y ganar. Mucho. Ser rico. El sueño de su vida

Sabía vender las ideas como nadie. Su amigo consiguió el dinero necesario a través de un mafioso de la Costa de Oro que le utilizaba como correo. La comercialización se mantendría en el sur, era un mercado consolidado y allí estaba el socio capitalista. La «industria» se montaría en el norte para despistar, la estrategia parecía sensata. Manfredo se compró el coche más caro del mercado y volvió a Salitre. Devolvió a Perla el dinero, liquidó los pufos pendientes e hizo aquel fastuoso chalet en las afueras, aislado y protegido por impresionantes medidas de seguridad. Sabía lo que era que entraran a robar en sus propiedades. Y lo que podía suponer, en este caso.

La casa ocultaba un estudio de grabación y reproducción. En aquel escenario se filmaron las primeras películas. Porno duro entre hombres

y mujeres. Aquellas muchachas que aparecían en las revistas con él. Pero llegó Internet. El salto amplió los horizontes del mafioso inversor, el negocio del vídeo se quedaba pequeño para las ganancias que se aproximaban. Empezaron a exigirle más producción, más variada. Necesitaba ampliar la gama de productos. Y una tapadera. La fundación municipal le garantizó las dos cosas. Después vendrían las discotecas, donde indiscretas cámaras ocultas en los servicios permitían a los internautas espiar en tiempo real a sus ocupantes desde el hogar o la oficina, cómodamente sentados. Voyeurismo pero sin riesgos. Las suscripciones a la página se multiplicaron y sus ingresos también. Lo había conseguido.

Manfredo, bajo el alias de *papapiufo*, trabajaba para una red dedicada a la distribución de pornografía a través de Internet. Desde la dirección de Salitre se remitían las imágenes al servidor, que estaba en Caletrés, y de allí a más de 60 servidores en otros 40 países. La estrella era la pornografía infantil, ofrecían imágenes de niños inducidos a prácticas sexuales, pero también *webcam* en directo y la compraventa de jóvenes vía catálogos web. La calidad digital era impecable. La organización se anunciaba en el teletexto de una conocida cadena privada de televisión y recibía los pedidos a través de una dirección de correo electrónico. Por el mismo medio, a través de una lista de distribución, se alertaba a los suscriptores de las novedades. Al catálogo se accedía mediante una clave que se podía obtener en ese mismo correo. Los menores allí expuestos eran de diferentes nacionalidades, pero en su mayoría de raza blanca. Y algunos de Salitre.

Aunque sean iguales los niños negros o indios que los blancos, se pagan mucho mejor estos últimos, tan finos, tan rubios, tan escasos. Sus congéneres del tercer y cuarto mundo nacen ya vendidos masivamente al

turismo sexual, los que tienen suerte de no morir o que los maten primero, no se sabe cual es mejor destino. Un niño cuesta menos que un souvenir y no hay que cargar de vuelta con él, lo había visto en algún viaje y nunca lo olvidaré. Aquellos niños y niñas lacrados, mutilados, envilecidos, adultos prematuros que morirán sin haber vivido, que no tienen infancia, ni sueños. Juguetes rotos en las fauces y las ingles de animales que gozan de caprichos prohibidos a módico precio, lejos de su puritano entorno.

Había visto atrocidades y el resultado de las mismas y nunca soporté el conformismo de la miseria, la ignorancia y la religión, que justificaban su entrega por las familias a cambio de un plato de lentejas, el que ahorran de su manutención. Y ahora ese producto formaba parte de nuestro producto interior más bruto. Estaba horrorizada.

La famosa Fundación de Bienestar Social era una tapadera. Efectivamente se ocupaba de los menores desamparados, excluidos, pobres, inmigrantes... Desarrollaba numerosos programas de integración hacia estos colectivos marginales y marginados, en los que se alternaban actividades formativas y lúdicas, sin saber que el verdadero riesgo lo corrían en aquellos famosos campamentos de verano que se organizaban en Montiel.

En Montiel, un pueblo de la sierra, Manfredo había adquirido en nombre de la fundación unas antiguas escuelas, que tras ser reformadas servían de albergue. Lo que todos ignoraban era que, una vez allí, algunos niños eran drogados y mientras se hallaban en estado letárgico unos supuestos educadores cometían con ellos tropelías y vejaciones, incluso utilizando animales.

Estos monitores, que desaparecieron del mapa una vez muerto el jefe, eran dos mujeres y dos hombres con amplios antecedentes y una

ficha policial honorífica en el Grupo de Delincuencia Organizada. Habían obtenido la concesión de la explotación del alojamiento cuando salió a concurso público tirando a la baja y nadie se había molestado en comprobar su expediente ni sus referencias. En el pueblo tampoco habían levantado sospecha alguna. Al contrario, paraban en el bar a echar la partida por las tardes y a los vecinos les alegraba tener tanto chiquillo por allí. En total, entre todos los turnos pasarían por allí cuatrocientas criaturas al año. Algunas recibieron un trato especial...

«¿Reyna había ido a esos campamentos? ¿Fue allí donde la grabó?». Perla meneó la cabeza, «Jamás estuvo de campamento, siempre veraneamos juntas. No, no fue allí, es mucho peor». Suspiró acordándose de ello y empezó a contarme la historia de mi tocaya desde el principio. Hasta el año pasado, Perla y su hija habían disfrutado de una convivencia perfecta. Entre ellas había mucho más que una relación materno-filial: jugaban juntas, salían como dos amigas, hacían planes y tomaban las decisiones a medias, lo hablaban todo, no tenían secretos...

Reyna tuvo una infancia feliz. Iba al colegio del barrio, tenía muchos amigos y amigas. Como era una urbanización nueva, la mayoría de los vecinos eran parejas jóvenes con chiquillos de su edad. En el parque hizo Perla algunas amistades, pero nunca les contó a qué se dedicaba. Como tenía horario nocturno, la mayoría ignoraban hasta que trabajaba. Para Reyna nunca fue un baldón su procedencia, no le supuso ningún trauma que su madre regentara una casa de citas, aunque en virtud de un tácito acuerdo tampoco lo pregonara. Pronto comprendió la particular idiosincrasia de aquella familia monoparental y aunque nunca mostró especial interés por la *Maison*, la consideraba de su propiedad. Perla llegaba de madrugada, pero la niña siempre estuvo bien atendida y

jamás quedó sola, nunca le faltó nada (incluso tendría de todo en exceso, conociendo a mi amiga).

Con Reynita, Perla volvió a ser niña, volvió a descubrir la naturaleza, a ponerse nerviosa la noche de Reyes, a inventar el lenguaje, a aprender los números, a distinguir los sabores, los colores, los olores, las materias... La hija heredó el gusto por los modelitos de su madre, con seis años ya escogía su propia ropa y disfrutaban las dos buscando luego por los rastrillos complementos para el pelo, pendientes, anillos y pulseras. Era muy coqueta (lo llevan también en los genes), pero además salió buena estudiante (al contrario que su madre, que siempre andaba con alguna asignatura colgando) y eso llenaba de orgullo a mi amiga. Lista, buena, guapa, cariñosa... Por primera vez una Valtueña se planteó romper la tradición. Perla empezó a tejer sueños para su hija, grandes planes que se proyectaban más allá de Salitre, sería la primera de la familia que estudiara, quizá llegara lejos, si no, siempre tendría donde volver. Preparándose para una buena carrera, a los doce años decidieron cambiar de colegio. Buscaron el mejor, uno que estaba cerca de Salitre, en el entorno rural, a unos quince kilómetros. Tenían canchas y polideportivo, caballos y una enorme extensión de finca con árboles frutales, huerto propio y amplia gama de oferta extraescolar e idiomas. A las dos les pareció perfecto. Las primeras evaluaciones obtuvo unas calificaciones excelentes. Las profesoras la felicitaron.

Y de repente, el prometedor árbol se torció. Perla echaba la culpa al cambio de colegio; a nuevas amistades, desconocidas e incontroladas; al cambio de costumbres, ahora se salía toda la noche, había locales abiertos noche y día, llenos de jóvenes a rabiar... a todo menos a la propia hija. Supongo que con las personas amadas te engañas hasta que es

demasiado tarde y aún sigues negando la evidencia después. El caso es que Reyna empezó a volar por su cuenta, a estirar la goma más y más, sin calcular el retroceso. Primero salía por las tardes, luego por las noches; primero era el sábado, luego también el domingo y después fue el viernes. Y últimamente no aparecía por casa en todo el fin de semana. ¿A qué se dedicaba? Parece ser que a rodar por los bares de moda con unas y otras pandillas, siempre en compañía de gente mayor que ella, ir a discotecas, a fiestas... Perla estaba convencida de que se metía algo, pero no tenía pruebas y la pequeña se cerraba en banda ante cualquier insinuación. No sirvieron ni reprimendas, ni encierros, ni castigos, hasta llegó a levantarle la mano, pero cada nueva acción en este sentido solamente contribuía a empeorar las cosas. Amenazaba con irse de casa, con suicidarse. Y Perla empezó a ceder. Tal vez sólo quería divertirse, quizá le había impuesto metas demasiado altas. Quiso pensar que sería una fase, una etapa de la adolescencia, intentó llevarla a un psicólogo pero, aunque accedió y llevaba acudiendo unos meses a la consulta, de momento no servía de mucho. Se convenció gradualmente de que le pasaría, estaba descubriendo el mundo, ahora empezaban antes. Así y todo, le parecía demasiado pronto, pero ¿quién era ella para decirlo!

Reyna empezó a faltar a clase, las notas cayeron en picado, al final perdió el año. Volvió al colegio del barrio, pero al tener que repetir no coincidió con sus antiguas compañeras, que iban a un curso superior. Se sintió desplazada. La directora avisó a la madre de sus frecuentes deserciones, se descubrió que además falsificaba su firma en los escasos justificantes que aportaba. Abandonó otra vez. Llevaba una temporada en casa, sin hacer nada. «Pero ni loca hubiera imaginado que llegaría a esos extremos». Me miró fijamente, turbios sus ojos verdes, congestionadas

sus mejillas, y dejó caer la mandíbula, derrotada. «Pero, ¿qué te dijo Manfredo? ¿Qué explicación te dio? Si no fue en un campamento, ¿dónde la conoció?». Y lo que aun era más terrible: «¿Sabía que era tu hija?». Eso era también lo que Perla necesitaba saber, por eso había ido allí.

Cuando acabó con los prolegómenos, Manfredo entró a saco en la materia. Llenó el vaso de whisky hasta arriba antes de empezar a hablar y le ofreció a Perla. «Lo vas a necesitar», le dijo, el cínico. Tomó aire, exhaló un hondo suspiro y arrancó: «Conocí a Reyna por casualidad, el verano pasado. No sabía que era tu hija al principio. Yo estaba en la *Factory*, no sé si te suena, una de mis discos. Se celebraba una *rave*, fiesta salvaje es la traducción (aclaró al ver la cara de ignorancia de Perla, parecida a la mía cuando me lo contó). Se congregan en un fin de semana cientos de jóvenes a bailar como posesos durante horas, resulta muy excitante. Mucho neón, láser, humo, psicodelia, pastillas y el rey dios, que es el DJ (disc jockey), pinchando desde su trono celestial. Me fijé en ella por lo guapa que es, además se parece a ti cuando tenías su edad, perdona, mejora bastante la raza, si he de serte sincero. Y sobre todo porque se había subido a bailar a un andamio de la decoración y amenazaba caerse del colocón que tenía. Ordené al guarda de seguridad que la llevara a mi despacho. Le pregunté por sus amigos, si quería que los buscara o llamara a sus padres. Me dijo que estaba sola, que no tenía a nadie en el mundo. Aquella primera vez no pasó nada, dejé que descansara en un reservado y se marchó. Pero empezó a frecuentar la disco, le presenté a algunos chicos y sucedió lo inevitable, para eso les pago. Ella no sabía que la estábamos grabando, la habitación tiene una cámara oculta tras el espejo. No fue más que un par de veces, me gusta renovar el material y así las chicas no llegan a sospechar. No te creas, no es ningún secuestro,

van por propia voluntad, aunque creo que la mayoría ni se acuerdan al día siguiente, ya procuramos que lleven un poco obtusa la neurona. Y si lo recuerdan supongo que no se sentirán muy culpables. Un desliz en una noche de pasón lo tiene cualquiera». «¿Qué se mete Reyna, Manfredo? ¿Lo sabes? ¿Se lo pasas tú? No estará colgada del caballo...». Perla se había puesto en lo peor. «No seas antigua, monada. Tu hija se mete todo lo que pillá, pero de ello probablemente los porros y la coca sea lo único que tú conoces. No, no te preocupes, la heroína es muy cutre, está casi erradicada entre los jóvenes, hay drogas más modernas. Yo no me pringo, pero hago la vista gorda en los locales y es lógico que mis chicos se quieran sacar un sobresueldo. Que conste que Reyna ya se ponía antes de conocerla yo. De lo otro no me puedo disculpar, sabía lo que pasaría cuando les presenté, está concertado, forma parte del negocio. En mi descarga diré que entonces no sabía que era hija tuya, lo supe hace poco. Trabajo me costó sacárselo pero al final estaba convencido de que tenía que ser. No coincidía la edad, pero habláis igual, tenéis gestos iguales, decís las mismas cosas. Pariste un clon, Perla». «¿Le confesaste que nos conocíamos, que éramos amigos?». «No. No tuve valor. Además si se daba cuenta de que tenía tu edad me vería como su padre, no como un colega». Manfredo se sirvió otra vez y le rellenó el vaso. «Por otra parte, nosotros éramos amigos, Perla, éramos, en pasado. Te recuerdo que fuiste tú la que te distanciaste, la que me diste con la puerta en las narices. Desde que nos conocimos, me cogiste y dejaste a tu antojo y cuando volví de Caletres me arrojaste definitivamente de tu lado ¿Por qué? Hubiéramos hecho una buena pareja, con tu ciber saloon en nuestro dominio hubiéramos arrasado, pero no me dejaste ni proponértelo. Estuviste un tanto borde, si te soy sincero. No soy un lince, pero resul-

taba fácil ver que la señoritinga ya no quería saber nada de sus amistades, había emprendido una nueva vida. ¿Cómo iba a revelarte a qué me dedicaba? ¡Tú eras la competencia! Además la base de estos asuntos es la discreción y la confianza, y tú jamás me diste tu nueva dirección ni tu teléfono, no quisiste saber nada más de mí. ¿Es eso fiarse? ¿Eso es amistad? Ni siquiera me habías mostrado nunca a tu hija ¿cómo iba a saber yo quién era? Yo te quise mucho, Perla, éramos muy jóvenes, pero entre nosotros ya no hay nada. Y entre Reyna y yo ahora sí. Por cierto, mira que eres sentimental, llamarla como nuestra difunta amiga... pronto olvidaste que te dejó plantada» (enrojecí, pero tenía razón...). Perla no podía creer lo que estaba oyendo. La penúltima frase de Manfredo la había partido en dos. «¿Cómo dices? ¿Qué insinúas, por Dios, Manfredo? ¡No puede haber nada entre mi hija y tú!». Por un instante pareció abochornado, pero sólo fue un momento. Cuenta Perla que lo debió pensar dos veces, pero escogió la huida hacia delante, se le vio claramente en el gesto que sabía el daño que iba a hacer. «No se puede decir que seamos novios, eso ya no se trae, pero salimos juntos de cuando en cuando». Se regocijó con la cara de estupor de Perla, convertida en estatua de sal. «Tu hijita viene mucho por aquí. Follamos, Perla, follamos, ¿Cómo explicártelo que lo entiendas? Tú también eras muy juguetona, ¿recuerdas? Y ella también quiere jugar, de qué te extrañas. Armas de mujer en cuerpo de niña. Como Lolita no tiene precio, se nota que heredó la sabiduría de las Valtueña. ¿Tiene gracia, verdad? Primero ligo con la madre y después con la hija». A pesar del vacile, Manfredo estaría nervioso. No debe de ser fácil decir eso, aunque seas muy chulo.

A estas alturas mi amiga tenía la expresión desfigurada: «Y yo que quería que estudiara, que fuera una chica normal, como tú, con una pro-

fesión que le permitiera viajar, ser ella misma, rica y famosa o pobre y bohemia ¡qué sé yo...! Lo que quisiera, pero feliz, Reyna, feliz...». Pero la otra Reyna había abandonado los estudios, se había liado con un hombre que le triplicaba la edad, un traficante de menores, el ex amante de su madre.

«Tiene 14 años, Manfredo. Catorce. Recién cumplidos. Es una niña». Estaba sorprendido. «¡No lo sabía! Me dijo que tenía 16, parece mayor de lo que es. La verdad es que no me paré a echar cálculos, tenía que haberme dado cuenta de que no cuadraban, que me engañaba. Hay que ver, para que te fíes de las niñas. Un pedazo de mujer, tu hija. ¿Quién fue su padre, que nunca me lo dijiste?». Perla me dijo que llegado ese momento se levantó y se puso frente a él, erguida, mirándole desde arriba. «No me mires así, que me das miedo. ¿Quién es el padre? Anda, dímelo...», emitió tras una risa falsa. Perla no movía ni un músculo, tan sólo clavaba en él sus ojos, acerados como puñales. Manfredo se revolvió inquieto en el asiento, pero Perla no le veía. Uno a uno fue repasando los Manfredos que había conocido, pero en ninguno lograba reconocer a aquel extraño que la miraba confuso. Tardó en abrir la boca, fue sucinta cuando lo hizo. «Tú». Quedé atónita con la declaración, pero las sospechas de mi retorcida mente se iban confirmando. Luego había habido algo entre ellos, algo muy grande, una hija, nada menos. Perla siguió, ajena a los desvaríos de mi mente. «Él era su padre, se había estado tirando a su propia hija. Era incesto, pero ellos no lo sabían... Estaba embarazada de tres meses cuando él se fue la primera vez y no le había dicho nada, tampoco se notaba mucho. Cuando volvió le mentí sobre la edad de la niña, le dije que era incluso más pequeña, que había sido engendrada en su ausencia. Si hubiera restado años cuando se enteró de que era hija mía,

se hubiera dado cuenta de que no podía tener los que decía, le hubieran salido menos todavía. Estoy convencida de que sí se percató, pero no quiso reconocerlo ante mí. Ni ante ella, seguramente. Le convenía seguir con el equívoco. Era un sinvergüenza, merecía acabar como acabó».

El caradura se desmoronó con la inesperada revelación, creo que se vio por primera vez como un monstruo. La falta de escrúpulos no está reñida con el corazón. Aunque se creyera en posesión del secreto de la eterna juventud y hubiera vendido su alma al diablo, fue consciente de que había perdido algo más importante: la moral, la integridad. La ocasión de su vida. Siempre había querido tener descendencia, formar una familia numerosa, como la suya, en los momentos de debilidad lo reconocía. Con Perla había tenido esperanza de conseguirlo en algún momento de aquella larga y arrítmica relación. De hecho, al principio estuvo convencido de que aquella niña tenía que ser suya, si lo hubiera pensado bien, la misma tenacidad de Perla en alejarle y convencerle de lo contrario debería haberle hecho sospechar. Pero, por otra parte, le costaba creer que le ocultara algo así, nunca llegó a sospechar que pudo ser utilizado. Su orgullo se lo impedía. Esta era la primera noticia de su paternidad y estaba claro que principio y fin de la misma. Intentó retenerla, preguntar, disculparse, retractarse... Pero Perla marchó, ya no tenía más que decir y aún le quedaba mucho por hacer: tenía que hablar con su hija. «Qué bajo caíste», fueron sus palabras de despedida. A sus espaldas quedaban una botella vacía y un guiñapo humano.

Yo le hubiera matado y supuse que ella lo había hecho. Pero Perla juró que no. Lo pensó, tenía el motivo, tuvo la ocasión, pero careció de la suficiente sangre fría. «No le maté, te lo juro. Estuve allí, sí, pero fue la noche antes de su muerte. Yo le dejé vivo. Tocado, hundido, pero vivo.

Me dio pena verle como él se estaba viendo por primera vez a sí mismo. Un viejo verde, un sátiro, un pervertido. Quizá se suicidó, quizá no pudo resistir los remordimientos». Ni ella misma se lo creía, se la veía poco convencida.

No pudo dormir en toda la noche pensando que había arruinado la vida de su hija con aquella estúpida ocultación. Estaba perdiendo lo único que poseía por no hablar claro, por ceder a destiempo. Tenía que haberle dicho que se había equivocado al elegir, prevenirla contra la clase de sujeto que era su padre, contra esa clase de sujetos. Debía haberla vigilado, controlado paso a paso. Así que se drogaba con esa mierda de pastillas. ¡Cómo no había caído! Y los esbirros de Manfredo se las proporcionaban... ¡Menudo negocio tenía montado! Decía que ya la conoció colocada, ¿quién la habría metido por ese mundo? Daba igual. Perla sabía lo fácil que es entrar, hay mil formas, todas inocentes, inocuas a primera vista. Lo difícil, a veces imposible, es salir. Los primeros peldaños se bajan despacio, alegremente pero con cuidado, sin embargo los últimos se descienden rodando. ¿A qué altura de la escalera estaría Reyna? ¿Estaría enamorada de Manfredo? ¿Sería verdad que se acostaban? ¿O era una venganza? No podía ser, tenía que habérselo inventado, si quería una satisfacción a sus agravios había otras formas de obtenerla. No imaginaba que le guardara tanto rencor por aquel distanciamiento provocado. ¿Cómo pudo confundirse tanto con él? Pobre niña, pobre Reyna, pagando por los pecados de su madre. La ceguera el primero. Era su obligación haber detectado que algo muy grave estaba pasando. Pero ella confiaba en Reyna y el amor usa gafas de madera.

«Tú no sabes lo que se puede querer a una hija». Lloraba afligida. No lo sabía. Pero algo más que el nombre empezaba a unirme con mi

tocaya. Podía reconocer el vacío en cualquier parte y aquella chiquilla se había lanzado a él. Probablemente lo que decía el finado fuera cierto, todo habría empezado mucho antes, no le hizo falta su ayuda para iniciar el descenso, pero cogida de su mano caía ya en vuelo libre. El colchón que su madre le había fabricado no estaba preparado para amortiguar los golpes que da la vida, o quizá nadie está preparado para encajarlos. O tal vez la vida es una sucesión de golpes, a veces los das, a veces los recibes.

Al día siguiente de la conversación con Manfredo, por la mañana temprano, despertó a Reyna y empezó a hablarle sentada en el borde de la cama. Le dijo que había visto los vídeos en Internet, que estaba arruinando su vida, que Manfredo era un monstruo, que acabaría en la cárcel. Que había hablado con él, se conocían de antes, sabía que se acosaban pero sólo estaba abusando de ella. Y que era su padre. A la criatura le cayó como un mazazo. Primero lo negó todo, pero luego se puso muy nerviosa, empezó a insultarla, a ponerse violenta. Llegaron a darse bofetadas, tirones de pelo y empujones. Hasta que Reyna se rindió encima de la cama llorando y le pidió que la dejara sola, necesitaba estar sola. Perla salió y fue a la cocina a preparar un café, pensó que les templaría los ánimos. Mientras encendía el fuego escuchó cómo se cerraba la puerta de la calle.

Reyna se había escapado, había salido sin despedirse. Mi pobre amiga creyó morir, era lo que le faltaba, ya no podía más. Estaba tremendamente preocupada porque ya se había intentado cortar las venas una vez, cuando le había propuesto marchar de Salitre e iniciar una nueva vida en otra parte. Era su forma de amenazar, había dicho el psicólogo, y Perla tenía miedo de que lo pretendiera repetir. Se arrepintió de todo lo dicho, de todo lo hecho, de todo.

La buscó por la playa, subió a los acantilados, llamó a las amigas por si sabían algo y fue a casa de Manfredo por si hubiera ido allí, pero desde fuera parecía estar desierta. No se atrevió a saltar la verja. Como el día anterior, tampoco hubo forma de conectar con él a través del móvil. Dio vueltas con el coche por toda la ciudad hasta las tres de la tarde, cuando volvió a casa por si la niña regresaba. Aún no había llegado. Tomó un tranquilizante y se quedó dormida en el sofá hasta que la música la despertó. Eran las ocho y Reyna estaba encerrada en su habitación con un disco puesto a todo volumen. Le dijo que estaba cansada, que la perdonara pero no iba a abrir, todo estaba bien, que no se preocupara. Su madre insistía en verla, en saber dónde había estado, pero, como solía ser frecuente, el eco de su voz se hizo añicos contra las pegatinas de la puerta, esas horteras pegatinas de cantantes.

Cuando la dejó por imposible fue al baño, donde se encontró que Reyna se había duchado y puesto la lavadora. Perla se extrañó, pues jamás ponía una colada, no sabía ni cómo se hacía; tenían una chica que limpiaba y que le recogía hasta las bragas del suelo de la habitación, reñían siempre por eso. Miró la temperatura, por supuesto se había equivocado y estaba lavando prendas delicadas en un programa caliente. Perla las sacó para tenderlas y, temiendo que se hubieran estropeado, las revisó al trasluz. El pantalón y la chaqueta tenían la sombra de unas manchas sospechosas color marrón parduzco. Hubiera jurado que era sangre. Inmediatamente la imaginó malherida, seguramente había tentado de nuevo la suerte. Corrió con la ropa en la mano a aporrear la puerta, pero esta vez se abrió. Reyna la convenció de que había estado tumbada al borde del acantilado, pensando y que las manchas eran del suelo, que estaba embarrado; la llamó paranoica y prefirió creérselo.

Pero al día siguiente los periódicos trajeron lo de Manfredo. Perla no le dijo nada a Reyna, esperó a ver cómo reaccionaba. Ésta se levantó tarde, nerviosa, marchó de casa sin desayunar y no volvió hasta la hora de comer. Un muro de hielo dividió el mantel, sus miradas no coincidieron ni una vez, pese a que no se perdían de vista. Reyna pasó la tarde en casa encerrada en su habitación, Perla en el salón. Cuando la sintió apagar la luz salió a dar un paseo, a espabilar, a pensar, fue cuando me encontré en la Atalaya.

Volví al lugar que Reyna le había dicho, no se podía quitar las manchas de la cabeza, estaba convenciéndose de que eran de barro, salpicándose las medias, mirando el precipicio como imaginaba que habría estado haciendo ella, pensando en dar el paso fatal, definitivo. Aunque a todos se nos ocurra alguna vez, pocos lo hacen. Pero Reyna se lo estaba proponiendo con demasiada frecuencia. ¿O no? ¿O estaba involucrada en la muerte de Manfredo? ¿Había matado a su padre y lo estaba ocultando? ¿De quién era la sangre, si lo era?

Recordé su carita de niña asustada, sus ojeras, aquellas pupilas claras, como su madre, leyendo compulsivamente los diarios, buscando la letra pequeña, los detalles en las páginas de sucesos. Repetí lo que decían en la tienda: «Pasa muchas veces, es fácil apretar el gatillo... lo de Manfredo pudo ser un accidente, Perla, y las manchas pueden ser de barro, había llovido». Me miraba sin oírme, los ojos cuajados de lágrimas: «Quiero que tú hables con ella. Este sábado es Comadres» —me miró con añoranza—. «¿Te acuerdas?». Enrojecí pillada en falta. No había pensado en otra cosa desde que la adiviné entre la bruma, pero no estaba escrito que fuéramos a saldar cuentas tampoco en esa ocasión.

Le pregunté qué temía en realidad, si tenía miedo de que lo hubiera matado. Me sentí muy mal pensando eso y peor aún diciéndoselo. Asintió con fuerza. «Tienes que ir a Comadres, Reyna, habla con ella, nunca se lo pierde. Hazlo por mí. Necesito tener la certeza o descartarlo, pero no puedo seguir con esta duda que me emponzoña y ella puede acabar muy mal». Iba a ir con unas amigas del barrio, sabía que estaba yo aquí y también sentía curiosidad por conocer a la que le había dado el nombre. Le prometí que lo intentaría. La intriga era mutua y además quería ayudar a Perla. Y hacía veinte años que no iba a Comadres.

* * *

Acaban de llegar de compras, bajaré a saludarlas y subiré otra vez, a ver si trajeron cerveza, estoy seca. Encenderé la luz, de paso, empieza a oscurecer. Tendré que cerrar la ventana para que no entren mosquitos.



La fecha de Comadres se celebraba únicamente en Salitre, aunque el matriarcado protohistórico al que decían que se remontaba era común a todo el territorio norteño. Se trataba de un acontecimiento anual que nunca nos perdíamos y en el que La Roja participaba activamente. Ya de pequeña íbamos todas, con las pescaderas y las vecinas, y así hacían las tejedoras, las tenderas, las obreras de las fábricas de tabaco, conservas, textil y vidrio, las limpiadoras, las enfermeras, las maestras...; todas las mujeres, agrupadas por afinidad sanguínea o laboral, desde tiempos inmemoriales, se reunían aquel primer sábado de marzo.

Los actos se iniciaban por la mañana, con un pleno de mujeres en el ayuntamiento, voladores, campanas, bandas de música, comparsas y un desfile gremial donde las componentes y participantes eran exclusivamente del sexo femenino. Y aunque la fiesta se extendía por toda la ciudad y las faldas tomaban los lugares públicos (era la correspondiente tradición que los hombres no pisaran la calle ese día), el acto principal era la merienda-cena que se organizaba en el recinto ferial, muy cerca de la playa.

La fiesta consistía en congregarse para merendar, calentarse con la bebida, disfrazarse, cantar, bailar, criticar a los grandes ausentes y reír, sobre todo reír. Porque siempre empezaba alguna y nos contagiábamos todas rápidamente. Era una purificación colectiva, desbordante, mucha risa pasábamos en Comadres. Tardé en ser consciente de que, para la

mayoría, aquello era algo excepcional en su gris cotidiano, en su negro y carmín. Para nosotras era todo mucho más sencillo, no había otro sexo al que rendir cuentas y sólo era motivo de celebración. Además, Manola estaba siempre en la organización, porque había formado parte del grupo que recuperó la fecha tras la guerra y la dotó de contenido social, y era como si fuera un poco nuestra. El núcleo inicial estaba basado en la agrupación de colectivos de trabajadoras de la industria local. El hecho de que tuvieran un sueldo les permitió avanzar, vigorizadas por una solidaridad extraordinaria en los desastres y fortalecidas por la expansión del feminismo y los múltiples planes a favor de la igualdad.

Fue en el 2003, ya superados los acontecimientos que estoy relatando, cuando me propuse retomar otra vez la herencia de las abuelas, su lucha por los derechos de la mujer. La fiesta de Comadres empezaba a traspasar las fronteras. Pese a conservarse sólo en Salitre, su crecimiento y expansión empezaban a ser espectaculares, gracias a una sólida organización, muy numerosa y ágilmente estructurada. Y por supuesto a su bimilenarismo constatado, que la convertía en objeto de tesis para los doctores en antropología y sociología.

Muchas eran hijas o nietas de mujeres que crecieron al calor de La Roja y las abuelas figuraban entre las fundadoras, lo que no dejaba de unirme a ellas cada vez más. Su organización era revolucionaria: la asamblea reunía a todas las socias y se estructuraba en comités. Había diez o doce, cada uno se dedicaba en exclusiva a una parcela, podías apuntarte a colaborar en el de prensa, desfile, exposición, bares, comedores, conciertos, residuos, rifas... Ese comité se encargaba de lo que le tocara hasta el final: programación, gestión, contratación, incidencias... Solía estar compuesto por siete u ocho mujeres que se apoyaban en un

número elevado de voluntarias. Después de tantos años, y dado el volumen de gente comprometida, el esquema funcionaba sorprendentemente bien, vamos, que empezaba a ser modélico y a tener imitadores en otros ámbitos y lugares.

Marta me introdujo de nuevo en aquel viejo círculo y pronto me sentí comprometida. Pero me decepcionaba todo aquel capital humano, tanto esfuerzo empeñado en la mera organización de un evento anual. Tenían un gran poder de convocatoria, pero raramente irrumpían en la vida pública con la contundencia del primer sábado de marzo. Era una pena. Estaba claro que se actuaba bien, que el engranaje funcionaba, pero como decía Manola, «¡si las mujeres mandasen, además de trabajar...!».

Siempre había colaborado económicamente en la ayuda humanitaria, pero jamás me había involucrado en labores voluntarias. Recordé las experiencias comunales vividas de pequeña, todo lo que las abuelas contaban sobre la red de mujeres, embrión de una revolución que cambiaría el mundo. Y entonces lo pensé. Fui al Ateneo a concretar la vaga idea que me estaba surgiendo. Convocadas las abuelas, les expuse mis inquietudes, que eran las suyas. Sus espectros asintieron con unanimidad: era hora de moverse... Marta me ayudó a darle cuerpo con toda la documentación que sacamos de su biblioteca y llevamos el proyecto a la asamblea de Comadres de ese año. Se empeñaron en que tenía que ser yo la que hiciera de portavoz, ya que era mía la iniciativa. Al principio me tembló un poco la voz, pero fui creciéndome a medida que desarrollaba las ideas. Noté que las abuelas hablaban por mi boca insuflándome las palabras, que eran las autoras de aquella brillante oratoria, pero nadie más se dio cuenta. Expuse lo que las presentes deseaban oír con el discurso que todas llevamos dentro. Y así nació Avalón, una asociación

creada a partir de lo que había pero que institucionaliza, en cierto modo, la tradicional cooperación entre mujeres.

Es un modelo clásico, sencillo pero efectivo; una coordinadora que aúna todas las ramas femeninas de los distintos partidos, sindicatos y asociaciones y a todos los colectivos de mujeres. También contempla la libre inscripción, que es cada vez más numerosa. Aquí se toman decisiones consensuadas sobre todas las cuestiones que afectan a las mujeres de Salitre y se trasladan luego a los organismos competentes (municipales, políticos, sindicales, vecinales, laborales) instando a su cumplimiento.

Si las leyes se infringen vamos a los tribunales y si hace falta sacamos pancartas a la calle. Lo que empezó siendo una prueba está resultando ocho años después un fenómeno clave. Manola sabía de qué hablaba: el techo de cristal se está haciendo añicos y en el ámbito local los salarios de las mujeres de Salitre están tres puntos por encima de la media.

Pero además Avalón es un portal de portales en Internet que aglutina todos los recursos sobre mujeres de la red. No sólo hay pornografía en el ciberespacio. La tercera generación de comadres, las que ahora tienen la edad de la pequeña Reyna, han descubierto en este sector grandes posibilidades para la asociación. Y no sólo porque algunas se han constituido en empresa, sino porque se ha creado una fundación, del mismo nombre, para la gestión de las ganancias obtenidas.

La Fundación Avalón pretende aumentar la cuota de poder de las mujeres en todos los ámbitos, pero sobre todo en la familia, el germen del cambio, como decía Lola. Por eso se dedica prioritariamente a trabajar con mujeres del cuarto mundo. Son ayudas de pequeña cuantía (préstamos sin interés, avales), pero sabemos que en manos de las madres llegan a los niños y no se entierran en el bar, sirven para algo. Pero además

ellas son mejores gestoras y tienen más visión de futuro, tanto para la inversión como para el ahorro. Es lo suficiente para sacar adelante una iniciativa familiar y hubo pocas que no llegaran a devolver el dinero.

Sé que mi abuela está orgullosa, todas lo están. A veces presiento que no las veré mucho más, tienen ganas de descansar, se nota que ya arreglaron las cuentas pendientes. Me visitan menos y percibo cómo el silencio y la tranquilidad imperan paulatinamente en el depósito...

* * *

Los primeros años, como es lógico, iba a comadrear en familia. En La Roja ese día era muy especial. La noche anterior nos acostábamos pronto, no para madrugar sino precisamente para dormir más y estar descansadas. Hasta mamá se levantaba más tarde esa jornada. Desayunábamos todas juntas, nos arreglábamos como para una boda y salíamos a la calle, donde nos juntábamos con las vecinas y empezábamos a cantar:

Que los hombres no se asomen,
que no salgan este día,
que es la fiesta de Comadres
y estamos de romería.
Les toca cambiar pañales,
fregar y hacer la comida.
Hoy la mujer no trabaja
que la jornada es festiva.
¡Sal a la calle, comadre,
que empieza la romería!

Íbamos con las pescaderas, que eran la charanga más bulliciosa y animada. Perla solía venir con nosotras. Nos emanciparíamos más tarde, en los últimos años. Desfilábamos con ellas, pero después Perla y yo preferíamos seguir solas. Las abuelas y nuestras madres tenían otros gustos, o mejor, los nuestros habían cambiado. Empezaban a rodar los canutos, aunque el alcohol seguía siendo el rey de la fiesta. Como soy muy grande siempre tuve mucho aguante, pero Perla no se quedaba atrás. Nos gustaba revolotear por todos los grupos y así echábamos el día y la noche, comadreando de flor en flor, con la risa fácil y la mejilla enrojecida. No nos separábamos ni para mear, máxime porque solíamos aprovechar la ocasión para liar o criticar, o ambas acciones a la vez. No había secretos entre nosotras. Así todo, la mutación que sufriría nuestra amistad resultaba aún impredecible...

Finalicé los estudios en 1980, el mismo año en que cumplía los veinte. Ya había terminado los exámenes y preparaba la memoria de licenciatura. Estaba plétórica, segura de mí misma, en plena exaltación de los sentidos. En La Roja todo nos iba bien, lo habíamos comentado esas navidades, lo felices que éramos, la suerte que teníamos... Recuerdo que Perla estaba en casa en la comida de Año Nuevo. ¡Celebramos con tanta ilusión aquel cambio de década, fueron tantos los planes, parecía tan viable cualquier locura! Los meses de enero y febrero fueron fríos, como no se recordaba. Tenía que entregar el proyecto de fin de carrera y pasaba los días preparándolo, pero el fin de semana era sagrado. Empezaba los viernes con la comida en La Veleta, y acababa los domingos en La Roja o en la *Maison*, leyendo o dormitando ante el televisor con Perla al lado. Éramos como hermanas, pero habríamos de descubrir el amor verdadero una en brazos de otra, como sin embargo no suele pasar en

las familias. Sucedió el primer sábado de marzo, en pleno efluvio de alcohol, tortilla y pasión. La curva de la felicidad ascendió hasta su máximo nivel. Y después todo acabó. Fue la última primavera que pasé en Salitre, hasta el retorno del 2000.

Aquel día de Comadres habíamos quedado temprano, como siempre, para no perder salto de comba, menuda escuela tenía en casa. Estuvimos todas en el ayuntamiento, en sitio preferente. Aquel año oficiaba Lola de alcaldesa y nos habíamos puesto de tiros largos para el acto. Estuvieron las cámaras y la entrevistaron, en ningún momento perdió aquella magnífica serenidad que la acompañaba. A medida que mi abuela iba avanzando en su discurso, los nervios dieron paso al orgullo, a la emoción.

«Tienes las mejores comadres del mundo», me susurró Perla al oído. Su aliento me estremeció, sentí el calor de su cercanía y una descarga eléctrica me aumentó la frecuencia cardíaca. Estaba mirando a Lola, cuya intervención continuaba, y me sorprendí pensando que quizá aquello había sentido bajo la escalera por mi abuelo, cuando Eros los ensartó en un apagón. Me incliné hacia ella con las mejillas ardientes y le escondí un beso detrás de la oreja. «Tú eres la mejor comadre del mundo...», le dije en un murmullo.

Nos miramos, pero no nos vimos. Fue un encuentro fugaz, un choque de planetas predestinados por su trayectoria. En nuestro microcosmos, éramos estrellas tan cercanas que la colisión fue inevitable. Ella fue abrasada por el tizón de mis ojos y yo me hundí en el lago esmeralda de los suyos. En un instante eterno algo cambió para siempre entre nosotras, pero aún nos negábamos a entender lo que sentíamos. Roto el hechizo por los aplausos, nos sonreímos, sin saber muy bien qué hacer ni qué decir.

Salimos en masa a continuar la fiesta en la calle. Avanzábamos de la mano, confusas pero sin separarnos; tenía la impresión de que aquellos dedos entrelazados eran lo único real. Ambas estábamos un poco mareadas, en parte por el descubrimiento.

El día transcurrió rápido, en realidad sólo jugábamos a buscarnos y encontrarnos. Extraviamos a las abuelas y a mamá en el desfile y cuando fuimos a la feria por la tarde ya íbamos del brazo. Como siempre entre comadres, sí, pero nunca como entonces. Nos tocábamos con avidez y sorpresa, cada roce era una sacudida nerviosa, un pulso a la resistencia que se iba diluyendo con cada nuevo contacto: tropezaban las manos al coger la servilleta y se demoraban en la retirada, rozábanse los pies y se tentaban; todo era un apartar el pelo de su cara, un quitarme ella la pestaña caída, un mirarnos lelas perdiendo el hilo de lo que decíamos...

Brindábamos continuamente y cada «¡por nosotras!» aumentaba la complicidad; cada trago nos aislaba más del exterior, del bullicio de la fiesta, y nos sumergía en una burbuja privada de alta radiación. La situación llegó a ser embarazosa. Perla fue al baño a arreglarse y la acompañé. Afortunadamente no había nadie. Cuando la puerta se cerró, mis brazos rodearon su cintura y ella me echó los suyos al cuello mientras me decía frotándose contra mí, mimosa, «estamos locas, pero creo que te quiero».

Nuestras bocas se encontraron, suavemente primero, con avidez después; cada segundo más incitantes, cada jadeo más provocadoras. Fue un beso prolongado, eterno, infinito, que convertía las experiencias anteriores en escarceos de chancleta.

Nunca nos habíamos sentido así, estábamos cada vez más excitadas, más enardecidas. Su pecho contra el mío desataba los ardores del

deseo y un volcán estallaba al contacto con sus muslos. En el paroxismo de la pasión, hubiéramos podido tirarnos al suelo como perras en celo, pero tuvimos un atisbo de lucidez para pensar que alguien podía entrar y nos bastó la pared. Menos mal que había bastantes servicios y aquel estaba aislado, por tanto un poco más limpio. Cuando nos miramos al espejo, turbadas, todo estaba brillante y húmedo: las pupilas, los labios y los cuerpos, aquellos dos viejos conocidos recién estrenados. Salimos abrazadas con fuerza, pegadas, por miedo a perdernos recién encontradas.

También las prostitutas celebran Comadres, ese día cerraba la *Maison Platée*, así que allá nos fuimos, a la Violeta, nuestro nido de amor, lo que habría de ser nuestro refugio los días venideros. Después sería un contacto más relajado, más delicado, más juguetón, pero aquella primera noche nos devoramos con una urgencia avasalladora, como queriendo compensar el tiempo perdido, agotar aquel caudal inacabable de placer descubierto. Quedamos dormidas de madrugada, enredadas en brazos y sábanas, deshechas como la cama, exhaustas. Pura felicidad, amor inmaculado.

Nunca había podido olvidar aquellas tres semanas. Aún duraba el crudo y prolongado invierno que nos hizo refugiarnos en aquella habitación, pero además éramos reacias a hacer público lo que ya debía de ser notorio, por lo menos para la madre de Perla y sus chicas, aunque no nos decían nada. No salíamos ni para comer, en realidad no teníamos hambre, nos consumíamos en nuestra propia hoguera. Hubiéramos firmado la extinción en esas condiciones. La Carriles estaba emocionada y nos regaló una caja de bombones gigantes, que era nuestro único refrigerio cuando el desfallecimiento nos atacaba.

Dije en casa que me iba a la *Maison*, que quedaría allí unos días, pero el tiempo pasaba y no daba señales de volver. Helena se disgustó y mamá me miraba sin entender. Manola quizá sí entendía, pero no llegué a decirles la verdad. Por primera vez, les ocultaba algo, precisamente lo más importante, extraordinario, que me había pasado en la vida. Alguna vez, en la cama, sacamos el tema, cómo decir, qué hacer, pero teníamos cosas más importantes que pensar, estábamos demasiado ocupadas para tomar decisiones. Sencillamente, lo obviábamos.

La mayor parte del tiempo permanecíamos abrazadas, cantando bajito o escuchando música, y nos jurábamos que nos queríamos para siempre, que viajaríamos juntas a países lejanos y llenábamos de tópicos las paredes y el amor subía por las cañerías, se filtraba por las ventanas y ascendía sin límite por el cielo.

Almaceno indelebles algunas secuencias, son imágenes que conservan olor a sexo, regusto a sal y la dulzura de la miel; están envueltas en un celofán de besos diminutos, millones de alas de mariposa sobre nuestras epidermis. Pero todo se confunde y se pierde, porque a continuación tuvo lugar el terrible accidente y se quedaron mudas las palabras. Y me fui a lejanos destinos y vi los horizontes desconocidos que soñábamos, pero sola.

Yo tenía que ir conduciendo aquel coche, hubiera debido ir aquel aciago día al Rural con ellas, pero les fallé, las abandoné por estar con Perla. Nadie me quitaba de la cabeza que podía haberse evitado, yo podía haberlo evitado... si nada hubiera ocurrido aquellas Comadres, si no hubiera sido marzo tan ventoso. Poco les había correspondido la confianza depositada en mí. Ni siquiera fui franca, explícita, murieron sin conocer mi gran secreto, me comporté despreciablemente con

ellas. Me atormentaba tanto aquello como la infidelidad de Perla, puesta de manifiesto además en tan desafortunadas circunstancias. La lluvia cayó en abril, lágrimas mil, infinito desconsuelo, principio del fin.

En la vorágine que siguió al cuádruple deceso y a la escena del tanatorio todo se borra, una espiral agónica me desgarraba por dentro, fuera del vórtice estaba el vacío. Perla estuvo a mi lado en todo momento, pero no volví a dirigirme a ella hasta que la tierra las cubrió. Entonces el velo negro mudó en rojo, el dolor en ira, la sangre en fuego y la incriminé violentamente, culpabilizándola de mi propio sino. Aquellas palabras me perseguirían toda la vida, las más injustas jamás pronunciadas. Le dije que no la quería ver nunca más, jamás, que me dejara en paz para siempre, que no quería ver a nadie, que los odiaba a todos, especialmente a ella y que la culpa era suya, de nadie más que suya... por puta. Eso le dije, a mi mejor y más gran amiga, a voces, delante de todo Salitre: «Por puta», a la Valtueña...

Y si primero me había sentido traidora con las muertas, después me reconcomería haberme portado como una cobarde con ella. En el fondo de mi corazón sabía que había cometido con ella una felonía, que no le había dado ninguna oportunidad. Es verdad que el dolor me había cegado, que me volví loca de pena, sin embargo el ostracismo a que la sometí durante veinte años no fue deliberado, sólo haciéndose cada vez más grande. La profanación de Marcial clausuró definitivamente aquel santuario. Para la curtida Reyna de los Mares aquella primavera de los sentidos pasaría a formar parte del recuerdo, de aquel Salitre agridulce, de la juventud perdida, de la felicidad arrebatada como el humo. La realidad es que nunca tuve valor para volver, nunca tuve valor para perdo-

nar, para pedir perdón, para decirle que la amaba. Lo mucho que la amaba desde aquella noche de Comadres.

* * *

Tengo húmedos los ojos, el corazón encogido, la boca seca y las manos heladas. No puedo evitarlo cada vez que pienso en ello. ¡Qué castigo inmerecido a tanto amor! ¡Qué intensos sentimientos! ¡Cuánto sufrimiento! ¡Qué sed tengo, por Dios...! Debe ser la paella. Menos mal que ya estoy acabando, me esperan para ir de fiesta.



Y aunque no quise el regreso,
siempre se vuelve al primer amor...

Perla me vino a buscar por la mañana temprano. No tardó en encontrar la casa, a su manera es tan identificable como lo fue (y lo será) La Roja. El día anterior había llamado a María, la dueña, para que me hiciera una limpieza general. Con María me pasó una cosa curiosa, encajamos perfectamente. A mí siempre me falta tiempo para fregar los platos, a ella el tiempo es algo que le sobra desde que está jubilada, pero no así el dinero: con la pensión no le alcanza para sus vicios. Desde que descubrimos nuestras debilidades, se ofreció para limpiar la casa todos los días, ella permite que yo sea una vaga y una desidiosa para las tareas domésticas y yo aparento no saber que el bingo es el destino de lo que gana. Nos entendimos perfectamente desde el principio. Se ofreció también a venir a limpiar La Roja, sólo faltaría que nos propusiera quedarse interna. Por aquel entonces se tomaba muy a pecho todo lo que me sucedía pues nada más conocerme se había enterado de quién era hija y nieta. Y gracias a ella, aunque nunca me lo dijo, me aceptaron en el barrio sin preguntas, como a una hija pródiga. Me imagino a María dando los detalles del funeral que tanto la había conmovido y comentando: «La nieta volvió y mira qué casualidad ahora está en mi casa. Quedó muy afectada por aquel golpe, la pobre, pero además debió de salir tan rara

como su madre, que no hablaba sin ser muda. Porque anda, ¡hay que ser rarita para tirarse veinte años navegando! Y no es mala, ¿eh? No te creas, es pizca huraña pero muy buena persona. Tan grande como noble, aunque sea parca en palabras, que en eso tiene a quién parecerse. Habrá que esperar a ver si se aclimata, ya no tiene edad para navegar esa mujer». Supongo que, más o menos, esa sería la presentación que hizo, pero bastó para que nadie me molestara con preguntas indiscretas ni removiera en el pasado.

Se tomó a pecho aquella primera visita que recibía después de tantos meses instalada y más cuando se enteró de que era una antigua amiga y que íbamos a Comadres (ella, por supuesto, tampoco se lo perdía). «Y además, viviendo en ese barrio tan fino ha de ser una señora con clase y con dinero. Las relaciones son muy importantes, una amistad vale hasta en el infierno, haces muy bien en volver a tocar timbres». Sonreí pensando si opinaría lo mismo al saber que era una Valtueña, la gente tiene demasiados prejuicios, requiere menos esfuerzo criticar, desvalorar, que molestarse en conocer, dejarse sorprender. Así que decidí callar, y cuando Perla entró en mi nuevo hogar los cristales brillaban y los pocos muebles, como eran nuevos, relucían. Además María había metido las plantas en la bañera, las había duchado (nunca se me hubiera ocurrido) y un frescor verde iluminaba las dos estancias habitadas, que eran, claro, las que tenían vista al exterior, el salón y el dormitorio. En la cocina, que daba a la parte trasera, también se había esmerado y por su cuenta había puesto unas preciosas flores silvestres en un horroroso jarrón, que sin duda ella apreciaba pero yo me apresuré a cambiar en cuanto se fue. Va mejor con mi estilo una simple botella de cristal que aquel barroco recuerdo de la virgen de Macedonia. Cuando se lo expliqué a Perla se partía de risa.

«Llevas una vida monacal —comentó al notar la ausencia de decoración— pero la casa tiene posibles. Y el edificio tiene personalidad, no es como un piso, donde tienes la impresión de vivir en una conejera». Le di la razón, ambas estábamos acostumbradas a caserones. Y en cuanto al interior, bien es cierto que solamente había comprado lo necesario, pero ya fue bastante. No se me ocurrió nada para llenar las paredes, así que sólo tenía un mapamundi con banderitas en el salón. La invité a desayunar, María había preparado un bizcocho. Tomó la prueba con un café y salimos sin tardanza. Nadie nos esperaba, pero debajo del mismo techo y a solas se mascaba cierta incomodidad, se notaba que teníamos más en el buche que digerido (y no era el bizcocho, que quedó entero).

Ya en la calle, tras despedirnos de María, que estaba «casualmente» a la puerta, Perla empezó a contarme las novedades habidas en Salitre durante mi prolongada ausencia. Margarita se había separado y vivía con un chico doce años más joven; Camelia tenía tres niñas, la mayor ya iba a la universidad; habían tirado el colegio donde estudiamos; habían ampliado el aeropuerto y construido una nueva autopista; en el solar de las chabolas se levantaba un parque; el número de habitantes había crecido... Estaba claro que hablar le aliviaba la tensión. Yo la escuchaba, pero estaba en otra parte, o, mejor dicho, estaba allí, en mi sitio, donde quería estar: caminando con ella entre aquella riada de mujeres que ocupaban las calles, en mi ciudad. Por fin había encontrado un lugar bajo el sol, sólo me quedaba por aclarar el asunto de Manfredo, pero cada vez me daba más pereza sacarlo a colación, tenía miedo de que se rompiera el encanto.

Ese año no participamos en el desfile, lo vimos desde la acera. Había mejorado considerablemente. Se mantenía la agrupación gremial,

pero ahora cada peña hacía además una carroza alusiva a la profesión de sus componentes y los problemas del sector. Las había verdaderamente ingeniosas, pero cuando terminaron no pude recordar ni una. Sin embargo, aún me acuerdo del olor de su pelo...

Decidimos ir a comer a un asador, el día se esperaba largo y había que forrar. Ya habíamos tomado dos vermús de solera y no esperé al primer plato: «¿Por qué Manfredo? ¿Por qué le escogiste a él como padre de tu hija? El primer día no me diste eso a entender, dijiste que habías elegido un hombre que te pareció interesante, pero no confesaste que era él. Según tú ya no os veáis y el además estaba arruinado. Me lo ocultaste. ¿Por qué me engañaste? ¿Seguías con él? ¿Seguiste saliendo con él al marchar yo? ¿Qué había en realidad entre vosotros?». Perla enarboló el tenedor, protestando: «¡Pero, qué dices! ¿Qué tienes que preguntarme tú a mí, qué explicaciones tengo que darte yo a ti de mi vida, que me dejaste tirada como una bayeta y encima montaste aquel escándalo delante de todo el mundo, que me daba hasta vergüenza salir de casa? Mi madre quedó deshecha, murió esperando que me pidieras perdón. Y yo todavía lo espero...». «Y lo que esperarás. Antes tengo yo que aclarar ciertas cosas». «Tú lo único que tienes que aclarar es por qué fuiste tan perra». «Y tú tan zorra». Aquello fue sólo el principio. Durante el tiempo que duró la comida se cruzaron y repelieron reproches, acusaciones, reprobaciones, insultos (gruesos), improperios, denuestos, faltas de respeto, inconveniencias, malas sangres y peores leches... Pero no soltamos prenda ninguna de las dos.

Yo no podía perdonarle que a los quince días de iniciar aquella mágica y para mí trascendental historia de amor, Perla se hubiera tirado a los brazos de su amante delante de mí, delante de ellas, que no tuvie-

ron la ocasión de enterarse de nuestra relación, lo único que les oculté en la vida. Y porque esa relación existía, yo no estaba con ellas aquel día. No las llevé en mi coche por estar con Perla, la misma que al día siguiente se besaba apasionadamente con Manfredo en el tanatorio. Yo no quería decirle lo que había visto, esperaba que la explicación saliera de ella, oír de sus labios lo que les unía, lo que nos separó. Pero ella a lo suyo.

Perla no tenía ni idea de estos sinuosos pensamientos. Se sentía herida por haber sido vejada en público sin motivo aparente, cuando se sobreentendía que ella era lo único que me quedaba en el mundo. Y además tildándola de puta. Pero además de no darle una explicación, me había pirado sin decir adiós y había tenido la desfachatez de tardar veinte años en volver. Ni siquiera había tenido la decencia de morirme, llegó a decir. Encima vuelvo pero no la aviso, tuvimos que encontrarnos por casualidad. Y además empiezo a echarle en cara cosas del pasado, a exigirle cuentas de sus acciones. Cuando lo que Perla quería oírme era pedir perdón. A su juicio, eso debía de ser lo primero para que todo volviera a ser como antes. Pero yo a lo mío.

No notamos hasta el final que la camarera nos dejaba (por no decir arrojaba) las fuentes y platos en la mesa, sin servirnos como al resto de comensales. Procuraba no mirarnos y cada entrega se le hacía más difícil, tanto es así que los cafés acabaron en el mantel. Fue entonces cuando nos percatamos del tono y el volumen empleados en aquel fogoso intercambio de impresiones. En un momento cobramos consciencia de la situación: éramos la atracción del comedor. La mayoría estaban estupefactas, algunas boquiabiertas, en general pasmadas. Ni siquiera volvieron la cabeza al plato por pudor. Nos habíamos convertido en el centro de atención desde que nos sentamos, con las voces que debimos de dar,

sin duda se habían enterado de todo. El enfado mayúsculo dio paso al ridículo más espantoso. Cuando nuestros bochornos se encontraron rompimos a reír, convulsa, histéricamente, para mayor sorpresa aún del auditorio. Jamás me reí tanto, me caían las lágrimas, me dolía el bazo. Nos dimos las manos por encima de la mesa entre carcajadas. Después de aquel pregón público de nuestras intimidades sólo podíamos hacer una cosa: saludar al respetable. Y lo hicimos. Debieron pensar que era una actuación contratada por el restaurante o una acción teatral de esas que hacen confundir al público realidad y ficción, el caso es que nos aplaudieron largamente y no nos cobraron la comida. Dudamos si pasar la gorra. Salimos triunfantes. Aquello empezaba a ser Comadres. Yo creo que en la siguiente parada hubiera salido todo, una vez esparcidas las miserias sólo nos restaba quitar el polvo. Pero la calle estaba llena de mujeres, teníamos ganas de seguir riendo y colgamos el plumero. Nos animamos a seguir a una charanga.

Así nos encontró Marta, dando palmas como crías. Las presentaciones se hicieron solas. Se ofreció a acompañarnos y fuimos las tres dando un paseo por el parque, rodeadas de jovencitas. Nos sentamos en un banco, yo en el respaldo, por si abultaba poco, ellas una a cada lado. Indudablemente nadie podría confundirnos con adolescentes, pero todo se pega porque empezamos a comportarnos como tal sin transición. Le había pedido a Perla que consiguiera algo de hierba o hachís para la ocasión, ya había terminado la noche anterior el alijo traído de Canales y no me apetecía salir a la calle. No me había fallado y eso que desde mi desaparición había dejado de fumar porros porque le provocaban ataques incontrolables de ansiedad. Pero era otra vez Comadres y estábamos juntas, la ocasión lo requería. Marta nunca había fumado más que tabaco,

pero decidió que era un buen momento, la mejor fecha para cambiar de hábitos y adquirir nuevos vicios. Cuando tosió con la primera calada nos reímos, pero no se echó atrás. «¡Ay, que se me va todo!», decía ella, y nosotras a cogerla una por cada mano, «¡cuidado, que empiezas a flotar y te elevas!». «¿Con lo gorda que estoy?». «Esto adelgaza». «Trae, trae, se acabaron las dietas». «Que no te engañe esta loba, que te entra un hambre canina y empiezas a devorar». «Devorar y ser devorada es lo que quiero»... y venga a reír, y venga incoherencias, el reino del chiste fácil y la risa floja. Las ocupantes de los otros bancos y los paseantes nos miraban con curiosidad, pero todo está permitido en Comadres, especialmente que las señoras pierdan la compostura. Esas pequeñas transgresiones que dan encanto a la vida...

Entre calada y calada, Marta y Perla empezaron a intercambiar cotilleos sobre los ricos y famosos del mundillo local. Marta conocía al dedillo sus vidas, los rumores que corrían sobre ellos, las soterradas vinculaciones que los unían, sus ocultas ambiciones... «Dicen que debe hasta el móvil». «Lleva al amante a los viajes oficiales». «Su abuelo era dueño de medio Salitre, pero a esa familia le falta sangre en las venas». «Está tan amargado porque siempre quiso ser ministro y no pasó de presidente de la asociación de vecinos». «La cuñada es la dueña de la empresa que sacó la concesión». Perla, con subversiva procacidad, completaba las figuras con datos verídicos y contrastados sobre la persona. «Ese usa peluca». «La tiene pequeña». «Le huelen los pies». «Es masoquista, le va el sado». «Lo gasta en colonia, pero no se cambia la camisa». «Es un tacaño y un gorrón». ¡Estaban las dos tan graciosas! Hubiera querido seguir allí, pero las horas iban pasando y Perla ya no se reía. Empezó a consultar el reloj disimuladamente. «¿Marchamos?», le pregunté. Me miró agradecida. «Sí,

por favor, Reyna ya tuvo que haber llegado». Ambas miramos a Marta. «Yo también me tengo que ir, quedé con unas compañeras, no sé qué dirán cuando me vean así, con la fama de formal que tengo». Nosotras tampoco estábamos en muy buenas condiciones para afrontar lo que se venía encima, pero casi valía más así.

Fuimos caminando juntas hasta el recinto y nos separamos al entrar, ella a buscar a sus amigas con la promesa de reunirnos luego y nosotras a dar una vuelta de reconocimiento. En aquellos años de ausencia la fiesta había cambiado bastante. Había tres pabellones, con distintos escenarios, caballitos, orquestas, tómbolas, exposiciones, casetas de colectivos... y muchas, muchísimas mujeres, entre las que destacaba el gran número de chicas jóvenes, niñas incluso, que circulaban en pandilla. Era un espacio lúdico imponente, impresionante; lo encontré muy transformado (aunque no tanto como está ahora, después de Avalón, claro, aprovecharé para hacernos propaganda).

«¿Me ayudarás?», preguntó Perla cogiéndome del brazo nada más quedar solas. «Yo me voy en cuanto aparezca, seguro que le apetece ir contigo y podrás sonsacarla. Si estoy yo no hablará o se irá, lo sé, tú eres mi última oportunidad. ¿Y si lo hizo ella?, ¿y si la descubre la policía? Tienes que ayudarme. Ella siempre oyó hablar de ti, eres un mito en nuestra casa. Por favor, Reyna, habla con ella... como si fuese tu hija». No pude negarme, ya estaba de nuevo rendida al influjo de sus ojos verdes. Y si por su engaño crucé los océanos, qué no haría yo por su favor. Mareada, le juré socorrerla, como don Quijote a Dulcinea, por ella lucharía contra los molinos, contesté besándole la mano e hincando la rodilla al suelo. Me miró alarmada, tanto que consentí en engullir un bocadillo gigante de calamares grasientos. Después de un café, la verdad, me sentí

mejor. Cuando empezaba a pensar que todo aquello era una locura y a plantear la conveniencia o no mi presencia allí, apareció en lontananza su cabellera de fuego.

Reyna estaba en el centro de un grupo, desde luego no parecía muda, hablaba más bien por los codos. Tenía los ojos achinados y brillantes, parecía presa de una agitación incontrolada y no paraba de mesarse el cabello con los dedos, moviendo continuamente las manos. Estaba claro que se había metido algo más excitante que lo nuestro. Las amigas parecían estar incluso molestas, supuse que sería el típico grupo que se reunía desde siempre en esa fecha y a lo mejor no se veían el resto del año. Parecían muy infantiles a su lado, resultaba excesivamente apabullante. Perla me explicó que eran las amigas del barrio.

Nos vio de lejos y se acercó, saludo fríamente a su madre, que parecía resignada, y me dio dos sonoros besos. «Hola Reyna, yo también soy Reyna, aunque deberíamos llamarnos Ruinas, ¿no crees?». Se rió escandalosamente. Presentí que iba a ser difícil, estaba bastante colocada, eufórica. Pero ya le daría el bajón y yo estaría a su lado.

Perla, discretamente, se había retirado a por las consumiciones. En cuanto nos vi solas le pregunté si sabía dónde pillar, no conocía a nadie, acababa de instalarme... La verdad es que no me hacía falta, pero también pensé que era la mejor manera de entrarle y acerté con la carta. Sentí cómo se crecía mientras me invitaba a una raya; lo dijo mientras miraba a los lados, encantada de exhibir su poderío, de impresionarme, orgullosa de mi aspecto de loba marina.

Olvidamos a su madre (estaba convenido de antemano que desaparecería a la menor oportunidad, a Reyna no le pareció extraño que nos dejara solas) y nos fuimos del brazo al baño. La coca no era muy

buena, tampoco una porquería. Reyna, como su madre, cuando estaba nerviosa se convertía en una cotorra, hablaba a borbotones, espasmódicamente; tan pronto se embalaba como frenaba y permanecía un buen rato con los ojos cerrados. En cuanto los abría me proponía ir de nuevo al baño.

Le propuse dar una vuelta, para no dar tanto la nota, e ir a fumar-nos un canuto a la playa, echaba de menos la mar, me ahogaba en los espacios cerrados, tenía que entenderlo. Le pareció de maravilla, aunque tardamos casi media hora en alcanzar la puerta, entre que saludaba a unas y otras. Le hice señas a Perla, que nos espiaba desde la barra, donde ya se había unido al grupo de Marta, y salimos. Me enseñó una botella de coñac que llevaba en el bolso. El aire frío y la noche la asustaron; la acurruqué contra mi costado y me convertí en su cielo protector, dispuesta a cambiar su vida, abierta a entenderla y, sobre todo, expectante por conocer las causas de tanta sinrazón. Empezamos a trasegar mientras caminábamos y acabamos haciendo una fogata en el pedrero.

El crepitar de las llamas ejerció un poder hipnótico sobre nosotras. Por segunda vez en pocos días procedí a contar mi vida a una Valtueña, pero, al contrario que su madre, la hija no paraba de preguntarme cosas, me interrumpía continuamente. El ruido de la mar robaba nuestras voces, las sombras bailaban a la luz de las llamas que iluminaban alternativamente nuestras caras. Hubo un instante portentoso en que ambas vimos a la vez una estrella fugaz. «Pide un deseo», le dije. Reyna tenía los ojos llenos de lágrimas. Se hizo el silencio. La abracé fuerte, muy fuerte, como mi madre me hacía, hasta que le corté la respiración. Apoyó su cabeza en mis rodillas y, mirándome sin verme, empezó a desgranarle al fuego los misterios de su rosario de cuitas.

Aunque me pareciera lo contrario, quería mucho a Perla, empezó, pero era demasiado posesiva. Siempre estaban juntas, eran como dos hermanas. Pero en aquel nuevo colegio nadie iba con la madre a los sitios, era de «pringaos». Había un chico que le gustaba y se reía de ella por eso. Empezó a pasar de su madre, a considerarla muy agobiante, excesivamente protectora, todo el día encima, queriendo saber con quién iba, a dónde. Un día la invitaron a una fiesta, era en una nave, como un inmenso garaje con andamios. Aquel chico le pasó una pastilla rosa, la probó y el mundo cambió. Empezó a bailar, sentía la música por dentro, volaba, no sentía el suelo bajo los pies, era una sensación nueva, distinta... Cuando sintió que el efecto se desvanecía y empezó a percibir los caretos que la rodeaban, le pidió otra. Esa era de lunares. Le hizo mucha gracia. Y así empezó todo. Eran fines de semana enteros, pastilla tras pastilla, alcohol y porros, speed y coca. Y Reyna no paraba de bailar. Pero aquello tenía un precio. A veces la invitaban, pero no siempre era así. Pedía para el taxi y volvía andando, pero no era suficiente. Empezó a sisar a su madre. No tenía remordimientos porque «la vieja» cada vez estaba más pesada. El «buen rollo» había desaparecido y Perla le amargaba continuamente la existencia. Aceptó ir al psicólogo por no oírla. Mas no pensaba renunciar a aquel mundo eufórico e irreal recién descubierto. Empezó a perder interés por los estudios, los deportes, la música... todo aquello que anteriormente le resultaba placentero.

Se pintaba para parecer mayor y no tener problemas en las discotecas, pero la noche está llena de perros silvestres, de lobos que se comen a los sabihondos corderos. Manfredo era el rey de la noche y Reyna se convirtió en una más de las estrellitas que pululaban a su alrededor, otra mosca enganchada al panal de rica miel. Siempre estaba rodeado de

bellezas esculturales, por eso se sintió tan halagada con el lugar preferente que pronto ocupó. El primer día, cuando la bajaron del andamio, se había comportado como un caballero. Ella le mintió en la edad y en el nombre, él lo aceptó por válido. Cuando volvió a la semana siguiente se acercó a saludarla y la invitó a un trago, al tercer día ya le había presentado a otros chicos que paraban por allí. «Se dedican a las relaciones públicas, ya sabes. Pide lo que quieras y lo tendrás». Se había aprovechado, ahora se daba cuenta, pero ella lo tenía por un amigo, un colega. Manfredo la escuchaba, le daba dinero, la invitaba a su casa. Le confesó su verdadero nombre y de quién era hija, eso creyó que le daría prestigio, pero mantuvo en secreto los años. Si alguien se enteraba de que era menor podía causarles verdaderos problemas. Manfredo jamás le dijo que conocía a su madre, pero sí que considerara el chalet como su segunda vivienda. Le gustaba porque tenía un acuario y una pajarera, piscina y minigolf. Se habían acostado alguna vez, pero no eran novios. Tampoco es que le atrajese en demasía, le veía demasiado mayor, pero era muy complaciente y estaba «forrado», no se sentía acosada, no la forzaba. Con él nunca le faltó de nada (que meterse al cuerpo, supongo). No sabía que existieran esas grabaciones, eso lo supo aquella mañana, nunca lo hubiera imaginado, pensaba que la protegía, que se enrollaba bien. Tampoco sabía lo de Internet, ni a dónde iba Manfredo cuando viajaba. Jamás sospechó nada y menos que era su padre. Cuando Perla se lo dijo, creyó morir.

Reyna se sintió como una imbécil, estafada, humillada; había creído en él, pensaba que lo hacía desinteresadamente por ella, que le gustaba. Y le odió. Le odió a muerte. La había seducido, quién sabe si hasta para vengarse de su madre. Pero antes la había entregado a sus sicarios,

para filmar lo que le hacían y venderlo, no podía recordar las imágenes sin temblar. Esas las vería después, en un primer momento no sabía muy bien de qué le hablaba su madre, desconocía a qué se estaba refiriendo, aunque tenía suficiente mala conciencia como para creérselo todo. Juró matarlo. Tomaría la justicia por su mano, justicia milenaria, Justicia trágica, justicia que no alcanza la Justicia. A esas alturas podía perfectamente imaginarme cómo iba destilando venganza mientras cambiaba el objeto de su ira y pasaba de culpar a su progenitora a responsabilizarle a él de su desdicha. Enajenada por el despecho huyó sin decir nada.

Fue a casa de Manfredo directamente. Reyna sí tenía llaves, él le había dado un juego. Entró sigilosamente, todavía estaba dormido, agotado sin duda por la noche de confesiones precedente. Se dirigió al salón, sabía que la pistola estaba en el fondo del segundo cajón de la mesa y sin pensárselo dos veces la cogió. Era una *walther*, pequeñita y manejable, de siete cartuchos. Introdujo el cargador, siempre lo tenía lleno. Él le había enseñado a utilizarla para defenderse, tenía una silueta en el jardín. Decía que era vital, una persona nunca sabía cuándo iba a tener que usar un arma y menos una mujer. ¡Qué caras le saldrían sus palabras! Quitó el seguro y la montó tirando de la corredera hacia atrás. Quería matarle, iba a matarle por ella y por su madre, por todo lo que les había hecho. Pretendía borrar el pasado y empezar de nuevo, pero eso es muy difícil, no hay disolvente que lo permita.

Entró en la habitación, se acercó a la cama y le puso el cañón en la sien apretando levemente el gatillo. Manfredo se levantó asustado, estaba en calzoncillos. Ella le acusó sin cesar de apuntarle, vertiendo sobre su confuso despertar toda la inquina acumulada. Pero Manfredo tenía mucha labia, se postró a sus pies y le pidió perdón. Intentó convencerla

de que todo había sido un inmenso error, podían ser amigos. Él la quería, por eso también le había mentido en la edad, se había quitado diez años. Y no le había dicho que conocía a su madre por vergüenza, no por venganza. No podía saber que era su padre, la culpa era de Perla, que se lo había ocultado a los dos. Hubieran podido ser una familia feliz, todavía podían serlo. «Borrón y cuenta nueva». Por la cara de Reyna comprendió que iba por el camino equivocado y cambió el disco. «De acuerdo, me iré. Si quieres me iré, nunca volveréis a verme. Vale, lo admito, soy una mala bestia, pero soy tu padre, ¿no irás a delatarme, verdad? Te juro que desapareceré de vuestras vidas, lo borraremos todo. Lo importante es que tú no lles mal recuerdo de mí. Tú no viste la web, tu madre exagera, casi no se te reconoce. Y eso fue sólo dos veces, si recuerdas, nunca más desde que intimamos. Lo siento pequeña, la vida es así de dura, tenía razón tu madre al no querer dejarte salir sola. Hazle caso, sabe de lo que habla». Y entonces empezó a divagar, sobre sus deberes de padre y los peligros que corría, ya lo había experimentado, por lo menos le serviría de lección. Quizá no era la mejor enseñanza que un padre podía dar a una hija, pero nunca la olvidaría. Le dejaba la casa para ella, podía venderla o usarla, pero sería su dote, su herencia, su regalo. Él se iba con lo puesto, se lo prometía. Si le dejaba coger un poco de ropa se marchaba de Salitre, se desterraba. Estaba moralmente hundido, era una piltrafa, no merecía seguir viviendo. Era lo peor que le podía pasar a un hombre. Pero debía recordar que jamás había abusado de ella. Y en cuanto a los vídeos mandaría quitarlos del servidor ya mismo, en aquel momento, si le daba la pistola, si dejaba de apuntarle con ella...

La pobre Reyna ya estaba moralmente desarmada. Manfredo se incorporó, se acercó a ella y la sujetó por la muñeca. Apenas ofreció

resistencia, con lágrimas en los ojos le entregó el arma. Él la cogió enfadado. «¡Estúpida! ¿No ves que podías haberme matado? Cuando apuntes dispara o ya no tendrás oportunidad de hacerlo. Parece mentira que seas hija mía. Pequeña zorra, tan puta como su madre, familia de putas». Y empezó a reírse, vacilando con la pistola. «Menudo par de histéricas, madre e hija!». Era todo mentira, la había estado engañando, ni se iba a ir, ni lo sentía, ni nada. Sencillamente, era un canalla. Reyna, rabiosa, intentó quitarle el arma, pero él se apartó e hizo ademán de guardarla en la única prenda que llevaba. No se fijó en que el percutor estaba levantado, con el impulso le resbaló el dedo... y se le disparó. Reyna se encontró cubierta de sangre, la pistola casi no se veía entre el amasijo de carne. Manfredo la miraba desde el suelo, entre estertores, con los ojos muy abiertos, hasta que solamente se escuchó el gorgoteo de sus vísceras manando. Casi no llega al baño.

Con las muñecas metidas bajo el grifo, una fría calma se apoderó de ella. Sabía que tenía tiempo hasta el mediodía, cuando llegaba la señora de la limpieza. Había dejado allí alguna ropa de repuesto para la piscina, así que se cambió y metió la sucia en una bolsa de plástico. Algo más calmada, se dedicó a registrar las habitaciones en busca de pruebas. En algún lugar tenía que guardar los vídeos de los que hablaba su madre. Como no los encontró en el trastero se le ocurrió buscar en el sótano. No recordaba haber estado nunca dentro. Que fuera la única puerta cerrada de la casa lo convertía en un sitio factible, así que intentó dar con la llave. No le resultó difícil, estaba colgando de un clavo en la cocina.

Abrió la cerradura, encendió la luz, bajó las escaleras y miró. Lo primero que le sorprendió fue el orden. Conociendo a Manfredo, esperaba encontrarse la típica aglomeración de objetos inservibles, pero en su

lugar unas estanterías metálicas ocupaban las paredes del techo al suelo. Estaban atestadas de vídeos y discos compactos. Se veían de grabación casera. Por fuera parecían todas iguales. Revisó los títulos, su madre le había dado el nombre. Le resultó fácil localizar la cinta, estaban por orden alfabético. Había varias en orgías, por la «O», una ponía debajo a lápiz «Reyna I y II». Contra la pared del fondo reposaba una pantalla, sobre la que enfocaba a corta distancia un proyector sobre un trípode. Al lado de éste un cómodo butacón y una mesita con restos de comida. Introdujo la cinta, se sentó en el borde del sillón y apretó el botón. Cuando se vio quiso morir, desaparecer, volatilizarse, evaporarse... Reconoció con claridad a sus compañeros de cama. Eran cuatro chicos, entre dieciocho y veinte, muy guaperas, que trabajaban de animadores en los locales de Manfredo. Salía a menudo con ellos porque no les faltaba de nada, andaban siempre puestos y la llevaban de un lado para otro. Eran noches sin fin. No siempre acababan en casa del jefe, pero por lo menos habían ido cuatro o cinco veces, dos dijo Manfredo, no lo recordaba bien, no quería pensar en ello. Se sentía una mierda.

Ahora se lo explicaba todo: la cantidad de pasta que manejaban, el cóctel que se metían, lo mucho que se colocaban y luego... No estaba segura de que le gustara, pero tampoco le importaba mucho lo que hacían. El sexo nunca fue un tabú en el ideario de Reyna. Sin embargo aquello era otra cosa, el comercio de la carne. Ahora veía que no se había enterado de nada. En aquella nebulosa no era consciente de cómo la estaban manipulando, ni para qué. Al principio le pareció un juego, una concesión razonable, pero sus acciones estaban controladas y no por ella. No recordaba gran cosa de aquellas maratónicas sesiones, pero Manfredo se había encargado de que nunca las pudiera olvidar, de que

el mundo entero pudiera regocijarse con los ejercicios amorios que desfilaban ante sus incrédulos ojos. Se castigó a visionarla de nuevo pero no pudo terminar. Vomitó por segunda vez. Echó de menos aquellas pastillas mágicas y revolvió todos los rincones. Si llega a encontrarlas tal vez hubieran aparecido dos cadáveres. Me confesó que las hubiera tomado todas, no merecía la pena seguir viviendo. Afortunadamente Manfredo estaba limpio y no encontró más que aspirinas y un par de chinas. Pero no sabía ni liar. Cuando se vio con la botella de lejía en la mano, dispuesta a bebérsela, se dio cuenta de que iba a cometer un abominable error. Al igual que su madre, se preguntó cómo pudo haber llegado hasta ahí. Y la asaltó una enorme prisa por escapar, quizá nadie la hubiese visto, tal vez nadie la asociara con el muerto. Tenía que desaparecer y borrar sus huellas, como en las novelas negras, que tanto le gustaban antes de dejar incluso de leer. Con una gamuza recorrió apresuradamente los lugares que recordaba haber tocado, metió la ropa en una bolsa de plástico y se decidió a salir.

Vio tras los visillos a Perla picar al timbre de la verja varias veces y sospechó que era ella también la que llamaba insistentemente al teléfono, un móvil que en alguna parte no cesaba de sonar. Como supuso que estaría rondando la puerta de entrada, salió agachada por el jardín trasero. No se atrevió a volver a casa en aquel estado, cogió un autobús y vagó por las afueras, hasta que consiguió serenarse y, decidida a ocultar lo sucedido, volvió al hogar. Tiró las llaves al mar y de la cinta se deshizo en un contenedor, tras haberla reducido a pedacitos.

Entró sin hacer ruido, su madre estaba durmiendo en el salón, parecía dopada. Sintió una mezcla de pena y ternura que la conmocionó. Se prometió a sí misma que no la haría sufrir más, pero aún tenían cuentas

que arreglar. Lo primero era que nadie la descubriera. Introdujo la ropa en la lavadora a la máxima temperatura y se metió en la ducha, dejando que el agua hirviendo arrastrara hasta la última partícula de su cuerpo, hasta el último átomo, sin piedad. No la cerró hasta que se sintió no-queada por el vaho.

Me aseguré llorando que fue un accidente. A veces ocurren, sobrevienen sucesos imprevistos, a veces la desgracia interrumpe la marcha de las cosas, el previsto cotidiano; pero ella estaba jugando con fuego y las armas las carga el diablo. Si seguía así estaba acabada pero parecía feliz entre mis brazos y yo empezaba a creer que aquel era mi sitio. Ya habíamos sufrido bastantes contratiempos las tres, era hora de empezar de nuevo. Prometí a mis antepasadas que la ayudaría a que se encontrara, que ganaríamos, no habría otra Reyna sin reino, sin trono, eran sólo catorce años, tenía todo el tiempo del mundo para curarse. Yo la ayudaría, sabía como hacerlo.

Fue una noche larga, vimos amanecer desde las rocas, donde se quedó dormida entre mis brazos, roncando. Perla siempre hizo también mucho ruido al respirar, decía que era hereditario... Soy capaz de revivir entera la conversación, como hice entonces mientras el sol se levantaba, acunándola dulcemente entre mis brazos. Puedo oír su voz y detallar cada uno de los pensamientos que se iban fijando en mí como a la roca. Hay cosas que te quedan grabadas para siempre. Sonreí a una gaviota, notando el peso de las ojeras sobre las mejillas, ya no tenía edad para esos trotes. La niña era una niña, pero tenía mucho fondo y aguanté su ritmo con dificultad. En el fondo estaba asustada, arrepentida y muerta de miedo, pese a tanta fachada. Volví a sonreír. Pensé, mientras me sonaba notando el frío en los tuétanos, que tendría secuelas.

A las nueve llamamos a Perla desde una cafetería, debía de estar sentada al lado del teléfono porque no llegó a sonar ni una vez y ya estaba llorando cuando lo descolgó. Reyna temblaba a mi lado, mientras esperábamos que viniera a recogerlos en coche. Habíamos quedado en que yo sintetizaría lo ocurrido y ella le daría los detalles posteriormente, a solas. Prometí que intercedería, la ayudaría, a cambio de que ella retomara los estudios, se desintoxicara y empezara de nuevo con su madre. Afortunadamente no estaba enamorada ni embarazada (las Valtueña siempre fueron muy prácticas), y eso, sin duda, simplificaría las cosas.

Nos encerramos en mi casa con todos los diarios. Era posible que su participación en los hechos pasara desapercibida. Aun había sitio para la redención si la policía, los juzgados, los periódicos, lo permitían. Los diarios cubrían ampliamente la noticia. El escándalo que conmovió hasta los más profundos cimientos de Salitre tuvo repercusiones internacionales y fue conocida como operación Ariadna. La organización para la que Manfredo trabajaba cayó bajo el efecto dominó, de hecho detuvieron a decenas de personas en distintos países. La red fue descubierta y desmantelada, pero el cerebro logró escaparse. Sólo en Toro identificaron a más de doscientos sospechosos de intermediación en tráfico de pornografía infantil. De ellos, el Grupo de Delitos Informáticos de Alta Tecnología remitió ocho casos a las autoridades judiciales. Tras diecisiete meses la investigación reunió más de 300 000 imágenes. Nunca quedó claro que no fuera él quien se había disparado, algunos medios hablaban de castigo ejemplar y merecido, de la posibilidad de que hubiera sido por propia mano, una especie de suicidio por remordimientos. También hubo quienes insistieron durante una temporada en la presencia de otra persona en el lugar de autos, incluso algún lince especuló sobre la

posibilidad de algún familiar de los menores implicados, pero pronto perdería interés su muerte ante la dimensión de la trama. Los titulares y reportajes se sucedieron hasta que la siguiente noticia luctuosa, más o menos un mes después, relegó el suceso a sucintas notas en páginas interiores.

Una vez más, la población también tuvo algo que decir. Hubo una multitudinaria manifestación de protesta, todo Salitre salió a la calle y las mujeres adquirieron un papel protagonista: sus denuncias llevaron a los tribunales al presidente de la Fundación de Bienestar Social, y aunque el alcalde negó hasta el final cualquier implicación, se vio obligado a dimitir por ética. Iniciado ya el proceso electoral y su foto impresa en los carteles, el cambio de candidato organizó una buena en la ciudad. Pero la gente le aplaudió la decencia de retirarse, era lo menos que podía hacer. Ya volvería.

Pero Perla y Reyna no estaban allí. Yo había llamado a Erik y él había conseguido que sus amigos Hans e Ilke le dejaran una casa en la gran llanura adonde solamente iban durante el verano. Allí se enclaustraron las dos durante mes y medio. Al principio fue duro, Reyna estaba muy nerviosa, descentrada, pero Perla no se separaba de ella ni un instante. Le había dado tiempo para hablar con el psicólogo antes de salir y tenía las consignas muy claras.

La convenció de que podía superar la dependencia, que por mucha coca, caballo o sintético que se hubiera metido era demasiado joven; que los daños eran por tanto mínimos y reversibles, sus células todavía se regeneraban con rapidez; que la raíz del problema no eran las drogas o su vida disoluta, eso era sólo el efecto, la causa estaba en ella, eso era lo que tenía que atajar de raíz y para eso estaban allí.

De esta manera empezaron por el principio y practicaron una terapia mutua en aquel lugar apartado, donde para comprar pan tenías que recorrer 30 kilómetros en coche. Podían haberse matado, no sé si se odiaban tanto, pero sí demostraron cuánto se querían porque nada pasó. O mejor, sí: sucedió que hablaron tanto y riñeron tanto y se abrazaron tanto y lloraron tanto, que no les quedó nada dentro, se hicieron transparentes y al final se vieron la una en la otra como en un espejo y entendieron que eran una sola carne, una sola sangre.

Yo las había acompañado a la ida hasta Canales, no pude pedir muchos días en la editorial, pero tenía que ver de nuevo a Erik para contarle todo lo sucedido desde primeros de enero, decirle quién era en realidad, que me había afincado en tierra y no pensaba volver a navegar. Y que había decidido empezar una nueva vida con Perla, de quien nunca le había hablado, pero que tan importante había sido y era en mi vida. Si ella aceptaba, me convertiría a la vez en madre (soy una madraza) y eso me llenaba de satisfacción. En tan poco tiempo le había cogido afecto a aquella ovejita descarriada. Cuando volvieran de la gran llanura lo aclararíamos todo y volveríamos a empezar. *Begin the begin*. Si ella quería, claro, tal vez prefiriese estar a solas con su hija... Erik atajó mis dudas, frenó mis temores. «Por lo que me cuentas, estáis hechas la una para la otra. Sin duda también querrá recuperar el tiempo perdido, no en vano te esperó durante años. El romance debe continuar, no lo estropees con historias del pasado, ese hombre está muerto, lo que hubo entre ellos murió con él. Y tú eres la Reyna de los Mares, ¡peores tempestades controlaste! ¿No vas a saber maniobrar ahora?». Erik siempre dijo lo que necesitaba oír. Volví a casa cargada de ilusiones y otras hierbas, a la espera del fin, del segundo principio, de una nueva oportunidad.

Perla y Reyna regresaron a Salitre unidas y reconciliadas. Nada más llegar, Perla vino a verme y juró que jamás me lo agradecería bastante. «Hay una cosa que debes saber», me dijo, «no tuve ocasión de decírtelo hasta ahora». Y pensé que hablaría de Manfredo, pero me sorprendió. «Murieron aprobando lo nuestro, nunca lo supiste pero ya habían bendecido nuestra relación. Cuando te empezaste a quedar tanto en la *Maison*, Manola debió sospechar algo y llamó a mamá, recuerda que eran muy amigas. Flora le dijo la verdad, también que éramos mayores y se nos veía felices. Y tu tía se lo contó a las otras». Por lo visto convocaron un cónclave (¡y yo sin enterarme!) y decidieron qué postura adoptar cuando se lo dijera, porque estaban convencidas de que lo haría tarde o temprano. Estaban dispuestas a apoyarme si demostraba que era algo más que un delirio primaveral. Hasta Libertad estuvo de acuerdo. No valía tener teorías si no se llevaban a la práctica. Si quería formar pareja con Perla, conformes. Pero primero tenía que buscar trabajo, etc. Podía oír las. «Por eso tenían tanto interés en que fueras con ellas un día entero al Rural, pensaban que así te resultaría más fácil sincerarte. Si se lo llegas a decir no te hubieran reprochado nada, estaban de nuestra parte, quizá te alivie saberlo». Era más que alivio lo que sentía. «Perdóname, no te lo dije antes porque aún te guardaba rencor por la fuga. Ya no me importa por qué te fuiste: estás aquí y me ayudaste a recuperar a Reyna. Es más de lo que podía pedir».

Fue la ocasión de sincerarme, había llegado el momento. «Hubo una razón más poderosa que la muerte de las abuelas para no volver a Salitre, Perla: tú. Nos habíamos jurado amor eterno el mismo día del accidente. ¿Cómo pudiste? ¿Qué hacías besándote con Manfredo en el baño del tanatorio, delante de mis propias narices? Te vi, os vi. Y aquello sí

que fue el telón para mí. Con tu ayuda hubiera sobrevivido al resto. Sin ellas y sin ti la vida, Salitre, se convirtieron en un infierno. La única solución posible era la huida, no me diste más alternativas. ¿Por qué lo hiciste? ¿Qué había entre vosotros?». Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas, lenta, cadenciosamente. «Pobre» musitaba acariciándome, «pobre, así que era eso» y estrechaba con fuerza mi mano entre las suyas. Sí, pobre y confundida Reyna.

Su relación se remontaba al instituto, nunca hubo nada consolidado, ninguna pretensión de formalidad o estabilidad. Un polvo de vez en cuando, alguna salida, una escapada de fin de semana. A veces me lo ocultaba porque le parecía que no me gustaba, no decía nada pero me enfadaba por cualquier otra razón cuando me contaba que habían estado juntos. Sería verdad. Tras el curso que siguieron los acontecimientos se sintió obligada a explicarle lo que había entre nosotras. «¿Qué crees, que no sentía eterno el amor que te juré en la Violeta? Precisamente por eso no pude esperar más a decírselo y al entrar en el tanatorio le cité. Al quedar sola tú, pensaba ir a vivir contigo, eso le dije a Manfredo. Y que si algo había entre él y yo se había terminado para siempre. Le pedí discreción en el momento, pero era nuestro amigo y había sido mi amante, debía saberlo el primero. Creo que no se sorprendió, dijo que no le extrañaba y me dio la enhorabuena. Pero me pidió un beso de despedida y eso fue lo que tu viste. ¿Cómo iba a negárselo? Sólo era un beso... ¡Oh, Reyna, cómo pudiste estar tan equivocada! ¡Cómo pudiste pensar tal barbaridad de mí!». Nos enjugábamos la cara la una a la otra. «Pero tú le seguiste viendo, Reyna es hija suya». Sonrió con dificultad. «Al fin y al cabo era el hombre con quien más trato había tenido, nos vimos algunas veces más, pero a mí me resultaba muy difícil, tu imagen se inter-

ponía siempre entre nosotros. A él no le extrañó que le dejara, ni que volviera tiempo después. Hice que fuera un encuentro casual. Para mis propósitos, me vino de perlas que se marchara más tarde, me pareció menos frío que con un desconocido, además sabes que no suelo acostarme con los clientes. Y Manfredo era muy guapo, no dejarás de reconocerlo, y sano, eso también lo tuve en cuenta. Nadie podía prever el giro que darían las cosas. De hecho, para distanciarle, pensaba haberme ido yo de Salitre, lo tenía arreglado con mamá para estar fuera un año o así, y después volvería con la niña. Pero él se adelantó y vi el cielo abierto. Durante el tiempo que estuvo fuera me escribió algunas veces, postales por navidad y eso, pero no solía poner remite y yo no tenía interés en corresponderle. Cuando volvió me negué discretamente a que conociera a Reyna y no le había vuelto a ver, salvo alguna ocasión por el local. En estos casos él siempre iba acompañado e intercambiábamos los saludos de rigor, nada más. Yo no quería que se relacionase con ella, ni siquiera que la viera, era demasiado peligroso, podía sacarle algún parecido, la sangre tira... ya ves hasta qué punto».

Aún le hice más preguntas, todas las que llevaba veinte años formulando al viento. Ninguna quedó sin respuesta, Perla jamás me había traicionado. Si alguien tenía algo que enmendar era yo. En mi descarga alegué locura transitoria. «Estaba loca por ti». Estábamos sentadas en esta misma habitación y pensé que me gustaría tenerla a mi lado para siempre. «Y lo sigo estando». Al fin lo había dicho. ¿Sería suficiente para justificar mi desconfianza, los enfermizos celos que me habían consumido? ¿Excusaría esa declaración veinte años de silencio? «Me hiciste mucho daño, Reyna. Dudaste y lo diste por cierto, no se te ocurrió ni preguntarme. Podría decir que arruinaste mi vida por una tontería, por tu mala

fe...». Si en aquel momento llega a marcharse no la culpo. Afortunadamente siempre tuvo más decisión que yo. «Entiendo que estabas destrozada, pero mucho me vas a tener que pagar para amortizar esta deuda. ¿Tú sabes lo caros que cobro los intereses?», dijo sonriendo pícaramente. Las últimas barreras cayeron con la tarde y nunca volvimos a pasar una noche separadas.

Se instalaron en casa. Reyna al principio nos miraba con curiosidad, pero a medida que crecía empezamos a ser un terceto. Una vez más fue cierto que la unión hace la fuerza, por encima de nuestros sendos dramas estaba la voluntad de superarlos. Hicimos verdaderos esfuerzos por ser una familia feliz, sin embargo al principio aún se interponían los miedos, los remordimientos, pero pronto nos obligamos a romperlos, a exorcizarlos, a ejercitar la risa y la palabra, como habían hecho las abuelas.

Así salió Reyna del proceso, limpia, sin mácula, sin residuo orgánico alguno tras flotar en no sé cuantos procelosos océanos. Al cambiar de distrito cambió de nuevo de colegio y no tardó en recuperar el tiempo perdido. Como parecía tener facilidad para los idiomas, le enseñe a chappurrear todos los que sé, fue una buena alumna. Sólo estuvo con nosotras cinco años; en cuanto alcanzó la mayoría de edad se fue al extranjero a estudiar. Quería independizarse, pero creo que también dejarnos solas.

No es hija mía, pero tal parece que hubiera heredado mi espíritu viajero, nunca estuvo más de un año en una ciudad. Pero la pequeña Reyna, al contrario que la grande, nunca dejó de llamar un solo día. Las tecnologías permiten que la hayamos visto crecer, que conozcamos a sus amigos, sus casas, aunque sea a través del monitor. Ahora está instalada en Liberty, donde trabaja como guionista en una industria gigante que

convierte en realidad cinematográfica los sueños de los niños; supongo que es una forma de resarcirse de sus pesadillas. Mañana iremos las cuatro juntas al cine, al estreno de la última película de dibujos animados de la MC, Mouse Company. Es su trabajo más reciente, versa sobre tres encantadoras ratitas que viven en una choza del bosque... no sé en quien se habrá inspirado.

Parece mentira cómo pueden las personas metérsese en la piel. Ahora no podría imaginarme la vida sin ella, sin mi tocaya, la hija que nunca tendré. Tiene 23 años y está guapísima, heredó la belleza de las Valtueña pero es más alta. Se parece muchísimo a Perla cuando tenía su edad, parecen hermanas si las ves juntas.

Vamos tres veces al año a Canales, donde sigue estando Erik, mi eterno amante y proveedor habitual. Como además ayudó a la recuperación se siente partícipe de nuestra felicidad. Cuando estamos a solas dice que me echa de menos. Sé que es verdad y le digo que venga también a Salitre, aunque sé que no lo hará. La puerta está abierta.

Hace unos meses Marta se vino a vivir con nosotras. Los últimos años los pasó con sus padres, pero ya habían muerto y el piso familiar se le caía encima. Tenía sus esperanzas fundadas en el topógrafo, se seguían viendo, salían de cuando en cuando. Pero después de tantos años éste se casó de repente con una chica mucho más joven y estándar que acababa de conocer. Marta tiene una peculiar fisonomía, con esa nariz suya tan prominente y esa anatomía desbordante, pero hay que ser idiota para fijarse en esas cosas, menudencias cuando hablamos de una persona como ella.

Estábamos cenando y nos lo soltó a bocajarro: «Apenas utilizáis la parte de abajo. Estuve pensando que podía poner ahí mis libros y dor-

mir en la habitación pequeña, la que hay al lado de la cocina». Perla y yo la mirábamos boquiabiertas. «No os molestaré. Siempre como en el Ate-
neó. Y no voy a traer muebles. Lo venderé todo y me compraré un dor-
mitorio nuevo, no la tenéis amueblada». Nos miró mientras se limpiaba
con la servilleta. «Os pido asilo, en serio. Lo estuve pensando. No
soporto estar sola y esta casa es grande. No os preocupéis, no seré un
incordio, simplemente agradezco vivir acompañada, siempre tuve mala
suerte. Me conocéis de sobra, no es culpa mía, no soy mala compañía
sólo tengo mala sombra con los hombres. Por eso quiero intentar com-
partir mi vida con otras mujeres, creo que nos entendemos mejor. No es
que ahora entienda, a ver si me entendéis (nos reímos), pero es que des-
pués de tantos años y muertos los viejos, vosotras lo sois todo para mí.
Habladlo tranquilamente, yo estaría encantada de venir».

A estas alturas Perla y yo ya somos un matrimonio consolidado así
que decidimos que sería agradable salir de la rutina. Las dos habíamos
crecido en familias formadas exclusivamente por mujeres, con o sin
parentesco, en su caso, que en tiempos de Flora el lupanar era también
lugar de residencia. Yo no tuve inconveniente, por mi parte desde que
entré por primera vez en la *morgue* estábamos muy unidas. A Perla le
cayó bien desde el día de Comadres y a partir de Avalón andamos todo
el día las tres juntas, cierto que nos conocíamos bien. Nunca sentimos
que se interpusiera en nuestra relación, ni ella se sintió jamás como una
carabina. La verdad es que en este corto tiempo se hizo imprescindible,
ya no podríamos vivir sin esos desayunos que prepara: zumo, café, fruta,
yogur, dulce y salado, caliente y frío. Son la disculpa para comentar la
prensa, cotillear, discutir, quejarnos, sincerarse, hacer planes. Sobre esa
mesa se fraguó la idea de mudarnos primero y después de comprar La

Roja. Luego el trabajo nos separa y a la noche siempre hay algo que hacer. Pero es bueno empezar el día con una sonrisa, si bien es cierto que a este paso acabaremos el año con dos tallas de más.

Aunque la mayoría de los días trabajo en casa, no me importa madrugar, así cuando llega Perla ya estoy levantada y almorzamos juntas, a ella le sirve de cena. Suele traer los diarios y anécdotas frescas, parece mentira el excelente humor que gasta a esas horas, debería de estar agotada. Cuando marcha Marta, Perla se va a la cama. Nos duchamos juntas y yo me vuelvo a echar otro poco con ella, la acurruco entre mis brazos y la arrullo hasta que se duerme, ronronea como una gata. Luego me levanto y me encierro a traducir hasta las tres o las cuatro, que se despierta y comemos. Si puedo librarme, solemos dedicar las tardes a pasear, leer, ir al cine, al teatro, a conciertos. Eso el tiempo que nos deja libre Avalón. No puedo pedir más satisfacciones, mayor dicha, me considero bienaventurada después de todo lo acontecido en estos cincuenta años (y un día). Tal vez sea atea, entre otras razones, porque creo que no puede existir mejor vida que ésta, infierno y gloria al alcance de la mano.

El último regalo ya está colgado en la pared, un estallido de color al lado de la fotografía sepia que «distrajimos» del Ateneo. Es una foto nuestra, de este verano. Se nos ve a las cuatro preciosas, casualmente salimos todas bien. Hacía mucho calor, llevamos vestidos flojos y el viento nos ondea las telas y agita el pelo. Caminamos riendo a lo loco, cogidas del brazo por el gran dique, nos la sacó Erik sin que nos diéramos cuenta. Entre el cielo y la mar sólo cuatro mujeres y una estrecha franja de tierra que se prolonga hasta el horizonte infinito. Está encuadrada con pasta de papel prensado, son páginas de periódicos del 2000 («repetidos, Reyna, no pongas esa cara, que estaban tirados en la *morgue*

y no forman parte de ninguna colección»), el año en que nos conocimos, el año del retorno a Salitre, del reencuentro con la felicidad.

Los dos retratos tendrán un lugar preferente en la nueva casa, Marta lo tiene todo estudiado. El marco lo hizo una artesana amiga suya, la que nos va a ayudar en la decoración y a quien se lo encargamos todo: las vajillas, los edredones, hasta los paraguas. Se ofreció también a hacer las ilustraciones de este relato que está a punto de concluir con el día y ya amenaza que si hay sitio en La Roja montará el taller en el chamizo. ¡Menudo cotolengo!

Somos totalmente distintas pero lo daríamos todo unas por las otras. Está bien jugarse la vida en cada partida, sin embargo no hay que desperdiciar las opciones del reenganche. Aún estamos en la mesa, así que no nos va tan mal. Cierto, quizá hicimos alguna trampa, pero... ¡No íbamos a ser perfectas!





ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS
TALLERES DE GRAFINSA, SITOS EN OVIEDO,
EL DÍA 11 DE NOVIEMBRE DE 2001,
FESTIVIDAD DE SAN
MARTÍN DE
TOURS

¿Quién es en realidad la Reyna de los Mares? ¿Qué borrascoso pasado se oculta tras esa apariencia impenetrable? ¿Cómo es posible desaparecer durante veinte años? ¿Cuándo es lícito considerar justicia un asesinato? ¿Dónde está escrita la receta de la felicidad? Un amor sin límites, más allá del espacio y del tiempo, entreteje el relato que se va desgranando.

Las mujeres están presentes en esta historia: son abuelas, madres, hijas, amigas, amantes, vecinas... comadres, en una palabra. Pero *Comadres* es también una fiesta que se celebra desde tiempos inmemoriales y que marcará con indeleble huella la vida de la protagonista.

A veces, cansada de girar, la ruleta retorna al punto de partida. Son días y acontecimientos, recuerdos y sombras que bailan a su alrededor con la música del tango que colmó el vaso: *Volver*.

